

Hiromi Kawakami
Manazuru
Una historia de amor

TRADUCCIÓN DE MARINA BORNAS MONTAÑA

Lectulandia

«Me pregunto si mi marido quería morir o si desapareció porque quería vivir. También es posible que la vida y la muerte estuvieran al margen de sus reflexiones». Quien habla así es Kei, una mujer que vive con su madre y su hija adolescente. Su marido desapareció sin dejar rastro hace doce años. Con el tiempo ha encontrado un amante, Seiji, pero la presencia de su esposo llena sus fibras más íntimas y se resiste a abandonarla. Manazuru: esta palabra misteriosa es la única pista que el marido dejó en su diario, y el punto de partida para la búsqueda de un sentido en la península japonesa del mismo nombre. El lector se encontrará acompañado de fantasmas en una profunda, memorable y sensual exploración del amor, en un mundo de evocaciones de una sutileza delicadísima, en una barca que pende en el horizonte y que busca acariciar la íntima piel de los sentimientos.

Hiromi Kawakami

Manazuru

Una historia de amor

ePub r1.0

Titivillus 08.10.2020

Título original: 真鶴 (*Manazuru*)
Hiromi Kawakami, 2006
Traducción: Marina Bornas Montaña

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Manazuru

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Sobre la autora

1

Alguien me seguía mientras caminaba. Como estaba lejos, no pude distinguir si era una mujer o un hombre. Seguí caminando sin darle importancia.

Había pasado la noche en una pequeña pensión situada junto a la bahía, regentada por una pareja que supuse debían de ser madre e hijo, por la edad que aparentaban. Había salido de la pensión por la mañana, y me dirigía hacia el extremo del cabo.

El día anterior, cuando llegué sobre las nueve de la noche después de un viaje de dos horas en tren desde Tokio, la entrada principal ya estaba cerrada. En realidad, no era más que una puerta baja de hierro, como las de las casas particulares, flanqueada por dos o tres pinos de tronco estrecho y retorcido. En la puerta no figuraba el nombre de la pensión, lo único que había era una antigua placa con un nombre escrito con tinta: SUNA.

—SUNA es un nombre muy curioso —le comenté a la madre.

—Aquí hay varias familias que llevan el mismo apellido —me respondió.

El hijo tenía el pelo canoso, pero debía de tener la misma edad que yo, unos cuarenta y tantos años. Cuando me preguntó si quería desayunar, su voz me resultó familiar a pesar de que era la primera vez que nos veíamos. Se parecía a la de alguien a quien conocía, pero no conseguí recordar quién. En realidad, no era su voz la que me recordaba a alguien, sino una especie de vibración que percibí en ella. Le respondí que no. Al oír mi respuesta, el hijo salió de detrás del mostrador y me acompañó a la habitación del fondo del pasillo. En un tono indiferente, me explicó que enseguida vendría a preparar el futón, y me informó de que la sala de baños estaba en el sótano. Cuando se fue, abrí la delgada cortina y vi el mar. Se oía el murmullo de las olas. Era una noche sin luna. Agucé la vista para intentar ver las olas, pero no había suficiente luz. Me pareció que habían preparado la habitación hacía rato, porque hacía un calor sofocante. Abrí la ventana y dejé que entrara el aire frío.

La sala de baños del sótano estaba oscura. De vez en cuando, una gota de agua caía del techo.

Me puse a pensar en Seiji. Me había dicho que aquella noche dormiría en la empresa, en Tokio. Aunque me había hablado muchas veces de las salas de descanso que había en las oficinas, nunca conseguía imaginármelas. Eran tres pequeñas habitaciones con una única cama en cada una. Cuando estaban cerradas con llave, significaba que había alguien durmiendo. Yo, que nunca había trabajado en una empresa, me imaginaba aquellas salas como habitaciones de hospital, con camas metálicas cubiertas con mantas de color marrón claro y rodeadas de una cortina, las zapatillas en un suelo en el que resuenan los pasos y, al lado de la cabecera de la cama, un timbre y una tabla de control de la temperatura. «No tiene nada que ver con un hospital, son habitaciones de techo bajo donde no hay nada. Solo algunas revistas que la gente deja en el suelo después de leer», me explicó Seiji, riendo en silencio con una ligera mueca. Antes no estaba acostumbrada a su forma de reír, pero ahora ya empiezo a conocerlo. «Cuando me quedo a dormir en una sala de descanso, no consigo conciliar el sueño hasta el alba. Al amanecer, todo está en calma. Las luces están apagadas, y el edificio está en silencio. Cuando me acuesto, estoy demasiado cansado y excitado para poder dormir. Como últimamente me quedo a menudo a dormir allí, he recuperado un ritual que no hacía desde que era pequeño: me meto en la cama como si fuera la superficie del agua, con la diferencia de que mi cuerpo flota sobre ella y no se hunde. Relajo todo el cuerpo, desde la nuca hasta la espalda, el trasero y las pantorrillas, me quedo muy quieto y el “agua” me va calentando las partes que están en contacto con ella. Solo así puedo dormirme», me dijo Seiji, con la misma risa silenciosa de antes.

Después del baño, como no necesitaba dormir, a diferencia de Seiji, me quedé despierta toda la noche. Cuando el cielo nocturno, que atisbaba a través de la cortina entreabierta, empezó a volverse azul, me entró el sueño. Pensé que tal vez Seiji también estuviera conciliando el sueño en ese mismo instante. Entonces apagué la luz y cerré los ojos.

Me desperté pasadas las nueve. La luz inundaba la habitación. El murmullo de las olas parecía más fuerte que la noche anterior. Pregunté por el camino que llevaba al extremo del cabo. El hijo me lo describió dibujándolo a lápiz en una hoja. Garabateó algo que parecía la silueta del cabo y marcó el

camino que conducía a él. «Esta forma me recuerda algo», observé. Aún no sabía a quién me recordaba la voz del hijo, pero enseguida reconocí la forma del cabo. Parecía un dragón, desde la cabeza hasta la cola. Incluso tenía los bigotes de la nariz.

«Hasta el extremo del cabo hay una hora andando», me dijo el hijo. «Caminando a paso lento, tardará un poco más», precisó la voz de la madre desde dentro. «Puede que esta noche también tenga que quedarme, ¿tienen habitaciones libres?». No había visto a nadie en todo el día y estaba convencida de que yo era la única huésped de la pensión, de modo que esperaba que me dijeran que podía quedarme otra noche. Sin embargo, el hijoladeó la cabeza con un aire dubitativo. «El viernes vienen los pescadores. Si no hay demasiado oleaje, normalmente tenemos todas las habitaciones ocupadas. Será mejor que llame antes», dijo el hijo. Asentí ligeramente y salí de la pensión. En la parada del autobús, consulté el horario. Faltaba media hora para que pasara el siguiente. Quería dejar la maleta en la consigna de la estación, que se encontraba a media hora a pie. Eché un vistazo al camino, que subía abruptamente, y decidí esperar el autobús. Bajé hasta la playa.

El mar era monótono. Las olas iban y venían una y otra vez. Me senté en una roca para contemplar el océano. El viento soplaba con fuerza. De vez en cuando, la espuma de las olas me salpicaba. A pesar de que la primavera ya estaba muy avanzada, hacía frío. Las tiñuelas salían y se escondían bajo las rocas.

No tenía previsto alojarme allí. Había quedado con alguien en la estación de Tokio para resolver un asunto de trabajo. Luego comí algo y, cuando terminé, eran las siete de la tarde. Me disponía a coger la línea de Chuo, pero las piernas me llevaron a la línea de Tokaido sin saber por qué, y subí al tren. Pensaba que, si iba hasta Atami y volvía en el mismo tren, aún llegaría a tiempo de coger la línea de Chuo y regresar a casa, pero mientras viajaba me sentía cada vez más inquieta hasta que, al final, no pude aguantar más y bajé del tren. Estaba en Manazuru.

Dejé atrás el andén, crucé un estrecho pasillo y salí a través de los torniquetes. Delante de la estación había una plaza. El puesto de información había cerrado hacía horas. Pregunté a un taxista, que me llevó hasta la pensión. «Es pequeña pero acogedora», me dijo, y me dejó delante de la puerta con el nombre *Suna* escrito en una placa.

Había llamado a mi madre desde el tren. «¿Qué quieres que le prepare a Momo para que se lleve mañana al colegio?», me preguntó. Quería decirle que podía coger todo lo que había en la nevera salvo el pollo, pero me interrumpí a media frase y le respondí: «Cualquier cosa. Siento no haberte avisado de que no estaría». «No importa», repuso mi madre. Su voz sonaba lejana. Me sentí observada y me volví, pero estaba sola en el tren. No había ni una sombra.

Me pareció ver el mar desde la ventana del tren, pero estaba tan oscuro que no pude distinguirlo bien. De vez en cuando, dejaba a Momo y a mi madre solas y pasaba la noche fuera de casa por trabajo, pero nunca de forma tan repentina. Y nunca con Seiji. Él también tenía hijos. Tres niños y una mujer. El segundo tenía unos catorce o quince años, la edad de Momo.

Fui a la estación en autobús, dejé la bolsa y reanudé el paseo hacia el extremo del cabo.

Pensé que los dueños de la pensión habían sido muy amables dándome una habitación al verme aparecer tan solo con una pequeña bolsa, a horas intempestivas de la noche y de improviso. «Suna» me parecía un apellido misterioso. Sin embargo, la noche anterior no me había dado cuenta. Más que el nombre en sí, lo que me parecía misterioso era que ningún nombre de pila encajaba con aquel apellido sin desestabilizar su armonía.

El camino subía en línea recta, con una suave pendiente. Una vez pasado el puerto, discurría junto al mar. Los coches se apartaban para esquivarme. En los alrededores de la estación me había cruzado con varias personas, pero luego fue como si todo el mundo hubiera desaparecido. Pasé por una zona donde había varios comercios y restaurantes de pescado. Lo único que se veía más allá era el camino. Los comercios y restaurantes estaban desérticos.

De repente, supe a quién me recordaba la voz del hijo de la pensión Suna. Se parecía a la voz de mi marido cuando hablaba en sueños, el marido que desapareció sin dejar rastro doce años atrás. Una voz brumosa, impregnada de sueño, como si en ese momento el hombre se hubiera convertido en niño. «Kei», me llamaba con aquella voz grave y dulce. Aunque fuera la voz de un hombre adulto, me parecía la de un joven o de un adolescente a punto de convertirse en hombre.

Mi marido desapareció sin dejar rastro. Nunca he vuelto a tener noticias suyas.

Pensé que la presencia que me seguía era un espíritu del mar. A mi marido le gustaba el mar.

No le hice caso y seguí caminando hacia el extremo del cabo. Respiraba trabajosamente, quizá porque caminaba a paso rápido. Mi pequeño bolso de tela, el único equipaje que llevaba, se balanceaba de lado a lado. Había comprado una lata de té verde en una máquina expendedora. Tras un momento de vacilación, pulsé el botón de «bebidas calientes». Estuve caminando un rato con el té en la mano. La presencia que me seguía se alejó.

El cielo se estrechaba en aquella zona, quizá porque la ladera de la montaña que se erguía a mi derecha se volvía más abrupta. Los milanos volaban bajo. Solo remontaban el vuelo para sobrevolar unos escollos que se adentraban en el mar.

Aquel paisaje me inspiraba tranquilidad. No recordaba cómo había sido mi vida durante los dos primeros años tras la desaparición de mi marido. Le pedí a mi madre que se instalara en mi casa, aceptaba todos los trabajos que me encargaban y conseguí salir adelante. Conocí a Seiji en esa época. Enseguida empezamos una relación. Ahora que lo pienso, ¿qué se entiende por *relación*?

Cuando Momo acababa de nacer, me sentía muy cerca de ella mientras la amamantaba, muy próxima. Incluso más cerca que cuando la llevaba en mi vientre. No era afecto ni ternura lo que sentía, solo proximidad.

Relacionarte con alguien no significa estar cerca de esa persona, aunque no esté lejos de ti. Tengas o no una relación, siempre hay cierta distancia inevitable.

Un autobús me adelantó. Estaba cansada. La parada estaba solo a unos cien metros, pero no pude correr. El autobús siguió circulando sin detenerse. Encontré más restaurantes de pescado, uno al lado del otro. Las gaviotas reposaban sobre sus tejados. Solo había uno con el cartel de ABIERTO. Las luces encendidas le daban un aspecto triste. Entré.

Pedí un plato de jurel fresco.

Me trajeron el jurel cortado a trocitos del tamaño de un pulgar, aderezado con ajedrea y jengibre finamente picados. El pescado tenía una consistencia melosa porque estaba macerado en salsa de soja. También comí sopa de miso y un gran cuenco de arroz lleno a rebosar.

Era la única clienta del restaurante. El dueño vino a tomarme nota con cara de pocos amigos, desapareció tras la barra sin decir nada y se puso a

preparar la sopa y el arroz. Él mismo me sirvió la comida. Cuando se inclinó para depositar la bandeja sobre la mesa, me di cuenta de que llevaba las mangas de la bata blanca recogidas y cosidas para que no le molestaran.

Había una gran ventana que daba al mar. Los milanos volaban uniformemente. También se veían algunas gaviotas. Dentro del restaurante no se oían los graznidos y el aleteo del exterior. Me sentí un poco contrariada al dejar de percibir los sonidos que acompañaban los movimientos de las aves, como si estuviera viendo una película muda.

Una vez, mi marido y yo fuimos a ver una película muda. Había un narrador que recitaba el texto que se alternaba con las imágenes y con la música. En otra ocasión, vimos una película muda en la que no había narrador. «Me gustan más sin narrador», opiné, y él asintió. «A mí también».

De un tiempo en adelante, de vez en cuando me olvido de mi marido, a pesar de que conservo intensos recuerdos suyos, y que su súbita desaparición acentuó la intensidad de esos recuerdos. Sin embargo, de vez en cuando...

Parecía que lloviera, pero eran las salpicaduras de las olas.

Aunque el restaurante estuviera cerca de la playa, se encontraba a unos diez metros de la orilla. Soplaban un fuerte viento. Sentía un poco de frío. Tenía el calor concentrado en el estómago y las extremidades heladas. «La sangre se acumula en la barriga», solía decir mi madre. A aquella hora, Momo debía de estar a punto de salir del colegio. Los viernes por la tarde solo tenía una hora de clase. Momo se parece a su padre. Algunos años se parece a mí, mientras que en otros me recuerda más a él. Desde que empezó el instituto, se parece a su padre. Tiene el mentón firme, los ojos grandes y la piel morena.

Me acerqué al extremo del cabo. La pendiente era más pronunciada. No había ningún acantilado, sino un bosquecillo. Un camino de hierba pisoteada se adentraba en la maleza.

Volví a notar una presencia detrás de mí.

Era una mujer. Nunca había hablado con nadie sobre las presencias que me seguían. Ni siquiera con mi marido, por supuesto. Ese día, por primera vez en mucho tiempo, el recuerdo de mi marido era muy intenso. Recordé el pueblo donde había nacido, cerca del mar Interior de Seto. Era una zona muy accidentada, llena de cuestas, callejones sin salida y el olor a marea que flotaba en todas partes.

Mi suegra murió dos años antes de que mi marido desapareciera, cuando Momo solo tenía un año. Mi suegro sigue viviendo en el pueblo, pero no nos

vemos nunca.

Me pregunto si mi marido quería morir o si desapareció porque quería vivir. También es posible que la vida y la muerte estuvieran al margen de sus reflexiones.

Los árboles empezaron a escasear y el camino se ensanchó. Vi una rotonda al fondo y un autobús en la parada. Sin duda era el mismo que me había adelantado antes. El conductor no estaba. Las puertas estaban abiertas.

De repente, el cielo se ensanchó. El mar estaba debajo de mí, muy lejos. Veía las crestas de las olas entre la blanca espuma. Al fijarme, distinguí a dos personas que bajaban hacia la playa siguiendo el estrecho camino serpenteante. Desde el lugar donde me encontraba, tenían el tamaño de un dedo.

«Si saltara desde aquí, moriría en el acto», empecé a pensar, pero me interrumpí a medias. Me detuve justo antes de *moriría*, no porque fuera una blasfemia, sino porque me invadió una mezcla de debilidad y flojera, como si me encontrara a las puertas de un acceso de fiebre. La muerte no está tan lejos como para bromear con ella. Aunque eso no significa que esté a la vuelta de la esquina.

Fijé la vista en las dos personas que descendían la cuesta y las vi llegar al final. Levantaron los brazos hacia arriba como si estuvieran desperezándose. Como eran del tamaño de un dedo, me resultaba imposible distinguir si estaban de buen humor o todo lo contrario. Sin embargo, ofrecían una estampa relajante. El viento ahuyentó las nubes y dejó el cielo completamente despejado. «Manazuru», dije. Justo después, bajé la vista hacia el pie del acantilado y sentí un ligero deseo.

Pocas veces siento deseo ante una cosa concreta. He dejado de sentirlo.

A veces, el deseo está relacionado con el placer, pero otras veces me conduce hacia una profunda soledad o a ninguna parte, como si fuera algo que se limitara a flotar a mi alrededor. Sea lo que sea, es así como llamo al impulso que me guía hacia algo. El deseo.

Un altavoz anunció que el autobús estaba a punto de iniciar el trayecto de vuelta, pero las puertas no se cerraron de inmediato. Un hombre subió los peldaños acompañado de un niño. El niño se dirigió hacia los asientos del fondo y el hombre lo siguió sin apresurarse.

El autobús bajó por un camino distinto al que había recorrido para subir. No iba del todo lleno. De vez en cuando, bajaba alguien y subía otra persona. A parte de mí, los únicos que viajaron hasta el final del trayecto fueron el hombre y el niño que ocupaban los asientos del fondo. En la plaza de la estación había mucho tráfico, a pesar de que la noche anterior estaba desierta.

El niño bajó de la mano de su padre. Cruzaron el paso de peatones y dieron unos golpecitos en el cristal de un coche aparcado al otro lado. La puerta trasera se abrió, el hombre cogió al niño en brazos y subieron juntos al coche. Pensé que debían de vivir en la ciudad. No parecían estar de paso.

Introduje dinero en la máquina y compré un billete. En ningún momento había tenido la intención de pasar otra noche allí. Solo lo había preguntado por preguntar. El hombre y la mujer de la pensión, los Suna, probablemente recibirían a muchos pescadores aquella noche. El viento empezaba a amainar. Salí al andén y enseguida llegó el tren.

—¡Ya estoy en casa! —exclamé.

Momo me devolvió vagamente el saludo. Últimamente, estaba bastante huraña. No es que estuviera de mal humor, pero tenía una edad en la que se necesita hacer un gran esfuerzo para sonreír. Por eso siempre estaba malhumorada.

Cuando le di el calamar y el *shiokara* que le había traído de recuerdo, asintió. Lo había comprado en una tienda de recuerdos de la estación de Odawara, aprovechando que tenía que hacer transbordo para coger el tren rápido. A Momo siempre le había gustado mucho el *shiokara*. A mi marido y a mí también nos gustaba, de modo que en eso se parecía a ambos.

Mi madre había salido a comprar. Nada más abrir la puerta del recibidor, noté un olor distinto al habitual. Olía a comida, pero era un poco más intenso.

—¿Qué te has llevado hoy al colegio para comer? —pregunté.

—Pollo —repuso Momo, después de reflexionar unos instantes—. Estaba un poco dulce.

Entré en mi habitación para cambiarme. La falda gris que había descartado el día anterior después de mucho dudar estaba encima de la cama, en una posición que parecía abandonada. La colgué en una percha. La habitación olía a cerrado. Aunque solo estén vacíos una noche, los dormitorios pierden su vitalidad cuando no entra nadie y el ambiente se paraliza.

Cuando volví al salón, Momo tenía una revista abierta.

—No sé si cortarme el pelo —susurró.

—Yo creo que el pelo corto te quedaría bien —le comenté. En cuanto abrí la boca, ella se enfurruñó de nuevo.

—Dice la abuela que esta noche hará cocido —anunció al cabo de un rato.

Me pregunté cuándo Momo había dejado de estar cerca de mí. No es que estuviera lejos, pero no sentía su proximidad.

Cuando Momo era un bebé recién nacido, la bañaba en un barreño.

Durante el primer mes, no la metí en la bañera. Después de cenar, recogía la mesa, ponía el barreño metálico encima y lo llenaba de agua caliente.

Mientras sujetaba la cabeza de Momo rodeándole la nuca con los dedos pulgar y corazón de la mano izquierda, su cuerpo flotaba boca arriba dentro del agua caliente. Se mantenía a flote fácilmente.

Su cuerpo, flaco y chupado al principio, ganó volumen rápidamente durante las dos primeras semanas. Le salieron profundos pliegues en los tobillos, muñecas y demás articulaciones. Le salió piel nueva y se desprendió de la vieja, que se acumulaba día tras día como los restos de una goma de borrar. La única diferencia era el color, puesto que los restos de piel antigua eran blancos. No olían a nada y aparecían continuamente.

Cuando la bañaba, le quitaba los restos de piel. Mientras le lavaba el cuerpo, Momo entrecerraba los ojos. Algunos días, incluso llegó a quedarse dormida. Solo cuando le lavaba la cabeza arrugaba la cara y rompía a llorar.

Cuando la sacaba del agua, parecía que pesara mucho. Su cuerpo recuperaba la sustancia y el peso. La tumbaba en una toalla desplegada y la secaba. Luego me sacaba el pecho y le daba de mamar. Debía de tener la garganta seca, porque cloqueaba ligeramente al mamar.

Sin lugar a dudas, no era ternura. Por un instante, sus labios calientes me resultaban desagradables. Entonces aprendí que la repulsión y el afecto no eran sentimientos contradictorios. El cuerpo de un hombre nunca me había resultado desagradable. Necesitaba el cuerpo de un hombre, el cuerpo de mi marido, más que nada en el mundo. El cuerpo de Momo no era necesario para mí, era simplemente importante.

No sabía qué le pasaba por la cabeza a Momo. Se pasaba el día llorando. Solo era un bebé.

Algunos bebés ríen cuando solo tienen dos semanas de vida. Dicen que no lo hacen por voluntad propia, sino que se trata de un bicho que les hace reír. Lo llaman «el bicho de la risa».

Momo también reía a menudo, pero yo seguía sin saber cómo se sentía. Era un bebé recién nacido y aún no la consideraba un ser individual. Tenía la sensación de que me pertenecía. No la consideraba parte de mí misma, la veía como una simple pertenencia. Por eso no tenía derecho a hacerle daño. Me parecía demasiado valiosa. Demasiado importante. Pero era un sentimiento que no tenía nada que ver con el afecto.

No deseaba a ningún hombre, no deseaba a mi marido. Momo ya me transmitía suficiente calidez. Mientras le daba el pecho, no deseaba a mi marido. Él no era tan valioso. Aun así, mi mente lo amaba. De noche, cuando venía a buscarme, mi cuerpo solo lo recibía superficialmente. Creía que el cuerpo y la mente estaban separados, pero en realidad yo no era más que un cuerpo.

Sin embargo, Momo dejó de darme su calor. Se enfrió y adoptó una forma sólida. Dejó de mamar, empezó a caminar y a hablar.

—El miércoles de la semana que viene hay reunión de padres —me dijo.

Cuando entré en el salón recogí el pelo, Momo se disponía a ir a su habitación. Se había lavado el pelo la noche anterior y todavía olía a champú. La piel del cuerpo de Momo ya no se desprendía. Era firme y fría, y retenía el olor a champú.

Hice una marca en la carta que me había tendido Momo para confirmar mi asistencia a la reunión de padres.

—No olvides entregárselo a tu tutor.

—Vale —repuso Momo, y se encerró en su cuarto.

La puerta de la entrada se abrió. Mi madre había llegado. Noté una ligera corriente de aire. A mi madre nunca le había gustado mi marido. No me lo había dicho, pero yo lo sabía.

Recuperé el deseo por mi marido justo después de que Momo empezara a adoptar una forma concreta, justo después de que dejara de mamar. Me sentí como una mercenaria, y me avergoncé de desear a mi marido sin ningún tipo de pudor. Pero la vergüenza se esfumó tras el deseo.

—¿Qué tal el viaje a Manazuru? —me preguntó mi madre con su voz cantarina mientras entraba en el salón.

—Es un lugar muy intenso —repuse. Ella me miró en silencio.

—¿Intenso? —repitió sin dejar de mirarme, mientras depositaba en el suelo la cesta de la compra. La cesta, que tenía forma de trapecio invertido,

tenía el asa muy corta. Mi madre solía llevarla bajo el brazo cuando iba a comprar verduras o pescado. Yo quería que me cogiera de la mano, pero nunca lo conseguía, así que caminaba tras ella tratando de rodearle la cintura con el brazo, arrimando la cara a su cuerpo en los tiempos en los que ni siquiera le llegaba a la altura del hombro.

—¿Cuántas como esa has tenido ya? —le pregunté.

Mi madre señaló la cesta con el dedo y me lanzó una mirada interrogante.

—No lo sé —repuso, bajando el dedo—. Tuve la primera antes de que tú nacieras, me compré una nueva cuando terminaste el colegio, y desde entonces he tenido dos o tres más.

«Aunque esté gastada, si todavía me sirve no necesito una nueva», decía mi madre, que todos los días salía con la cesta ajada y rasgada bajo el brazo. Cuando las rasgaduras se hacían demasiado profundas, no tenía más remedio que comprarse una cesta nueva. «Quiero una igual», pedía, enseñando la cesta rota al matrimonio de ancianos de la tienda de utensilios domésticos. Allí, entre sombreros de paja, calentapiés de hojalata y tornillos, también vendían cestas para la compra. Un gran gancho metálico en forma de ese colgaba de una barra tendida bajo el techo. En la parte inferior, que se curvaba como una cola, había dos o tres cestas expuestas.

«¿Igual que esa?», le preguntó la anciana dueña de la tienda. Mientras tanto, su marido, sin decir palabra, se puso de puntillas y descolgó las cestas del gancho. «Como está un poco chamuscada por el sol, le haremos un descuento de cien yenes», le dijeron. No era una cesta de decoración, estaba tejida con poco esmero. La paja sobresalía en algunas partes y, en verano, se clavaba en la piel de los brazos desnudos. «Siempre se lleva la misma cesta, ¿verdad? ¿Ha pensado en quedarse otra?», le ofreció la anciana. «Con esta no me canso tanto porque es fácil de llevar», le respondió mi madre fríamente antes de pagar.

«Aunque solo voy una vez cada varios años, siempre me dicen lo mismo», refunfuñó mi madre al salir de la tienda, con una voz que me puso los pelos de punta. Levanté la mirada, sorprendida, y se echó a reír. Su risa también era escalofriante.

Mi madre sacó de la cesta una col cortada en cuatro partes, un puñado de mojigata tierna y setas *shiitake*. Por un instante, noté un ligero aroma.

Después de cenar, el televisor se encendió solo.

Terminamos los fideos *udon* entre las tres. A pesar de que la cacerola ya no quemaba, la llevé a la cocina con las asas envueltas en un paño por precaución. Mientras tanto, se oyó un pequeño chasquido y el televisor se encendió.

—¡Se ha encendido solo! —exclamó Momo, riendo alborozada.

—Y eso que nadie lo ha tocado —rio también mi madre.

Al cabo de unos segundos, empezó a sonar un pitido muy parecido a la alarma de un despertador.

—¡Mirad! —dijo Momo, señalando varios botones del mando a distancia. Una luz roja parpadeaba—. Aquí pone «alarma» —añadió, y pulsó uno de los botones con el dedo. El ruido cesó, pero el televisor siguió encendido.

Eran las ocho en punto.

—La alarma estaba programada. ¿Quién ha sido? —inquirió Momo, divertida. Su risa parecía la de una niña. Dejé la cacerola en el fregadero, abrí el grifo y la llené de agua. «La dejaré en remojo», pensé, mientras cerraba el grifo. Cuando hago algo, a veces pienso palabras relacionadas con la acción que estoy realizando. Otras veces no son palabras, sino imágenes, mientras que hay momentos en los que no pienso nada. «La dejaré en remojo», repetí para mis adentros.

—¿Has sido tú, abuela? —insistió Momo.

—No, yo no he hecho nada —le aseguró mi madre—. Ni siquiera sabía que la tele tenía una función de alarma —mi madre sacó del cajón las instrucciones del televisor, se puso las gafas que le corregían la vista cansada y empezó a leer—. A lo mejor la alarma ya venía programada cuando la compramos. ¿Por qué no habrá sonado hasta ahora? ¿Y por qué precisamente hoy?

El televisor seguía encendido. Un hombre apareció en la pantalla y empezó a correr. Se veía el cielo azul y las olas rompiendo en la playa. «Manazuru», pensé mientras miraba al hombre de la tele. Sus mejillas hundidas eran la parte más destacada de su fisionomía. Manazuru y la imagen del hombre se fueron separando antes de llegar a sobreponerse. Aunque no lo repetí, el nombre de Manazuru resonó en mi mente.

Después de otro breve chasquido, la pantalla del televisor se oscureció. Momo lo había apagado con el mando a distancia.

Mi marido se llamaba Rei. Nunca lo llamaba por su apellido, Yanagimoto. La única vez que lo pronuncié fue cuando nos presentaron, para asegurarme de

que lo había entendido bien.

Al principio, me costaba mucho llamarlo Rei. Cuando me veía obligada a hacerlo, la lengua se me trababa. Hablaba de un modo forzado para evitar dirigirme directamente a él. Era como estar sentada al lado de alguien que me diera miedo y no pudiera hacer ningún gesto de rechazo que llamara la atención, de modo que intentaba actuar con delicadeza, pero mi cuerpo lo esquivaba inconscientemente y mis movimientos resultaban torpes y poco naturales. Hablaba sin ningún tipo de coherencia.

Como no podía pronunciar su nombre, pasaba un mal trago para preguntarle cosas tan sencillas como quién había ido a la reunión o de qué habían hablado. Al cabo de un tiempo, conseguí pronunciar su nombre como si descorchara una botella, y a partir de entonces ya no tuve más problemas. Sin embargo, el balbuceo regresaba de vez en cuando y la lengua se me trababa al pronunciar su nombre.

Desde el primer día, Rei me llamó por mi nombre, Kei. A menudo recuerdo su voz mientras cortaba tablas, daba golpes de martillo y unía piezas para construir los bártulos que tanto le gustaban. Un día, estaba clavando clavos en una tabla. Después de haber dado unos cuantos golpes de martillo, me llamó para que me acercara. Recuerdo perfectamente su voz, el tono que utilizó para llamarme. A pesar de que la madera era dura, los clavos la penetraban como si se hundieran en la arena. Las cabezas no se torcían al golpearlas con el martillo, Rei conseguía que brillaran como si fueran nuevas y solo se hubiera limitado a empujarlas con una pelota de goma. «Me gusta la delicadeza con la que clavas los clavos», dije yo. Rei sonrió. De repente, me pidió: «Di mi nombre». «Rei», dije yo tímidamente, y él me besó sujetando dos clavos entre los dedos. Yo retrocedí un poco. Él arrugó la frente. Me di cuenta de que había sido demasiado brusca y volví a pronunciar su nombre en voz alta. Los clavos se le cayeron al suelo. Rei los recogió enseguida. «Es que son muy puntiagudos. Me dan un poco de miedo», dije como excusa, y él clavó los clavos que había recogido sin volver a dirigirse a mí, como si toda su atención estuviera centrada en la tabla de madera.

Lo que estaba construyendo ese día era un baúl para guardar los cuentos de Momo que ella todavía guarda en su habitación.

No sabía si quitar la placa colgada en la puerta con el apellido Yanagimoto. Empecé a planteármelo cuando Rei ya llevaba cinco años desaparecido y me hice a la idea de que no volvería.

Oficialmente, no constaba como difunto, pero ya llevaba suficiente tiempo desaparecido como para que pudiera divorciarme de él. De repente, me cansé de vivir tras una placa en la que figuraba su apellido. Cuando mi madre se instaló con nosotras, colgamos otra placa con el nombre Tokunaga, mi apellido de soltera, pero me cansé incluso de ver las dos placas alineadas.

Sola en casa, me pregunté si estaba resentida. A esa hora, Momo debía de estar en clase, atendiendo a las asignaturas de la mañana, fijando su mirada distraída en la pizarra. Mi madre aún no había salido de su habitación, necesitaba dormir muy a menudo, aunque algunas noches me asustaba al encontrarla sentada en la cocina a horas intempestivas. Sola en casa, me pregunté si estaba resentida y encontré la respuesta enseguida: «Estoy resentida», me respondí a mí misma. «¿No es demasiado fuerte, la palabra *resentida*?». «Al contrario, es demasiado neutra. Estoy resentida con Rei. No sé por qué se fue, por eso le guardo rencor».

Al final, no quité la placa. Seguí llevando el apellido. Estaba resentida, pero no se me notaba. El rencor que sentía hacia mi marido surgía de lo más profundo y recóndito de mi ser, de las entrañas de mi cuerpo.

Al mismo tiempo, también deseaba a Rei. Era un tipo de deseo que Seiji no conseguía aplacar. Ningún hombre aparte de Rei podía aplacarlo. No porque fuera mi marido, sino porque era el único hombre capaz de satisfacerme.

Quizá por eso a mi madre nunca le había gustado. Yo era un ser querido al que habían alejado de ella. Rei me empaquetó con gran habilidad, sin dejarse partes de mí ni pedazos sueltos, me metió sin el menor esfuerzo en una caja del tamaño adecuado, en la que no sobró ni un hueco pero tampoco quedó llena hasta el borde, y se me llevó. Un hombre llamado Rei había alejado una hija de su madre.

Ahora que vivíamos juntas de nuevo, puede que hubiéramos vuelto a acercarnos. Tres mujeres como tres esferas entrelazadas. No éramos concéntricas, cada una tenía su propio centro, y tampoco éramos superficies sin relieve, sino tridimensionales.

La placa que lleva el apellido Tokunaga es la primera que se ve. Un día, Momo me dijo en broma que su nombre, Momo Yanagimoto, era muy difícil de pronunciar, y que prefería llamarse Momo Tokunaga. Momo ríe muy a menudo. Incluso ahora, que está un poco huraña, ríe con mucha facilidad.

Me costó mucho decir en voz alta el nombre de Rei, pero con Seiji fue mucho más fácil.

Rei era cinco años mayor que yo y Seiji tenía dos años más que Rei, de modo que Seiji me sacaba siete años. Nos conocimos trabajando. Enseguida fui capaz de pronunciar su nombre y de rozarle el hombro o la cintura cuando pasaba por detrás de él. Tenía una voz dulce.

Él sigue llamándome por mi apellido, Yanagimoto. Su forma de dirigirse a mí no ha cambiado desde entonces. Me habla con la misma formalidad que el primer día. De vez en cuando, utiliza alguna expresión un poco más familiar, pero siempre acaba recuperando el lenguaje formal. Yo, en cambio, le hablo de forma mucho más íntima. Le digo, por ejemplo: «Seiji, hazme el amor». Algunas veces, él accede. Otras veces, rechaza mi petición con una disculpa. Siempre guardando las distancias.

Quería enamorarme. Cuando noté que Seiji me atraía, quise enamorarme de él. Él no me rechazó. Mi amor fluyó hacia él. Era mi forma de amarlo. Mis sentimientos, más o menos intensos, se dirigieron hacia Seiji o hacia su entorno. Le agradecí que no me rechazara. Rei había desaparecido y yo no sabía adónde ir ni adónde dirigir mis sentimientos. Si no hubiera encontrado un lugar donde depositar mi amor, me arriesgaba a perder la noción del espacio y a desorientarme. Era el miedo a no poder determinar en qué dirección fluye la corriente de un río, a no poder distinguir el curso superior del inferior.

Cuando hacemos el amor, Seiji grita de vez en cuando. Cuando ríe, en cambio, no emite ningún sonido.

Había un letrero que rezaba: INSTRUMENTOS MUSICALES Y DISCOS.

Si caminaba un rato en dirección sur desde la estación, bajaba la calle en línea recta y giraba a la izquierda a la altura de la tienda de discos, había una estrecha calle, aunque no tan estrecha como un callejón. Dos o tres casas más allá de la esquina del restaurante de fideos, se encontraba la casa de soltero de Rei.

«¿Es un piso o una casa?», le pregunté, y él ladeó la cabeza con aire dubitativo. «¿De verdad necesitas saberlo?», me preguntó. «No, solo lo preguntaba por curiosidad». En el letrero de INSTRUMENTOS MUSICALES Y DISCOS hay unos dibujos que simbolizan una guitarra y un LP. «Parece una tienda antigua. ¿Alguna vez has entrado a comprar algún disco?». Rei ladeó la cabeza de nuevo. «No me acuerdo. Puede que sí, puede que no». Era un

hombre despreocupado. No parecía que algún día fuera a desaparecer sin dejar rastro. Nunca me lo habría imaginado.

Una vez, entré en la tienda de discos. Pasé por delante mientras iba a casa de Rei y decidí entrar. Siempre iba a su casa cuando tenía tiempo. No solo cuando él estaba, sino también cuando no estaba. «Eres un animalillo hogareño, ¿verdad, Kei?», me preguntó una vez. «Es la primera vez que me pasa, te lo aseguro», le respondí, y él se echó a reír. Igual que Momo, reía por cualquier cosa.

El interior de la tienda era mucho más luminoso de lo que parecía desde la calle. Se oía la voz de un hombre cantando una canción pop. El dependiente era un chico joven de facciones aguileñas y pelo largo. Tendría unos veinte años, y meneaba ligeramente el cuerpo sin seguir el ritmo de la canción que sonaba. No había ningún cliente.

Mientras examinaba uno por uno los LP clasificados bajo la etiqueta «Música occidental», sentí la imperiosa necesidad de ir a casa de Rei. Aunque era consciente de que estaba muy cerca y de que llegaría muy pronto, me sentí como si no pudiera esperar ni un segundo más.

Para no salir de la tienda con las manos vacías, escogí un disco al azar. En la carátula había una fotografía en blanco y negro de una mujer. Sin embargo, no era el disco de una cantante, sino un recopilatorio de canciones instrumentales con un ritmo muy marcado. Lo primero que hice cuando llegué a casa de Rei, donde entré precipitadamente, fue rasgar el envoltorio y escuchar el disco.

«No está mal. A mí me gusta», dijo él, así que se lo regalé. Cuando nos casamos, tuve una alegría al ver aquella carátula en blanco y negro entre las decenas de discos que Rei trajo a nuestra nueva casa. «El reencuentro», pensé. Desde que Rei había desaparecido, me resultaba muy difícil pensar en la palabra *reencuentro*. El interior de la tienda de «Instrumentos musicales y discos» era blanco y cálido.

Nunca me acostumbraré a las reuniones de padres.

Las aulas polvorientas, el papel de caligrafía colgado en las paredes, el calor corporal de las madres, cada una de las cuales desprende un perfume distinto, y algunos padres que, por alguna razón que no me explico, siempre llevan trajes de color negro o azul marino. Me parece imposible que, años atrás, yo me sentara día tras día en un aula parecida. Cuando iba al instituto, las aulas me resultaban familiares. Lo mismo me ocurría en primaria. ¿Sería

porque no tenía otro sitio adonde ir? En cualquier caso, nunca había tenido la sensación de encontrarme fuera de lugar, como me pasaba cada vez que asistía a una reunión de padres.

Antes, me adaptaba a las cosas de forma inconsciente. También me acostumbré enseguida a Rei. Tanto, que quise casarme y compartir con él toda mi vida. Pero solo era un espejismo, un lejano paisaje que se dibujaba en la superficie del mar.

Nunca me acostumbraré a las reuniones de padres, a las que siempre asisto cabizbaja. En primer lugar, los padres comentan por turnos asuntos relacionados con sus hijos: «No sé si regalarle un teléfono móvil», «Desde que empezó tercero está muy rebelde», «Se queja de que está cansado, aunque sabe que no debería hacer tantas cosas a la vez y distribuirse mejor el tiempo», «De pequeña ya era una niña enfermiza y ahora sigue acudiendo al médico a menudo. Me preocupa su salud».

Nadie dice lo que de verdad quiere decir. No es el lugar adecuado. Mientras escucho toda clase de comentarios relacionados con el comportamiento de los niños, de repente se me olvida cómo mantener una conversación normal con el resto de la gente. Me siento desconcertada.

—Vengo de la reunión de padres —le dije a Momo en cuanto llegué a casa. Ella se limitó a asentir con la cabeza gacha.

—¿Esta vez te has acordado?

Se me habían olvidado dos reuniones. En cada ocasión, Momo me preguntó: «No has ido, ¿verdad?». Lo sabía porque, antes de cada reunión, los padres pueden entrar en las aulas y observar a sus hijos en clase. Ella nunca me reprochó que no hubiera ido, pero me sentí avergonzada al darme cuenta de que, de forma involuntaria, estaba esquivando un evento en el que no me sentía cómoda.

—¿Has explicado algo?

—Que te diviertes mucho en el colegio, por ejemplo.

—Para decir eso, no hace falta que digas nada.

—Vale.

Exhalé un suspiro, procurando que Momo no me oyera. «La adolescencia», dije para mis adentros. Momo parecía tener mucha más confianza en sí misma que yo. Confianza en la vida y en el futuro. La confianza de no saber qué hay en el extremo del acantilado.

Sin embargo, es posible que lo sepa. Dicen que una gota de agua contiene el universo entero, y puede que el mundo de un niño contenga una vida entera. ¿Cómo era ese proverbio? No lo recuerdo.

—Tu madre es estúpida —dije en voz alta.

—¿Estúpida? —repitió Momo, con cara de sorpresa, y se acercó a mi lado riendo. «Te quiero, Momo. Eres una chica muy simpática y muy buena», pensé mientras me volvía hacia ella. Quise abrazarla, pero vacilé un instante. Antes siempre la abrazaba cuando la tenía cerca. La estrechaba contra mi pecho y la envolvía entre mis brazos.

Al final, me atreví a abrazarla. Momo se echó a reír y se escurrió entre mis brazos rápidamente.

Mi madre me pidió que la acompañara al centro comercial. Tenía que comprar un pequeño obsequio para alguien que le había hecho un favor. Como yo también tenía que comprar un par de cosas, accedí enseguida. Cada vez que salgo a comprar, me siguen varias presencias. En la tienda de comestibles, siempre abarrotada, había una sombra. En las escaleras mecánicas, en la parte que la gente deja libre, me di cuenta de que había otra.

Las presencias del centro comercial eran muy vagas. Eran inconsistentes y, aunque fueran varias, me seguían cuando me alejaba y se alejaban cuando yo me acercaba a ellas. Eran tan indefinidas, que me resultó imposible distinguir si eran hombres o mujeres.

—¿Y si le compro setas deshidratadas? —me consultó mi madre.

—¿Setas deshidratadas?

Asentí con la cabeza, aunque no fue un gesto de aprobación sino más bien de duda. Decir que me parecía bien y reconocerlo abiertamente significaba involucrarme demasiado en una decisión que no me correspondía tomar.

Cuatro personas en total, incluyéndome a mí, estaban rellenoando el formulario para enviar las setas deshidratadas. Mientras anotaba la dirección del destinatario con un bolígrafo, noté una nueva presencia. Aquella vez, se trataba claramente de una mujer. A pesar de que estaba en un centro comercial, no era una presencia vaga.

—Tengo que ir al baño un segundo.

Terminé de escribir la dirección precipitadamente, le di el formulario a mi madre y me dirigí corriendo a los baños instalados en un rincón de la planta. La silueta de una mujer se reflejaba débilmente en el espejo. La miré de soslayo y me encerré rápidamente en uno de los baños. Me encontraba mal. Vomité un poco.

Cuando se me pasó el mareo, me enjuagué la boca en el lavabo. Incliné la cabeza hacia atrás e hice gárgaras. La mujer aún estaba ahí. Parecía que

tuviera algo que decirme. Nunca me había pasado, y también era la primera vez que vomitaba ante una de aquellas presencias. Me quedé con la duda de si habría sido culpa suya.

Cuando regresé, mi madre ya me esperaba.

—¿Dónde quieres comer, Kei?

—¿Vamos al restaurante?

—Podríamos comer *sushi*.

La mujer centelleó. Como si fuera la llama temblorosa de una vela, iluminaba y oscurecía lo que había a su alrededor. No volví a marearme. Había vomitado todo lo que me había sentado mal. Fuimos al restaurante con la mujer pisándome los talones. Mi madre pidió anguilas, mientras que yo opté por un *chirashizushi*, un cuenco de arroz con pescado y guarnición. El techo del restaurante del centro comercial era muy alto. Las voces resonaban. Tanto mi madre como yo terminamos la comida sin dejar ni un grano de arroz en el plato. Cuando salimos a la calle, la mujer se alejó rápidamente.

Al cabo de un tiempo, cuando la misma mujer llevaba dos días seguidos detrás de mí, decidí volver a Manazuru. Sospechaba que aquella presencia tenía algo que ver con Rei.

—Quiero ir al mar —dijo Momo.

—¿Quieres que vayamos juntas? —le pregunté, y ella asintió—. Todavía hace frío, abrígate bien.

—Vale.

—A lo mejor el tren se tambalea un poco.

—Bueno.

Momo se marea en los medios de transporte.

—Últimamente, no me pasa tanto. Voy al colegio en tren.

Cuando me dijo que quería estudiar secundaria y bachillerato en un instituto privado, lo que más me preocupó, incluso antes de pensar en los exámenes de acceso y en los gastos, fue que tendría que ir a clase en tren todos los días. «Tú vives en otro mundo, mamá», se burló cuando le expresé mis temores.

—¿Tienes que ir por trabajo? —me preguntó Momo.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—Por nada en especial.

—No es la época del año ideal para ir de excursión. ¿La abuela también vendrá? —prosiguió Momo, ilusionada.

—Dice que no.

—¿Por qué no?

«No quiero ir a lugares *intensos* —me había dicho mi madre—. Los lugares intensos me agotan. Id vosotras solas». A pesar de que se trataba de una negativa, habló con su habitual voz cantarina. Sentía a mi madre muy cerca de mí. Dentro de aquella casa había tres mujeres de carne y hueso. Una cantaba, la otra reía y a mí me seguían sombras desconocidas.

—Es la primera vez que voy a Manazuru —rio Momo.

—Yo estuve el otro día por primera vez —repuse, riendo con ella.

Por un instante, recordé la sensación del viento azotándome las mejillas y las orejas mientras contemplaba el lejano océano a mis pies desde el extremo del acantilado, cuando el cielo se abrió de repente.

2

—No se oye ningún ruido —dijo Momo.

—¿Qué ruido? —le pregunté. Momo ladeó la cabeza, como si se concentrara, y respondió en voz baja:

—Trac-trac, trac-trac. Trac-trac, trac-trac. —A continuación, se volvió hacia la ventana. Estábamos sentadas una frente a la otra, Momo junto a la ventana y yo, al lado del pasillo. Habíamos salido de la estación de Tokio antes del mediodía. Momo tenía razón al decir que el pesado vagón de acero no hacía ningún ruido. Si bien se oían otros ruidos en el ambiente, entre ellos no contaba el traqueteo monótono y continuo del tren, de modo que el oído no lo percibía. Era como si el vagón y mi cuerpo flotaran en un entorno bullicioso.

Me fijé sin querer en el cuello de Momo. Era delgado. Sin embargo, ya no transmitía la fragilidad de sus primeros años de vida, en los que parecía que se pudiera romper con un poco de fuerza.

—¿Quieres un sorbo? —le ofrecí, mientras colocaba dos botellas de té junto a la ventana. Momo cogió una, pero volvió a dejarla enseguida. Yo destapé la otra y bebí. El líquido se deslizó por mi garganta. Estaba frío, y me sentó bien.

—Deberías beber algo —insistí, y ella volvió a coger la botella. Vaciló unos instantes—. Lo digo en serio —dije, y ella agitó un poco la botella. El té hizo espuma—. No juegues con la botella —la reñí como si fuera una niña pequeña. Ella me arrojó una afilada respuesta:

—No estoy jugando.

Se me clavó como una puñalada inesperada. Momo no podía ni imaginar que me había hecho daño. Porque solo había sido una respuesta algo mordaz. Porque la había soltado sin pensar, como un acto reflejo.

Momo es la única que puede hacerme tanto daño. No tiene compasión. Hurta en mis puntos débiles sin la menor piedad, sin ser consciente de las cicatrices purulentas que deja en mi cuerpo. Mis debilidades, las cosas que me

gustaría esconder y proteger están expuestas ante ella. No puedo olvidar que, años atrás, Momo pertenecía a mi cuerpo, y ahora me resulta imposible imponer distancias entre ella y yo.

—¡Un resort al lado del mar! —exclamó Momo.

—Qué vergüenza alojarse en un resort —reí. Momo también rio.

No tenía la intención de alojarme con Momo en la pensión Suna. El ambiente que había visto en la pensión regentada por la madre y el hijo era más propio de adultos, y no quería alojarme con mi hija. Tenía la sensación de que nuestra intimidad corría peligro.

Me recomendaron el hotel junto al mar en la oficina de información.

—¿Vamos a ir a ese hotel?

Momo me miró con una expresión inocente. Mientras la chica de la oficina llamaba al hotel para hacer la reserva, Momo salió a la calle. El cielo estaba blanquecino. La temperatura no era excesivamente baja. En Tokio hacía un frío mucho más penetrante.

—Es la influencia del mar. Aquí hay muchos ciruelos en flor —me explicó la chica de la oficina de información—. Será solo una noche, ¿verdad? Pueden registrarse en el hotel cuando quieran.

—¡Vamos a ver el mar! —dijo Momo, caminando como si bailara.

—Ya estamos al lado del mar.

—¡Hace tanto tiempo que no veo el mar!

Rei, Momo y yo íbamos a la playa una vez al año, sin falta. Cuando Rei desapareció, mantuve la costumbre hasta que Momo cumplió diez años.

El primer año, Momo tenía algo más de tres meses. Solo era un bebé que apenas podía mantener la cabeza erguida. Cuando llegamos a la playa, el miedo me asaltó. No me preocupaba mi propia integridad, el objeto de todos mis temores era aquel bebé llamado Momo.

Todo era demasiado intenso para un bebé: el viento, la corriente y el ruido del mar. Cubrí a Momo con mi propio cuerpo, como si quisiera protegerla. Ella rompió a llorar. «Está llorando porque la estás asfixiando de calor», dijo Rei. Pero Momo estaba asustada. Era normal que llorase. Rei no lo entendía. «Qué grande es el mar, ¿verdad?», le decía a Momo. «Quiero volver. Tenemos que volver ahora mismo», le supliqué. Rei se quedó de una pieza. No salía de su asombro.

Al final, estuvimos una hora resguardados —casi escondidos— en el chiringuito de la playa y decidimos volver. «Eres muy rara», se burló Rei en

el coche, de camino a casa. Momo dormía plácidamente. «¿Cómo se te ocurre exponerla de esa forma a los rayos del sol? No es más que una niña de pecho», me recriminó mi madre más adelante. Al año siguiente, en la misma época, fuimos de nuevo a la playa los tres juntos. A partir de entonces, dejé de tener miedo.

Empezó a llover. Soplaban fuertes ráfagas de viento.

—¡Qué asco de tiempo! Para una vez que venimos al mar...

Momo se arrimó a mí. A través del amplio ventanal se veía el mar agitado. En el pequeño balcón había dos sillas blancas de plástico.

—Es un auténtico resort —dijo Momo, señalando las sillas completamente mojadas.

Apoyamos la frente en el cristal de la ventana y contemplamos la lluvia. El cuerpo de Momo desprendía calor. Respiraba agitadamente. «Pobrecita —pensé—. Los niños me dan lástima. Su ignorancia es enternecedora. Cuando los niños crecen y aprenden siguen siendo dignos de compasión, pero no tanto».

Nos tumbamos en la cama y leímos el folleto del hotel. Organizaban cenas de lujo. Nos hizo gracia y nos echamos a reír.

—¿Celebramos una cena de lujo en un resort junto al mar?

—Sí, ¡vale!

—Pero saldrá muy caro...

—¿No tienes dinero, mamá?

Según la dirección del viento, la lluvia salpicaba los cristales. A pesar de que estaba en Manazuru, aún no me había seguido nadie. La habitación era limpia y luminosa. Cuando abrí los cajones del armario empotrado, encontré un albornoz blanco y un pijama. Momo se puso el albornoz encima de la ropa. «Demasiada ropa», dijo mientras se lo quitaba y empezaba a desnudarse. Se quedó en camiseta de manga corta y braguitas, y volvió a ponerse el albornoz. Se sentó al borde de la silla, se reclinó en el respaldo, apoyó la cabeza en las manos cruzadas y fijó la mirada en el techo. «Siempre he querido ponerme un albornoz», dijo mientras jugueteaba con las mangas peludas.

Aquella habitación, tal vez por su luminosidad, me hizo pensar en el olor de los hospitales. El olor que flotaba en la habitación de mi padre cuando lo sacaron de la UCI después de haber sufrido un ataque al corazón. El hospital me pareció un lugar tranquilo y luminoso. Mi padre estaba acostado, muy delgado. Le habíamos cambiado el camisón de la UCI por su pijama habitual

entre mi madre, la enfermera y yo, con mucho cuidado. Mi padre había recuperado el conocimiento, pero seguía sin abrir los ojos. Le salían varios tubos de la nariz y de la boca. En aquella ocasión estuvo ingresado poco tiempo, pero al año siguiente sufrió una recaída y murió en el hospital.

—Te sienta bien —le dije a Momo. Ella sonrió arrugando la punta de la nariz—. Sí que podemos permitirnos una cena de lujo.

—¡Genial!

—Cuando deje de llover, saldremos a dar un paseo.

—¿Crees que parará?

—En algún momento, seguro que sí.

—Ya, pero...

Momo dejó la frase a medias y se entretuvo de nuevo jugando con las mangas del albornoz.

Dejó de llover de repente, tal y como había empezado.

Después de la lluvia, la hierba olía muy bien. Apenas había empezado a crecer y no era más que una fina pelusilla, pero desprendía un intenso olor. Dimos una vuelta por los alrededores. Momo llevaba un pequeño bolso colgado en bandolera. El viento, que aún no había amainado, le hacía ondear el pelo. Momo sacó un pasador, se lo colocó en el pelo y lo sujetó con un clic. Un mechón rebelde se escapó y le cayó sobre la frente.

—¿Sabes si papá...?

—¿Qué le pasa a papá?

La arena húmeda de la playa era negra. Habíamos extendido dos pañuelos en una roca grande y nos habíamos sentado una al lado de la otra.

—¿Sabes si papá fumaba?

Tardé un rato en responderle, puesto que no me acordaba.

—De vez en cuando —repuse al fin.

Momo no me preguntó nada más. Habíamos empezado a hablar de Rei cuando estuve dudando entre quitar la placa con su apellido o dejarla en la puerta. Hasta entonces, había hecho como si nunca hubiera existido. No podía hablar de él ni pensar en él. Tampoco aparecía en mis sueños. Una vez había oído que, si conseguías soñar con algo que habías perdido, significaba que la herida de la pérdida empezaba a cicatrizar.

Cuando fui capaz de empezar a hablar de Rei, le enseñé a Momo fotografías de su padre. Hasta entonces, Momo nunca me había preguntado

por él. En el fondo, inconscientemente, sabía que no conseguiría sacarme nada.

No fui demasiado considerada. Sabía que lo más honesto era empezar contándole que nos habíamos enamorado, nos habíamos casado, habíamos empezado a vivir juntos y habíamos tenido una hija, y que habíamos sido felices hasta que él había desaparecido. Sin embargo, no lo hice así. Solo le dije que su padre había desaparecido.

La primera vez que le hablé de él, Momo tenía ocho años, y se limitó a responderme con un breve asentimiento. Cuando empezó a estudiar secundaria, se refirió por primera vez a *aquel día*: «Aquel día no entendí muy bien lo que querías decirme. Me dijiste que papá se había ido y pensé que eso no estaba nada bien. Pero como papá ya no estaba cuando me lo contaste, tampoco me importó demasiado», me explicó Momo a los doce años.

—¿Tú y papá os queríais? —me preguntó, sentada en la roca.

—Sí —le respondí, sorprendida ante aquella pregunta. El viento hacía ondear ligeramente el mechón que no había logrado sujetar con el pasador. Con la frente despejada, las cejas de Momo se parecían mucho a las de Rei. Tenían una curvatura suave y agradable.

—¿Cómo sería si papá estuviera?

—No tengo ni idea.

—Pero tú estuviste casada con él, deberías saberlo.

—Tu padre y mi marido eran dos personas muy distintas.

—¿Distintas por qué? —insistió Momo, sin dejar de parpadear.

—Hace mucho frío. ¿Vamos?

Los pañuelos que habíamos extendido sobre la roca estaban húmedos. La humedad los había oscurecido. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, Momo y yo nos dimos la mano. La suya era firme, tan grande como la mía.

—No solemos hablar de papá —dijo ella mientras nos íbamos.

Todavía no he soñado con Rei ni una sola vez.

En el camino de vuelta, noté una presencia. Era ella.

Mientras cenábamos, estuvo todo el rato a mi lado. Comía de nuestros platos. Al parecer, le gustaban las gambas. No paraba de robarlas del plato de marisco con salsa de tomate. Las cogía una tras otra hasta que se acabaron. Por muchas veces que repitiera el mismo gesto, las gambas seguían estando en el plato, de modo que podía cogerlas una y otra vez.

«¿Tienes hambre?», pregunté, y la mujer asintió.

—Podría seguir comiendo —respondió Momo al mismo tiempo, a pesar de que no había formulado la pregunta en voz alta, sino mentalmente. Momo era una buena chica que siempre respondía con educación. Le dirigí una sonrisa. La mujer hizo una mueca. Sentí un escalofrío, como si hubiera sufrido una descarga.

Al cabo de un rato, me di cuenta de que estaba enfadada. La mujer se había ido. No podía permitir que se interpusiera entre mi hija y yo.

En la playa, me había sentido más cerca de Momo. Era yo la que quería estar cerca de ella, mientras que Momo se alejaba de mí. Se alejaba. Se acercaba un poco. Volvía a alejarse. Era un tira y afloja que repetía una y otra vez, a propósito o sin ser consciente de ello.

Desde que Momo era un bebé, no había estado tan dispuesta a impedir que algo se interpusiera entre ella y yo. Entonces nada se interponía entre nosotras, con o sin mi permiso, porque estábamos juntas las veinticuatro horas del día. No era agradable en absoluto. Era agotador. Aguanté aquella época en silencio, como una fiera agazapada. Le daba el pecho, hacía la comida, barría, limpiaba, tendía la ropa, la doblaba... Mi cuerpo se movía sin descanso, sin dirigir ni una sola mirada al mundo exterior. Mi mirada era la de una fiera agazapada.

—Algo ha atravesado el cielo —dijo Momo.

—¿Qué era?

—Creo que un avión.

No se refería a la mujer. Momo contemplaba el cielo. Estábamos sentadas en una mesa redonda junto a la ventana. En el exterior, solo se divisaban el mar y el cielo. De vez en cuando, el camarero se acercaba para comprobar si nos faltaba mucho para terminar.

—Estaba delicioso —le dijo Momo en cuanto retiró los platos.

—Gracias —repuso el camarero, visiblemente satisfecho. La mujer volvió a acercarse.

«¿Conoces a Rei?», le pregunté a la mujer.

Momo estaba durmiendo. Su cuerpo solo era un bulto en la cama de al lado. Respiraba sin el menor ruido. Solo suspiraba ligeramente al cambiar de posición.

«¿Rei?», repitió la mujer.

«Mi marido».

Había estado conmigo mientras llenaba la bañera de agua caliente, mientras veía la televisión después del baño y cuando salí a la terraza con Momo a respirar el tranquilo aire nocturno. Era como si quisiera decirme algo.

«Puede que lo conozca», admitió al fin.

Su aspecto era irregular, puesto que empalidecía y oscurecía cada dos por tres. Además, no tenía una forma definida. Solo sabía que había una presencia a mi lado. Incluso se podría decir que no había nadie, y que la mujer que devoraba gambas era un producto de mi imaginación.

«¿Rei está vivo?».

«No lo sé».

«¿Dónde lo conociste?».

«Lo he olvidado».

Sus respuestas no me convencieron. Su presencia se había intensificado desde que estaba en Manazuru, pero no parecía dispuesta a aclarar mis dudas. Quería dormir, pero su presencia me incomodaba. Quería que se fuera.

«Vete ya».

«¿Adónde?».

«Al lugar donde estás siempre».

«No sé qué lugar es ese...».

Parecía triste, pero yo no podía hacer nada para ayudarla. Aparté la manta de un puntapié. El aire acondicionado estaba encendido y, aunque no hacía calor, mi cuerpo ardía. Era muy extraño. Nunca antes había hablado con aquella sombra que me seguía. «Tonterías —pensé, y la mujer desapareció de inmediato—. No tiene sentido que me siga. No me importa. Me da igual que esté como que no esté». Me sentía como una balanza vacía. Me habían quitado el peso que llevaba en uno de los platos y me había desequilibrado. Me balanceaba tanto, que no podía saber en qué lado estaba el peso que me habían quitado. No lo sabría hasta que recuperase el equilibrio. Me sentí un poco triste, solo un poquito.

—Anímate, mamá —me dijo Momo.

La luz de la mañana era deslumbrante. Estábamos tomando un desayuno japonés en el restaurante donde habíamos cenado la noche anterior. Había mucha más gente de la que esperábamos encontrar. Mientras que la noche anterior solo había dos mesas ocupadas, aquella mañana el comedor estaba prácticamente lleno.

Había jurel desecado, sopa de miso con nabo frito, espinacas aliñadas con salsa de soja y tofu hervido.

—Pero si estoy bien —le aseguré a mi hija, que se echó a reír.

—Pues te has dejado mucha comida.

No había tocado el jurel ni el tofu hervido. Como Momo parecía tener hambre, le ofrecí ambos platos.

—Estoy hambrienta. Se nota que aún estoy creciendo —dijo ella, y pidió otro cuenco de arroz.

—La luz de la mañana es distinta a la luz de la tarde. Te anima a empezar de cero —susurré.

—¿De qué estás hablando? —me preguntó Momo.

—¿No tienes esa sensación por la mañana?

—Ya sabía yo que a ti te pasaba algo... ¿Has estado dándole vueltas a lo que hablamos ayer de papá?

Momo había dado buena cuenta del jurel. Solo había dejado la espina y la cabeza, y le estaba pinchando los ojos para comérselos. A Rei también le gustaba el pescado. No quería pensar en él de buena mañana. Intenté pensar en Seiji, y le pedí disculpas en silencio por utilizarlo como sustituto de otro hombre.

—¿Hay algún chico que te guste? —le pregunté a Momo.

—Puede que sí.

—¿Cómo es?

—Es un chico normal.

Esperaba que ella se enfadara, pero me respondió contenta y me contagió un poco su alegría.

—¿Qué te gusta de él?

—Que es amable.

Me eché a reír y ella se enfurruñó. No debería haberme reído tan fuerte, pero me había hecho gracia su expresión. Enternecida, le acaricié la mejilla. De repente, Momo empalideció. Sacudió enérgicamente la cabeza para librarse de mi caricia. Quería alejarse de mí.

«¿Por qué es tan difícil?», me pregunté antes de levantarme de la mesa. Regresamos andando al hotel. Momo me seguía a una distancia considerable. La mujer flotaba entre las dos.

—¿Cómo os ha ido en Manazuru? —me preguntó mi madre.

—También hemos estado en Atami —le explicó Momo. Cuando dejamos nuestra habitación, decidimos dar un paseo hasta Atami para hacer un poco de ejercicio. Tenía el presentimiento de que me tranquilizaría pasear con Momo por aquella ciudad de poca importancia pero muy frecuentada, donde vendían pasteles *manju*.

Merendamos en Atami. Dimos una vuelta sin rumbo fijo, evitando las tiendas de recuerdos que había frente a la estación, seguimos el río que desembocaba en el mar y descubrimos una pequeña pastelería. Enfrente, en la orilla opuesta, había una barraca de tiro. Estaba cerrada y parecía abandonada. La pastelería era nueva, pero el negocio funcionaba desde hacía varios años.

Merendamos una deliciosa tarta de chocolate con un vaso de leche caliente. La nuca de Momo exhalaba un olor dulce. No me gustaba que se hiciera mayor. En realidad, lo que me disgustaba era el hecho del crecimiento. El paso a la edad adulta era un camino sembrado de toda clase de altibajos que el adolescente no podía esquivar. Por eso me daba lástima. Porque era pequeña y no sabía nada.

Todo lo que crece me resulta desagradable. El cuerpo, los sentimientos. Las mujeres que quieren tener hijos también me molestan. Yo también era insoportable cuando quería traer a Momo al mundo.

En Atami, hice muchas fotos. La mujer no me siguió. Desapareció de repente en cuanto atravesamos Yugawara. La presencia de Rei también se alejó. Momo salía sonriente en todas las fotos.

—Qué sonrisa más forzada —comentó, señalando su propia cara en las fotos.

—A mí me gusta. Pareces contenta.

—Cuando ríe, se parece muchísimo a ti —me dijo mi madre.

Desde la ventana del tren que nos llevaba de vuelta a casa, contemplé la ciudad de Manazuru. El cielo estaba nublado, a pesar de que en Atami hacía sol. Una especie de bullicio se extendía sobre Manazuru, aunque sus habitantes no lo supieran. Solo lo notábamos los viajeros de paso.

—La próxima vez iremos las tres juntas —dije, refiriéndome a mi madre, que puso cara de tierna compasión. Para ella, yo era una niña pequeña e ignorante.

Cuando quedé con Seiji, estaba muy impaciente. A pesar de que llevábamos muchos años juntos, me sentía ilusionada como una colegiala.

—He estado de viaje con mi hija —le anuncié.

—¿Os hizo buen tiempo?

—A ratos.

La impaciencia me obligaba a decir cosas triviales. Hablábamos mientras dábamos un paseo. Hasta que no se lo contaba todo, no me quedaba satisfecha, como un gran colador de bambú que deja escapar todo lo que metes dentro.

«Cuando estoy contigo, tengo sueño», me había dicho Seiji una vez. «¿Quieres decir que te aburres?», le pregunté tímidamente. «No, es como si durmiera plácidamente», me respondió riendo.

A veces pienso que nos hemos hecho mayores. Ya hace diez años que conocí a Seiji. A pesar de que el tiempo ha pasado para los dos, no hemos madurado de la misma forma. Nuestros periodos de maduración no han sido simultáneos. El tiempo nos ha afectado de formas diferentes. «De todos modos, es coherente». «¿A qué te refieres?», me preguntó Seiji. «Al conjunto». «¿Eso crees?».

No volvió a preguntarme nada más. Yo tampoco sabía a qué me refería cuando hablaba del *conjunto*. Me refería, simplemente, al conjunto de las cosas.

—Te llamé por teléfono —dijo de repente.

—¿Cuándo?

—Cuando estabas en Manazuru.

—¿De veras? —repuse, sorprendida. No había visto su llamada perdida. Recordé la profundidad de la noche en el hotel de Manazuru. El mar se estrechaba y se ensanchaba al mismo tiempo. Era un mar que se prolongaba hasta el infinito. ¿Cómo habría sido oír la voz de Seiji en Manazuru?

—Quiero hacerlo —dije.

—Hagámoslo hoy mismo —propuso Seiji.

Nuestros cuerpos juntos desprendían calor.

Antes de hacer el amor, siempre remoloneo un poco. Tanto en cuerpo, como en alma. Como si, en cierto modo, no quisiera empezar. Pero apenas dura unos instantes.

—Ven —me dice Seiji, y me acerco a él. Cuando me acaricia la piel, ya no pienso en retrasar el momento.

Seiji tiene las manos suaves. Como al principio siempre tengo los dedos agarrotados, sus manos aún me parecen más suaves. Sin embargo, los dedos se me relajan enseguida. Como si la sangre que se había concentrado en el

centro de mi cuerpo fluyera hacia todas mis extremidades. «Así», susurro. Con Seiji, puedo hablar. A Rei no podía decirle nada.

Cuando nos abrazamos, me siento vacía como si solo existieran los contornos de nuestros cuerpos. Mi perfil calca el de Seiji. La esencia de nuestros perfiles se une, se separa y se une de nuevo cuando se funde con el cuerpo del otro. Durante un instante, no puedo moverme. Digo un instante, pero a lo mejor son cinco minutos.

Tumbada en la cama, oí algo que parecía el murmullo del mar.

—¿Qué es ese ruido? —le pregunté a Seiji, arrugando la frente.

—Un coche que pasa, supongo —repuso él.

—¿No es un coche que se acerca, sino un coche que pasa?

—Los coches que se acercan hacen un ruido más estridente —me explicó Seiji, con la mejilla pegada a las sábanas.

Pensé que Seiji decía cosas muy sutiles. Tanto si se acercaban como si se alejaban, los coches pasaban a gran velocidad, de modo que era imposible distinguir en qué dirección circulaban. Estuve a punto de argumentárselo, pero tuve miedo de que su sutileza se hiciera añicos.

—Tengo hambre —dije, con una voz deliberadamente áspera. Seiji se echó a reír, y su delicadeza se desvaneció—. Me apetece comer algo caliente —añadí mientras me incorporaba. Ya podía moverme. Acaricié la espalda de Seiji de arriba abajo con el dedo. Él la mantuvo recta, pero sus hombros se estremecieron ligeramente.

—¿Te gusta? —le pregunté.

—Me haces cosquillas —repuso él.

Me desperecé y volví a acariciar a Seiji. Su cuerpo se estremecía a medida que lo tocaba. La marea subía.

Después de hacer el amor, fuimos a comer, nos despedimos y regresé a casa.

El camino de vuelta nunca se me hacía pesado. Tanto de día como de noche, tanto en invierno como en verano, me sentía fresca y ligera.

El semáforo de enfrente de la estación estaba en rojo. Un hombre cruzó el paso de peatones. Llevaba un sombrero. Caminaba a paso resuelto, sin mirar a los lados.

—¡Cuidado! —le grité.

Un coche blanco se acercaba a gran velocidad. El hombre siguió cruzando la calle sin inmutarse, sin apretar ni aflojar el ritmo.

El corazón se me disparó. Nunca te acuerdas del corazón, salvo cuando te asustas y empieza a palpar con fuerza. Notaba sus latidos. El hombre dobló la esquina. Cuando el semáforo se puso en verde, todo el mundo cruzó el paso de peatones a la vez. Una mujer caminaba a mi lado. Era más o menos de mi misma estatura, el pelo corto y el cuerpo ancho. Cruzaba la calle lentamente.

Como el corazón me latía desbocado, tomé consciencia de mi propio cuerpo. De mis piernas. La mujer que caminaba a mi lado y yo movíamos las piernas acompasadamente. No solo era aquella mujer: todas las personas que cruzaban el paso de peatones avanzaban al mismo ritmo que yo. Me sentí mareada.

A pesar de que hasta entonces me sentía fresca y ligera, me había invadido una extraña sensación.

Pensé en Seiji para librarme de ella. En ese instante, dejé de encontrarme mal. Pensé en el callo que tiene en el dedo en el que apoya el lápiz al escribir. Es una pequeña protuberancia en el dedo corazón de la mano derecha, como un apéndice de la falange. «Pero si ya no hay nadie que escriba con lápiz», le comenté un día. Seiji meneó la cabeza. «Pues yo no suelo escribir con bolígrafo, normalmente utilizo el lápiz».

Tanto Seiji como yo tenemos trabajos relacionados con la escritura. Yo escribo. Él encarga lo que hay que escribir. Al principio, trabajamos juntos en varias ocasiones. Yo escribía breves ensayos cada semana. Seiji tenía una forma peculiar de elogiarme. Lo hacía como si no fuera su intención. Mis ensayos se publicaron en un libro y empezaron a encargarme más trabajo. Así fue como conseguí mantener a mi familia.

Ensimismada en mis pensamientos, llegué a casa. Me quedé unos instantes de pie en la calle, bajo la luz de la farola. A pesar de la muchedumbre que había frente a la estación, me había quedado sola sin darme cuenta. El resto de la gente había ido en otra dirección.

Cuando salimos del hotel, Seiji dijo que tenía que volver al trabajo. Llamó a un taxi y subió. Lo seguí con la mirada y pensé que, de espaldas a mí, parecía un desconocido. No era la primera vez que lo pensaba. En cambio, Rei nunca me había parecido un desconocido. Hoy aún sería capaz de evocar su cara y su cuerpo con todo lujo de detalles. La farola emitía una tenue luz. Me alejé de ella y empujé en silencio la puerta del portal.

—No me han bajado la dosis de la medicación —se quejó mi madre.

Tomaba pastillas para la tensión dos veces al día, al levantarse y antes de acostarse. Durante el invierno solía tener la tensión más alta y le duplicaban la dosis. Cuando llegaba la primavera, en cambio, le recetaban la dosis habitual.

—Este año, todavía no pueden bajármela —prosiguió con tristeza—. Será porque me han cambiado de médico y ahora tengo a uno joven que decide según los números. El otro médico era un señor mayor que sabía muchas más cosas y decidía según mi salud —dijo mi madre, desperezándose.

Hablaba con desánimo, pero su cuerpo se preparaba para la llegada de la primavera. Sus manos se estiraron con energía mientras se desperezaba.

—Pronto volverán a recetarte la dosis de siempre —la consolé, y ella asintió.

—¿Sabes? El otro día vi renacuajos —dijo mi madre de repente.

—¿Dónde? —le pregunté.

Ella dejó escapar una risita.

—Fui con Momo al estanque de la universidad. El domingo. Tú estabas en el cine.

—Fue por trabajo —protesté débilmente, y mi madre volvió a reír.

—Puedes ir al cine tantas veces como quieras.

Cuando hablaba de Rei con mi madre, siempre había un poco de tensión. Ella miraba a Rei, mi marido, a través de un cristal convexo, como un ojo de pez. Eso no significa que fuera estrecha de miras, sino que nunca quiso ver la verdadera forma de Rei. Lo miraba a través de una lente que le deformaba las extremidades y la cabeza. Nunca le odió tanto como para desviar la mirada, ni como para concentrar su rencor en él. Solo quería que siguiera siendo una forma ambigua.

Cuando hablamos de mi trabajo, ocurre más o menos lo mismo que cuando hablamos de Rei. Pero el trabajo solo es trabajo. Es como la sal o el agua que forman parte del altar familiar. Están ahí, pero como son elementos que no se pueden tocar, al final acabas pasándolos por alto. Rei tenía una forma. Y eso, para mi madre, era una realidad difícil de aceptar.

—¿Ya han salido los renacuajos? Pero si todavía hace frío —comenté.

Mi madre ladeó la cabeza.

—No, aún no. Eran los huevos, formaban un cordón de gelatina con muchos puntitos negros. Momo dijo que era la primera vez que lo veía.

La universidad estaba a unos veinte minutos a pie. Al lado de las pistas de tenis había un estanque donde Rei y yo habíamos estado más de una vez antes de casarnos. Era un estanque pequeño. Nadie arreglaba la maleza que lo rodeaba, de modo que desde el otro lado no se veían las pistas de tenis. Solo

se oían los raquetazos, que sonaban muy cerca. Rei siempre me besaba entre la maleza mientras susurraba mi nombre.

El agua del estanque siempre murmuraba misteriosamente, fuera cual fuese la estación del año.

Cuando empezó el buen tiempo, Momo apareció un día con una botella de cristal de cuello ancho que contenía unos diez renacuajos.

—Mira —murmuró, mientras examinaba la botella al trasluz—. Hay muchas cosas flotando en el agua.

Yo acerqué mi cara a la suya y contemplamos juntas el interior de la botella. Había pequeñas algas, filamentos grisáceos y restos de tierra. A pesar de que el agua parecía clara y transparente, en su interior flotaban residuos varios, entre los cuales nadaban los renacuajos.

—¿Es agua del estanque? —le pregunté, y Momo asintió.

—Cuando la he cogido, me ha parecido que estaba limpia.

—Aunque esté un poco sucia, sigue siendo pura —le aseguré. Momo volvió a examinar la botella en silencio.

A la mañana siguiente, uno de los renacuajos había muerto y estaba flotando en la superficie del agua. Los demás nadaban vigorosamente.

—¡Qué cola más fina tienen! —rio Momo—. Es delgada y minúscula.

Cuando Momo se fue al colegio, la casa quedó en silencio. Mi madre aún dormía. Fregué los platos y los dejé boca abajo en el escurridor. El agua goteaba. Las gotas caían una tras otra, bajo la luz de la mañana. Me pregunté si en su interior también habría porquería. No se veía, pero quizá hormigueaba dentro de cada pequeña gota.

De vez en cuando, una multitud de sombras me perseguía. No en lugares abarrotados, sino cuando no había nadie. Me seguían veinte o treinta presencias a la vez durante un breve instante, y luego se alejaban de inmediato.

Me dispuse a trabajar y abrí el portátil encima de la mesa. Hace un tiempo, Momo lo llamaba «señor Ginzo». «Es un nombre de varón», objeté. «Es el único hombre que hay en esta casa», repuso ella. Cuando bautizó el portátil, Momo acababa de empezar el instituto. A lo largo de aquellos tres años, mi hija se había vuelto muy huraña.

Me di cuenta de que había olvidado guardar la margarina en la nevera. El tarro estaba junto al ordenador. La tapa no estaba bien colocada. Alargué la mano y vi, bajo la tapa entreabierta, que la margarina estaba un poco

derretida. Cuando está dura, es una sustancia amarillenta que parece fría al tacto, pero al verla medio derretida tuve ganas de tocarla, de hundir la punta del dedo en el tarro y lamer los restos de margarina. Sin embargo, me contuve.

Tapé el tarro y lo guardé en la nevera, que se cerró con un tintineo. El motor zumbaba.

A los renacuajos les crecieron las patas traseras. Cuando empezaron a crecerles también las delanteras, murieron seis a la vez. Momo rompió a llorar. La mayoría de ellos ya había perdido la cola. Los envolví en una gasa y los enterré en el patio trasero.

—Es la primera vez que tienes una mascota —la consoló mi madre, acariciándole el pelo—. Kei tuvo un perro hace muchos años. Incluso le construyó una casita. Pintó el tejado de color rojo —le explicó mi madre. Momo levantó la cabeza.

—¿Qué perro era? —preguntó.

—Un perro callejero.

—¿Cómo se llamaba?

—*Jiro*.

—¿Cuándo murió?

—Hará unos veinte años.

—¿Era bonito?

—Sí, mucho.

En la botella de cristal todavía nadaban tres renacuajos. En comparación con los seis que habían muerto, tenían la cola bastante larga.

—Estos también morirán cuando pierdan la cola, como los demás. A lo mejor no les gusta la comida que les echo —dijo Momo, mientras se arreglaba para salir—. Voy a la tienda de animales de la estación. Supongo que tendrán buenos acuarios.

—Yo también tengo que hacer unos recados, te acompaño —dijo mi madre, preparándose para salir.

—No me gustaría tener un perro —dijo Momo—. Me daría miedo encariñarme demasiado con él.

—¿Miedo? —repitió mi madre.

—Sí. Miedo a que muriera.

Mi madre no le respondió, y yo tampoco. Momo estaba cabizbaja mientras se abrochaba la chaqueta. No habíamos vuelto a hablar de la

desaparición de Rei, pero últimamente tampoco esquivábamos el tema.

Jiro era un perro muy listo. Sabía perfectamente cuándo podía ladrar y cuándo no. Tenía el pelo suave y sedoso. Cuando lo acariciaba, le tocaba la cola y se ponía muy contento.

En suelo del jardín, donde enterré los renacuajos, el césped estaba húmedo y tenía un intenso color verde. La pala se hundía en la tierra.

Era una chaqueta verde oscuro, la última chaqueta de verano que se compró Rei. «A partir de ahora, el viernes es el *día sin corbata*. ¡Qué fastidio!», gruñó mientras íbamos a los grandes almacenes. No le gustaba comprarse ropa. Una vez casados, siempre me hacía escoger la ropa a mí. Cuando le pregunté si tenía alguna preferencia en cuanto a corbatas, él negó con la cabeza. «Mientras no sean de leopardo ni de dragones, todas me parecen bien».

Por eso me sorprendí cuando me dijo: «Quiero una chaqueta blanca». «Con los pantalones que tienes, te quedaría mejor una chaqueta oscura», le respondí, y él estuvo de acuerdo enseguida.

Hubo un breve instante de vacilación, pero no me di cuenta hasta más adelante. En aquel momento, no me percaté en absoluto de que Rei estaba dudando.

Cuando regresamos a casa, corté la etiqueta del precio, coloqué la chaqueta al lado de los pantalones colgados en el armario y le dije: «¿Lo ves? Este color combina con el resto de tu ropa». Rei no me respondió, y pensé que no me habría oído. Se puso la chaqueta varios días para ir al trabajo, pero luego recuperó la corbata. «Aunque digan que es el *día sin corbata*, la mitad de la gente la lleva. Yo soy un hombre serio», refunfuñó.

A finales de ese mismo verano, Rei desapareció. Un poco antes, quise llevar la chaqueta a la tintorería. Al comprobar que los bolsillos estuvieran vacíos, encontré un pedacito de papel en el que había una hora apuntada: «21:00».

El papelito era del tamaño de una tarjeta de visita, y la hora estaba escrita en una esquina. Lo arrugué y lo tiré.

La chaqueta se quedó en la tintorería hasta un mes después de que se confirmara la desaparición de Rei. Saqué el recibo, que había doblado y guardado en la cartera, y fui a recoger la chaqueta a regañadientes. Entonces fue cuando me acordé del papelito con la anotación «21:00». El corazón me dio un vuelco.

Abrí la puerta de la tintorería con el corazón acelerado. La dependienta estaba empapada en sudor. «Es que no soporto el aire acondicionado», solía decir como excusa poco antes del verano, cada vez que alguien le decía: «¡Dios mío! ¡Qué calor hace aquí dentro!». Incluso después del verano, cuando el calor ya había remitido un poco, la mujer seguía sudando a mares. Olía un poco mal.

Guardé la chaqueta al fondo de un armario sin quitarle siquiera la funda protectora de plástico, y no volví a tocarla hasta que hice las maletas para instalarme en casa de mi madre.

«¿En qué estaría pensando Rei cuando anotó una hora en un trocito de papel?», me pregunté. Pronto me di cuenta de que era una pregunta sin respuesta. El rastro de Rei había ido desapareciendo con el tiempo. Tiré la chaqueta hace unos años. Aun así, todavía conservo algunas pruebas de la existencia de mi marido.

Murmuré el nombre de Seiji y le llamé. Cuando hablamos por teléfono, lo noto muy cerca. Mucho más que cuando lo tengo delante. Quizá sea porque su voz me entra directamente a través del oído.

—¿Qué pasa?

—¿Crees que algún día nos separaremos?

—Qué pregunta más rara —repuso Seiji—. ¿Quieres que nos separemos?

—No. Es que acabo de acordarme de...

Cuando le digo que me he acordado de algo, Seiji sabe que no me refiero a él sino a Rei. «Soy un desastre», me reproché a mí misma.

Seiji es muy educado. Solo dice cosas amables. Por eso me da miedo, pero es un miedo distinto al que me inspiraba Rei.

—Si tuvieras una cita con alguien a las nueve de la noche, ¿dónde quedarías? —le consulté.

—No lo sé... A esa hora, las cafeterías ya están cerradas. Quizá en el vestíbulo de un hotel, o en el bar. O tal vez en una taberna —repuso él educadamente.

Ni siquiera sabía si la anotación «21:00» se refería a la hora de una cita o no. Lo único que podía hacer era darle vueltas a aquella idea sin salida, aferrándome a ella.

—Hablando de citas, yo también he quedado esta noche a las nueve —dijo la voz de Seiji al otro lado de la línea.

—¿Ah, sí?

—En el bar de un hotel, con un compañero de universidad un poco más joven que yo.

—Pues ten cuidado —le dije, y él se echó a reír sin emitir ningún sonido, como de costumbre, pero supe que estaba riendo porque noté la vibración en el aire.

Si le hubiera dicho a Rei que tuviera cuidado, ¿habría evitado que desapareciera? Ese también era un interrogante sin respuesta. Estiré la espalda y me sacudí la nostalgia de encima. Le pregunté brevemente a Seiji cuándo íbamos a quedar.

—Este mes estoy muy ocupado y no tengo tiempo, lo siento —se disculpó.

—No importa —repuse sin más. Seiji volvió a reír.

—Hoy te veo muy dócil.

Cuando me dijo que no podríamos quedar, noté un pinchazo de dolor en el pecho. No era añoranza, solo sufrimiento.

Además de la misteriosa nota, también conservo el diario de Rei. Sigue estando en el estante de los libros, junto a los diccionarios. Lo saco aproximadamente una vez al mes para hojearlo.

Solo es un diario de notas. «Un paquete de hojas de afeitar de recambio». «Esta noche, Torigen. Takamatsu. Kawahara. Invita el jefe». «Caballito de juguete para Momo». Está lleno de breves anotaciones. A pesar de que no hay ningún comentario personal, cada vez que lo leo me siento embargada por la emoción. Me emociona el simple hecho de ver las letras alineadas.

No sabía que Rei escribiera un diario. Cuando lo encontré, lo leí ávidamente, de arriba abajo, deseando dar con alguna pista. No despegaba la vista de las páginas para descubrir el motivo de su desaparición: una mujer, una cuestión de dinero.

Al no encontrar nada, estuve un tiempo sumida en el estupor. No porque no hubiera descubierto ninguna pista, sino porque había hurgado en la vida de Rei. El precio del plato de arroz con pollo que había comido para almorzar, los números de serie de una revista o recordatorios de su trabajo, como: «Adelantar la entrega cinco días, negociaciones mañana» eran notas que yo no conseguía relacionar con mi marido recién desaparecido.

Guardé el diario durante un tiempo al fondo de la librería, para no verlo. Hasta entonces, nunca había visto a Rei como el desconocido en el que se

había convertido desde que había leído su diario. No conseguía recordar su cara ni evocar su olor, el tacto de su piel o su voz.

Y no porque no estuviera. Mientras leía el diario, veía todo lo que tenía a mi alrededor con los ojos de Rei, y no con los míos. Ver las cosas que te rodean con los ojos de otra persona es una sensación muy desagradable. Desde entonces, me emociono cada vez que leo el diario. Me duele. No me gusta. Lo odio. Rei era distinto a mí. Se había alejado de mí.

En el fondo, yo ya lo sabía. Pero me sorprendió que él me lo dijera a través de su diario. Mis sentimientos dieron un vuelco, como si me hubiera quemado con una llama y hubiera retrocedido de un salto.

Al cabo de un tiempo, volví a sacar el diario del rincón donde lo había escondido y lo coloqué en un estante al alcance de la mano, donde tengo los libros que consulto con más frecuencia. «Rei es un idiota», digo de vez en cuando, aunque sin demasiada convicción.

Una vez, Momo me estuvo espiando en secreto mientras hablaba sola. Detrás de mí. Yo estaba inmóvil, con el diario abierto entre las manos, y ella salió de la habitación de repente. No lo hizo con mala intención, pero noté un ambiente pesado a mis espaldas, cargado de reproches.

Me daba envidia que pudiera hacerme reproches. A veces intentaba reprocharme a mí misma mi propia actitud, pero no encontraba argumentos. Solo podía dejar caer la mano que acababa de levantar.

Los árboles florecieron y el aire traía su aromática fragancia.

No podía quedar con Seiji, y Momo estaba muy ocupada desde que estudiaba bachillerato. Salí a dar un paseo hasta la universidad. Hacía buen día, y me sentía animada. Caminé hasta el estanque contiguo a las pistas de tenis y me senté entre la hierba. Los tres renacuajos supervivientes se habían transformado en ranas. Unos días antes, Momo y yo habíamos ido al estanque para dejarlas en libertad. Las ranitas verdes se quedaron inmóviles unos instantes, pero pronto desaparecieron entre la hierba dando saltitos.

En los días despejados, la presencia que me sigue es brillante. El agua del estanque murmuraba. Abrí la lata de té que había comprado de camino y me la bebí. Tenía mucha sed. Al beber, me di cuenta de que tenía la garganta seca. La sombra que me seguía aquel día era un hombre. «Puede que lo conozca», pensé mientras me tomaba el té.

Saqué del bolso el diario de Rei. Lo abrí y arranqué una página al azar. Lo hago más o menos una vez al año. Pronto habré arrancado todas las hojas.

Empecé a doblarla en forma de avión de papel. Quería arrojarlo hacia el estanque para que se hundiera en el agua.

Mientras doblaba la hoja, mis dedos rozaron las palabras de Rei. Bajo una nota escrita a pluma, que rezaba: «20 sellos a 62 yenes. Tinta Saito KK», vi el nombre de Manazuru y me sobresalté. Desplegué la hoja para asegurarme. «Manazuru», decía una nota escrita a bolígrafo con letra fina. La fecha era aproximadamente un mes anterior a la desaparición de Rei.

Doblé la hoja en cuatro partes y la guardé entre las páginas del diario. «Manazuru», susurré. Nunca antes había visto aquella nota. O quizá la había olvidado. «Manazuru», susurré de nuevo. La superficie del estanque centelleaba. La presencia que me seguía era brillante y resplandeciente. El viento soplaba con fuerza. El murmullo de las hojas rompía el silencio. La intensa luz me deslumbraba y me cegaba.

3

Vi caer una flor de camelia.

No era la primera vez que veía sus pétalos rojos dispersados como gotas de lluvia, formando un tupido manto sobre el suelo sin perder la forma, pero nunca antes había visto cómo caían.

«¡Mira!», exclamé. Rei, que caminaba a mi lado, siguió la dirección de mi mirada. «Ha caído una flor», dijo él. Acto seguido, recogió la flor de camelia, que conservaba su forma intacta.

Rei la estrujó con fuerza sin decir palabra. Una lluvia de pétalos se esparció por el suelo. Todos se escaparon de entre sus dedos hasta que, al final, solo quedó el núcleo amarillo, que Rei aplastó con la mano.

«El polen es muy pegajoso», comentó, abriendo la mano. Los pistilos y los estambres, las pequeñas partes de la flor que habían sobrevivido, se dispersaron más lentamente que los grandes pétalos. «Pobre», comenté, y Rei frunció el ceño. «¿Por qué?». «Porque la has destrozado». «Tarde o temprano se habría marchitado».

Hacía poco tiempo que habíamos empezado a salir juntos. Pensé que era un hombre despiadado. Intenté decir su nombre en voz alta. A pesar de que solía costarme mucho, en ese momento me salió sin dificultad. Él también dijo mi nombre. Introdujo en mi boca el dedo con el que había destrozado la camelia. Por un instante, noté el intenso y dulce olor del polen. Inconscientemente, le lamí el dedo.

Cuando empecé a amamantar a Momo, de vez en cuando recordaba la sensación que había tenido al lamer el dedo de Rei. Lo había succionado como un bebé. En ese momento no fui consciente de ello, no lo supe hasta que nació Momo y empezó a mamar. Le succioné el dedo sin pensar en nada más, embelesada, notando el sabor agrídulce.

Rei era como el reflujo. Aunque intentara mantenerme firme, me arrastraba consigo.

Me dejaba llevar por él. Le gustaba atacarme por sorpresa. Cuando yo bajaba la guardia porque pensaba que el mar estaba en calma, me cogía desprevenida. Apenas llevábamos dos meses juntos y no podía pensar en nadie más que en él.

La primera vez que pasamos la noche juntos fue en Hakone. Quedamos en la estación de Shinjuku al atardecer. No sabíamos adonde iríamos, solo habíamos decidido pasar la noche juntos.

«Podríamos coger el tren romántico», dijo Rei, refiriéndose al expreso de Hakone, y compramos dos billetes. Aún recuerdo el tintineo de las máquinas de la estación marcando los billetes. En Yumoto, cogimos el funicular y bajamos en una estación intermedia. Seguimos subiendo por el único camino que había, que nos llevó a un albergue. «¿Nos quedamos aquí?», propuso Rei.

Abrimos la puerta de cristal esmerilado que daba al vestíbulo. En una de las paredes laterales había un reloj. La recepcionista se dirigió apresuradamente a nuestro encuentro con un par de zapatillas en cada mano.

«¿Cuál es el precio por noche?», preguntó Rei. «Siete mil yenes por persona a media pensión», repuso la mujer. «Pues nos quedamos», decidió Rei. Ella nos acompañó a nuestra habitación.

Rei desenvolvió el pastelillo de carne que había encima de una mesita baja y se lo comió de un bocado. «¿Quieres un té?», le ofrecí. «Tranquila, ya me lo sirvo yo mismo», me respondió él.

Cuando salí de la bañera, Rei estaba acostado. Llevaba el kimono desabrochado, tenía el codo apoyado en el suelo y una taza de té a su lado. «¿Quieres?», me ofreció. «¿Es té?», le pregunté. «No, es *whisky* que he encontrado en la nevera», repuso él. Más adelante, me explicó que, si no tomaba alcohol, se sentía un poco incómodo a solas conmigo en un albergue.

Después de cenar, salimos a dar un paseo en *yukata*. La carretera de montaña estaba a oscuras. Nuestros zuecos repiqueteaban sonoramente sobre el asfalto. El aliento de Rei olía a alcohol.

No era la primera vez que pasaba la noche con un hombre, y siempre me esforzaba en crear un ambiente animado. Cuando estaba con Rei, el ambiente era límpido. Los ruidos innecesarios y la temperatura corporal se absorbían como por arte de magia. No había excitación, no había calor.

Precisamente por eso conseguía arrastrarme consigo.

La escapada a Hakone fue a principios de verano.

Al amanecer, hicimos el amor brevemente. Fue más intenso que la noche anterior. Mientras pagábamos la cuenta en recepción, evoqué sin proponérmelo la postura de aquella misma mañana y se me humedecieron los ojos. Aquel año, la estación lluviosa fue muy larga. Estuvimos paseando mientras caía una débil llovizna, cobijados bajo un solo paraguas. En el estante de cristal de una tienda de recuerdos había siete muñecos en fila ordenados por tamaños, del más grande al más pequeño. Encajaban unos dentro de otros, como las *matrioska* rusas.

«Qué monos», comenté. «¿Quieres comprarlos?», me preguntó Rei. Antes de responderle, estuve vacilando un rato. Sin decir palabra, Rei llevó los muñecos al mostrador. Pagó la cuenta y metió el paquetito envuelto en mi bolso. «Es la primera vez que le hago un regalo a una mujer», me confesó inesperadamente mientras regresábamos en tren. «¿Esto es lo primero que compras para una mujer?», reí, mientras abría los muñecos uno por uno y los alineaba en el alféizar de la ventana. El más pequeño, el último que saqué, tenía el tamaño de una moneda de un yen.

Una vez vacíos, Rei empezó a darles golpecitos con la uña. Todos sonaban a hueco.

«También es la primera vez que estoy con una mujer y no tengo ganas de salir corriendo», admitió Rei cuando bajamos del tren en Shinjuku, entre una multitud de gente. «¿Salir corriendo?», reí, levantando la vista para mirarlo. Él también esbozó una sonrisa, pero su expresión era amarga.

Para retrasar el momento de la despedida, entramos en un restaurante, a pesar de que aún era muy temprano para cenar. Pedimos dos jarras grandes de cerveza y, cuando por fin empezó a anochecer, me sentí un poco más tranquila. Aquella noche tampoco volví a casa, dormí por primera vez en casa de Rei. Aún no era noche cerrada, pero penetramos profundamente el uno en el otro. Nuestros cuerpos ya nos resultaban familiares. Abrazados, nos sumimos en un profundo sueño, como si perdiéramos el conocimiento.

—Huele a cloaca —comentó mi madre.

—Pues por aquí ya no hay canales —le respondí.

Cuando jugaba en la calle de niña, la pelota se me caía cada dos por tres en los canales de desagüe que había a ambos lados de la calle. Recogía la pelota, mojada por el agua del canal, y la restregaba contra el suelo para que se secara. Más adelante, soterraron los canales para evitar el hedor.

—Pues huele a aguas fétidas.

—A lo mejor el viento ha traído el olor del río —aventuré. Mi madre cerró los ojos e hizo una profunda inspiración.

—El río está en la ciudad vecina. ¿Crees que el olor viene de tan lejos? Ahora que lo pienso, estos últimos años la estación húmeda ha sido muy seca, ¿verdad? Más que una estación húmeda, parecen lluvias primaverales. En primavera, cuando llueve durante varios días seguidos, llueve más que ahora —murmuró mi madre.

Yo también inspiré. De vez en cuando, el ambiente olía a aguas fétidas. Era el mismo olor que se notaba los días despejados y calurosos que venían tras un periodo de lluvias. «Estación húmeda seca. Lluvias primaverales». Repetí las palabras para mis adentros. Con el paso del tiempo, se había mitigado la sensación de humedad que tenía de joven con la llegada del verano, como si mi cuerpo se derritiera. Cuando empecé a dormir en casa de Rei, me sentía así apenas terminaba la estación lluviosa. Por más que intentara reprimirlo, una especie de rocío me cubría toda la piel, incluso después de casarme y de que naciera Momo. No se trataba únicamente de las secreciones que rezumaban mis cavidades, no. Tenía la sensación de que la humedad surgía de lo más profundo de mi ser. En cuanto percibía el olor de principios de verano, sentía un fugaz desvanecimiento. Incluso ahora lo siento.

Releí el diario de cabo a rabo. La hoja en la que figuraba el nombre de Manazuru estaba doblada y guardada entre las últimas páginas. No encontré nada nuevo. Todo era igual que las últimas veces, con las mismas palabras.

No recuerdo el día en el que le anuncié a Rei que estaba embarazada, pero él dejó constancia en su diario: «Tendremos un bebé. Está previsto que nazca en abril del año que viene. Kei me lo ha anunciado con cara de pez». Era extraño que hubiera anotado una opinión personal. La primera vez que lo leí, la desaparición de Rei aún era muy reciente. Aun así, la expresión *cara de pez* me pareció graciosa.

Padecía fuertes náuseas. A pesar de que apenas llevaba quince días de gestación, me encontraba fatal. No me confirmaron el embarazo hasta más adelante, pero yo ya sabía que un cuerpo extraño se estaba formando dentro de mí. En realidad, no notaba ninguna presencia concreta, sentía más bien como si algo se hubiera introducido en mi interior. Me sorprendió que un feto que ni siquiera tenía el tamaño de un dedo meñique pudiera provocar náuseas tan fuertes. Probablemente esa fuera la causa de mi cara de pez.

En el diario había otra frase que contenía una opinión subjetiva: «Es un lugar adonde no debería ir, pero...». Según la fecha, Rei lo escribió más o menos un año antes de desaparecer. Un lugar al que no debería ir. ¿Dónde estaría cuando escribió aquella nota? Ese mismo día, un poco más abajo, también escribió: «No iré a la cita».

No sabía si aquellas palabras tenían un significado profundo o anecdótico. Las releí muchas veces, pero fue en vano. Aunque el contenido del diario en sí no fuera misterioso, las frases que Rei había anotado ese día eran inexplicables.

El malestar duró dos meses más. Cuando entré en el cuarto mes de gestación, desapareció de repente. Pensé que el embrión, que crecía para formar una criatura, ya no era un cuerpo extraño. Me apetecía comer grandes cantidades de grasa a todas horas, y ya no tenía cara de pez. Me había transformado en un mamífero.

El bebé, que ya no era un cuerpo extraño, crecía rápidamente en mi vientre. Cuanto más crecía, más aumentaba mi confusión. Era incapaz de pensar. Lo único que hacía diligentemente eran las actividades monótonas, como coser paños de algodón para convertirlos en pañales. Ahora sería incapaz de hacer algo tan fastidioso, aunque me lo suplicaran de rodillas.

No consigo recordar qué hacía Rei en aquella época, en qué pensaba. Yo me sentía como un gusano envuelto en un capullo. No es que quisiera aislarme del mundo exterior, sino que no podía verlo por mucho que lo intentara.

No todas las mujeres embarazadas experimentan la misma sensación. No creo que yo fuera especialmente frágil. Al contrario, era fuerte. Rei, en cambio, no lo era. Se comportaba como si nada lo afectara, pero no era cierto. Era mucho más vulnerable que Seiji. Eso lo he descubierto ahora.

Cuando nació Momo, padecí un dolor atroz.

Nunca había sufrido tanto hasta ese día. El dolor que creía conocer era muy distinto. No era un dolor momentáneo de los que te paralizan o te dejan casi inconsciente, sino un dolor persistente. Sin embargo, después del parto lo olvidé todo. Absolutamente todo.

Solo dos días después de dar a luz, me sorprendí a mí misma diciendo que tenía un bebé precioso. Después de haber sufrido dolores que me habían hecho gritar como una mujer enloquecida, después de que mi cuerpo se hubiera hinchado como un globo y de haber creído que no volvería a

recuperar la forma humana, no me costó nada decir que tenía un bebé precioso.

«¡Parece mentira!», pensaba tumbada en la cama, mientras hacía los ejercicios de posparto. A ciertas horas del día, las parturientas teníamos que mover las piernas y la cintura al ritmo de la música que sonaba por los altavoces.

Mientras hacía los ejercicios junto a otras tres madres que compartían habitación conmigo, discutíamos intentando definir con palabras aquella sensación tan increíble. «La forma y el fondo». «No, no es exactamente lo mismo». «El peligro pasado, el voto olvidado». «Se acerca un poco, pero no es eso». «Preocupaciones superficiales». «También es distinto». El hecho de que nos llamásemos *madres* entre nosotras desde el momento del parto ya era un poco raro, sobre todo teniendo en cuenta que en el paritorio, justo antes de dar a luz, aquellas mujeres eran para mí la señora tal o la señora cual.

Las demás madres también hablaban de la extraña sensación de decalaje que había entre el momento previo al parto y el momento inmediatamente posterior. «Es muy distinto a lo que había imaginado», comentaban todas.

El mundo no había cambiado, pero yo me había desplazado a otro lugar. Mi lugar en el mundo se transformaba a cada instante. Cambiaba sin cesar y yo temblaba de miedo sin saber adonde llegaría, hasta que acababa volviendo al mismo lugar. Sin embargo, no regresaba del todo.

No se trataba de un lugar radicalmente opuesto, como en el caso de la vida y la muerte. Era un lugar simplemente distinto, lejos de mi rutina diaria. Al mismo tiempo, tenía la sensación de que aquella rutina, la vida a la que estaba acostumbrada, se infiltraba en mi interior. En mitad del dolor. Cerca de mis piernas, que apretaba con fuerza mientras empujaba.

Pronto olvidé también las conversaciones que había tenido con las demás madres acerca de aquella inexplicable sensación. Desde que le pusimos nombre al bebé, solo podía pensar en criar a Momo.

«Un lugar adonde no debería ir». Por un instante, temí haber entrado en ese lugar. Fue en el momento de dar a luz. Me pregunto qué relación tendrá esto con la frase que mi marido anotó en su diario.

Aún no he logrado desprenderme de la sensación que me invadió justo después del parto, aquella sensación de no haber regresado del todo al lugar donde me encontraba antes. Creo que me acompañará hasta que muera. La mañana en la que nació Momo, los gorriones cantaban.

—¿Bebiste mucho en la cita que tenías a las nueve con tu compañero de facultad? —le pregunté a Seiji.

No dejaba de darle vueltas a aquella hora, las nueve de la noche. Desde que había empezado a leer de nuevo el diario, no conseguía separarme de él.

—Fuimos a comer tempura —repuso él, sin responder a mi pregunta.

—¿De veras?

—Había tempura de *shirauo*. Yo pensaba que era un pescado típico de primavera, pero ya estamos en verano —comentó Seiji, riendo—. Él bebió como una esponja, pero me controlé más.

—¿Cómo se siente la gente a las nueve de la noche? —inquirí.

—Ni idea. En cambio, sé muy bien cómo se sienten a las tres o a las cuatro de la mañana.

Levanté la cabeza al oír su respuesta.

—¿Qué quieres decir?

—A las tres, hay un ápice de esperanza. A las cuatro, un ápice de desesperación.

—Qué bonito.

—Te ríes de mí, ¿verdad?

No tenía la intención de burlarme de él, pero sus palabras me parecieron demasiado bonitas. La esperanza y la desesperación son indivisibles.

—Kei —me llamó Seiji, a pesar de que no solía pronunciar mi nombre.

—Dime —le respondí tan dulcemente como pude.

—No me hagas pensar en los que no están.

—¿Cómo? —exclamé, mirándolo de nuevo. Había empalidecido—. ¿Qué te pasa? —añadí, sin quitarle la vista de encima.

—Que estoy celoso —admitió él.

¿Celoso? Me quedé sin aliento. Aquella palabra sonaba muy rara en boca de Seiji. Creía que jamás la pronunciaría. Sin embargo, lo hizo.

—Pero si él ya no está —susurré.

Seiji no dijo nada. Parecía que quisiera hablar, pero era como si no pudiera hacerlo, como si no encontrara las palabras adecuadas.

Me arrimé a Seiji. No lograba entender por qué él, que tenía esposa y tres hijos, estaba celoso de mí, que solo tenía a Momo. Supongo que nuestras familias no tenían nada que ver.

—Por eso estoy celoso, porque no está —dijo él—. Estoy celoso porque, aunque no esté, sigue contigo —explicó.

Tuve un sobresalto al oír aquellas palabras.

—¿Cómo sabes que algo me sigue? —le pregunté.

—¿Te sigue algo? —dijo él, confundido. Entonces me di cuenta de que no sabía nada, de que sus palabras habían sido casuales. «No quiero que Seiji se entere», pensé con determinación.

Justo en ese momento, una presencia apareció a mi lado. Era muy densa. No parecía una figura humana, sino más bien un animal peludo. Me recordó a mí misma cuando entré en el segundo trimestre del embarazo y dejé atrás las náuseas.

La presencia olía a agua. Sacudí enérgicamente la cabeza y se alejó. Seiji no dijo nada más.

Poco antes de desaparecer, Rei regañó a Momo. No fue la típica reprimenda impulsiva para evitarle algún peligro a un niño de tres años que aún no domina el lenguaje, fue un sermón con todas las de la ley.

Momo había pintado unos papeles de Rei con lápices de colores. Los papeles estaban llenos de garabatos rojos, amarillos y rosas.

«¡Momo! Ven aquí ahora mismo», gritó Rei desde el recibidor, antes de ir a trabajar. Como yo estaba fregando platos en la cocina, me pareció que me había llamado a mí y salí apresuradamente, secándome las manos con el delantal. Momo estaba arrodillada en el suelo, con la espalda erguida. Rei también estaba de rodillas en el estrecho recibidor, en la misma postura tiesa y formal. Tenía el pantalón del traje lleno de arrugas.

Rei intentaba razonar con Momo mientras le enseñaba los papeles llenos de garabatos de colores. «¿Cómo pretende razonar con una niña de tres años?», pensé, pero Momo lo escuchaba en silencio. Aunque no fuera una niña especialmente nerviosa, como a todos los niños de su edad le costaba permanecer quieta. Sin embargo, en aquel momento estaba completamente inmóvil.

La niña agachó la cabeza y se disculpó. «Lo *tiento*, papi». Hay niños que enseguida aprenden a pronunciar las *eses* y niños que las confunden con las *tes*. Momo pertenecía a los últimos. «No volveré a pintar», añadió, mirando directamente a Rei. Él asintió satisfecho. «No vuelvas a hacerlo».

Permanecieron un instante arrodillados en silencio. Cuando Rei se levantó, Momo rompió a llorar. No sé si lloraba por la reprimenda de Rei o para liberar la tensión que había tenido que soportar al sentarse en una postura a la que no estaba acostumbrada y pedir disculpas como una persona adulta; o quizá solo lloraba porque su cuerpo necesitaba desprender líquidos. Rei le

pasó la mano por el pelo. «Eres una niña muy buena», le dijo, acariciándole la cabeza con ternura.

«Tengo la sensación de haberme convertido en padre», me dijo Rei aquella noche. «Hace muchos años que lo eres», argumenté, pero él meneó la cabeza. «Me cuesta mucho hacerme a la idea de que soy padre», respondió él.

En la televisión, estaban anunciando los resultados del campeonato de sumo del mes de septiembre. Por entonces, nunca había reflexionado sobre el significado de la palabra *hogar*. Nunca me lo había preguntado. Lo hice por primera vez cuando ya lo había perdido.

En aquella época, también había algo que me seguía, pero era una presencia muy débil. Era tan imperceptible, que incluso me costaba distinguir si me seguía o no. Ahora es distinto. Ya sea débil o sólida, sé que está conmigo.

Había ganado el *yokozuna*, el gran campeón. Después de que el presentador anunciara al ganador, repitieron el combate de la final. Se oyeron gritos de victoria y Rei echó un vistazo a la pantalla.

La humedad me empapó el cuerpo. Alargué la mano hacia la nuca de Rei, que estaba viendo la televisión. Lo acaricié despacio y él me sonrió. Fue una sonrisa llena de ternura. «¿Cómo no me había dado cuenta antes de que era capaz de sonreír así?», pensé, intrigada. La humedad siguió rezumando.

Al cabo de poco tiempo, Rei desapareció.

—He encontrado lo que había perdido —dijo Momo.

—¿Qué habías perdido? —le pregunté.

—Esto —repuso ella, abriendo la mano para enseñarme unas bolitas envueltas en papel de aluminio.

—¿Son bombones?

—Sí —asintió—. Me los regalaron en San Valentín —añadió.

—¿A ti?

—Las chicas nos regalamos bombones entre nosotras en vez de dárselos a los chicos.

—¿Me das uno?

Momo me ofreció un bombón. Tiré de uno de los pliegues del envoltorio de papel de aluminio, lo desenvolví y apareció una bolita de color marrón. Me la llevé a la boca. La estuve lamiendo un rato y, cuando la mordisqueé, un líquido viscoso se derramó en mi boca.

—Estaban al fondo del cajón de mi escritorio —me explicó Momo, mientras desenvolvía un bombón tras otro y se los llevaba a la boca. Tenía un grano en la mejilla. Salía por la mañana y desaparecía por la noche, como el oleaje que riza la superficie del mar. Momo tenía la piel lisa y suave, pero últimamente se había ensombrecido un poco. Su piel, suave y carnosa como la de un bebé, había empezado a endurecerse por dentro.

—Me encanta que me regalen cosas —dijo Momo, moviendo la mandíbula arriba y abajo mientras masticaba los bombones—. Cuando me hacen un regalo, no me gusta que me lo den por sorpresa. Prefiero estar esperándolo con impaciencia.

Me sorprendió que mi hija fuera capaz de hacer reflexiones propias de una mujer adulta.

—¿Hay algo que estés esperando con impaciencia? —le pregunté.

—Creo que sí.

—¿Qué es?

Momo hizo ademán de decírmelo, pero cerró la boca de repente. No es que no quisiera decirlo, es que no sabía cómo. Indecisa, mantuvo la boca abierta unos instantes y vi que la tenía negra de chocolate.

—Ya me lo dirás cuando encuentres las palabras —dije. Acto seguido, me fui.

¿Cuándo dejé de derretirme? Con Seiji, ya no me pasa. Mis contornos se mantienen firmes e intactos en todo momento.

La primera vez que pasé la noche con Seiji fue en un *ryokan* junto al mar, en Izu. Anuncié que pasaría una noche fuera de casa alegando motivos de trabajo y me reuní con él.

En la estación, preguntamos por la parada del microbús lanzadera y esperamos a que saliera. El conductor no estaba. Cuando las puertas se abrieron, Seiji y yo fuimos los primeros en subir. Justo después, subieron tres ancianas que se sentaron en la parte central y un chico y una chica de unos veinte años. Al fin apareció el conductor, caminando sin prisas, y ocupó su asiento frente al volante. Al fijarme en él, reconocí al anciano al que habíamos visto intentando captar clientes frente a la estación.

El edificio del *ryokan* tenía capacidad suficiente para albergar grandes grupos de turistas. «¿No te parece demasiado luminoso?», comenté, y Seiji se echó a reír. «¿Habrías preferido un sitio más discreto donde poder esconderte de las miradas ajenas?».

Fuimos a la gran sala de baños cada uno por su cuenta y, como sobraba tiempo antes de cenar, echamos una partida al *ping-pong*. La sala de juegos estaba enmoquetada, así que nos quitamos las zapatillas y estuvimos jugando descalzos. Golpeábamos la bola muy en serio. Empezamos a sudar y tuvimos que levantarnos las mangas hasta los hombros.

«Parece que estemos de viaje de fin de curso», comenté durante una pausa, abanicándome con la pala. Aprovechando la distracción, Seiji me envió un fuerte remate. Enfurecida, utilicé mi próximo servicio para mandarle la bola con efecto.

Después de cenar, me entró sueño. Habíamos tomado otro baño tras la partida de *ping-pong*. Mientras veíamos la tele en la habitación, pensaba que aquel viaje con Rei había sido mucho más íntimo. Sabía perfectamente que Seiji tenía su propia familia. Tras la desaparición de Rei, yo había olvidado lo que era tener una familia y un hogar.

Apagué el televisor, me acosté boca arriba en el futón y estuve contemplando el techo al lado de Seiji. «Ven», me dijo él. Como siempre. Nos acercamos, hicimos el amor, nos separamos y volví a dirigir la mirada al techo. Pensé que, si me hubiera casado con Seiji, habría durado para siempre. No solo nuestro matrimonio, sino el vínculo que nos une desde hace tiempo y que nos habría mantenido unidos hasta el fin.

Mucho tiempo. Antes de mi madre. Después de Momo, mucho después. Un vínculo inquebrantable. No es un simple recuerdo, ni tampoco algo tan preciso como una estructura genética; solo puedo decir que es algo que tiene continuidad.

Me dormí enseguida, y no me desperté hasta la mañana siguiente.

—¿Te apetecería ir a algún sitio? —me preguntó Seiji—. Hace mucho tiempo que no nos escapamos juntos.

—¿Adónde quieres ir? —le pregunté yo.

—El otro día fuiste a Manazuru con Momo, ¿verdad?

No le había contado a Seiji que, la primera vez, había ido a Manazuru yo sola.

—Pues sí —repuse vagamente.

Diez años. Casi sin darme cuenta, había pasado más tiempo con Seiji que con mi marido.

—Quiero ir al fin del mundo —dije de repente.

—¿Al fin del mundo en qué dirección? ¿Sur? ¿Norte? ¿Oeste? ¿Este?

Fiel a su costumbre, Seiji se había tomado mis palabras literalmente.

—Al Polo Norte, no. Hace frío. Al Polo Sur, más de lo mismo —le respondí yo, también muy seria. Mientras hablábamos, me entró sueño.

Con Seiji todo es normal. Es difícil actuar con normalidad cuando hay tantas cosas artificiales a tu alrededor, pero también es imposible mantener la artificialidad. Tarde o temprano, se acaba rompiendo. Hacer frente a la destrucción es fácil, lo más difícil es soportar las cosas normales.

—¿En qué piensas? —me preguntó Seiji.

—En tonterías —repuse.

Suelo pensar más que antes en mi relación con Seiji. Al principio, nunca se me habría ocurrido pensar que lo nuestro era *normal*. Me pregunté si Rei también pensaba en nosotros, y mi rostro se ensombreció.

—¿Lo ves? Ya estás pensando otra vez en los que no están —me reprochó Seiji.

—¿Cómo lo sabes? —me sorprendí.

—Porque últimamente siempre estás igual.

¿Estaría celoso de nuevo? En ese caso, sería la segunda vez en muy poco tiempo. Al principio, tampoco pensaba en los celos.

Sentí un arrebato de ternura y lo abracé.

—Me abrazas como mi madre —dijo él.

—No soy tu madre. Soy yo —repuse, mientras lo estrechaba con más fuerza.

La mujer apareció. Era la misma que me seguía en Manazuru, la que insistía para que fuera a Manazuru.

—No te alejes, Seiji —murmuré, abrazándolo con fuerza. Él se dejaba abrazar lánguidamente.

El calor llegó muy temprano, así que tuve que hacer el cambio de armario dos veces antes de verano.

La primera vez fue cuando a los renacuajos de Momo les crecieron las patitas. A finales de junio, en plena estación húmeda, tuve que hacer el segundo.

—La naftalina ya no huele a nada —dijo mi madre. En la época en la que nació Momo, teníamos la costumbre de hacer un pequeño corte con unas tijeras en los saquitos de papel de celofán que contenían dos bolas de naftalina y los metíamos en los cajones de los armarios—. Los productos de hoy en día

no huelen a nada —se lamentó mi madre, arrugando la frente mientras acercaba la nariz al repelente de insectos—. Esto ya no tiene gracia.

El cambio de armario de finales de junio fue muy ajetreado. Guardé la ropa de invierno al fondo, saqué la ropa fina de primavera para tenerla al alcance de la mano y metí en una bolsa todo lo que quería llevar a la tintorería.

Mi madre se probó una blusa sin mangas del año anterior.

—Estoy arrugada como una pasa —murmuró, mientras se frotaba los delgados brazos desnudos—. Mira, ¿has visto cómo se me arruga la piel cuando la frotas? Toca, hija —me dijo. Para no darle un disgusto, le acaricié el brazo. Su piel medio reseca se arrugó entre mis dedos.

—Eso es porque está medio reseca. Pero si no la pellizcas, no se arruga.

Como si se divirtiera, mi madre empezó a pellizcarse la piel del codo y a enseñarme las arrugas que aparecían entre sus dedos.

—Son las consecuencias de hacerse mayor. Dentro de unos años, tendré la piel tan seca que me saldrán arrugas sin tener que pellizcarla —comentó, casi con admiración.

Mi madre y yo casi nunca hacemos juntas las tareas domésticas. Cuando intentamos hacer algo al mismo tiempo, el ambiente se caldea. La única forma de refrescarlo es trabajando cada una por su cuenta.

—Es mucho mejor hacer juntas el cambio de armario —dijo ella, riendo.

—Le pediremos a Momo que nos ayude con el próximo —asentí.

Cuando llevaba un rato tocando ropa de algodón de invierno y de verano, tenía las palmas de las manos suaves y resbaladizas. Me levantaba con una prenda en la mano, me agachaba, la guardaba en una caja y sacaba la siguiente. Cuando las prendas se rozaban entre sí, hacían un ligero ruido. Dos mujeres, una de edad avanzada y la otra de edad madura, deambulando entre la ropa. Arrancábamos con los dedos las etiquetas grapadas de la tintorería. Cambiábamos los cartones que protegían los cajones, doblábamos los viejos y los tirábamos. Luego revestíamos los cajones con cartones nuevos e íbamos formando pilas de ropa.

Cada vez que hacemos el cambio de armario, encontramos mucha ropa que ya no utilizamos. Hay prendas que guardamos sabiendo que no vamos a utilizar más, mientras que hay otras que descartamos en cuanto las sacamos del armario. Algunas las cortamos para convertirlas en paños para limpiar los cristales, y hay otras que regalamos a los hijos de los parientes. A veces, también tiramos alguna cosa. Antes de tirar un abrigo de invierno, descoso los botones.

Mi madre y yo nos sentamos y empezamos a cortar con las tijeras. Yo utilizaba unas grandes tijeras japonesas, mientras que las de mi madre eran unas tijeras plateadas occidentales. Me hice un corte en el dedo corazón. Salió una gotita de sangre roja que enseguida empezó a resbalar a lo largo del dedo. Me lo chupé y mi madre me trajo una tirita.

Al cabo de un rato, cuando la herida dejó de sangrar, me puse la tirita. Me envolví el dedo presionando bien desde arriba. La ropa que nos rodeaba desprendía un olor particular.

—No huele a naftalina, pero se nota que ha estado mucho tiempo guardada. No huele a humedad, pero sí a cerrado —observó mi madre, cerrando los ojos. Hizo varias inspiraciones profundas para absorber el olor.

La mujer se dirigió a mí. Era la mujer que me seguía.

Últimamente, parecía que quisiera decirme algo, pero no lo había hecho hasta entonces.

«Pronto tendrás que prepararte», me dijo.

«¿Prepararme?», le pregunté. Como no estaba acostumbrada a hablar conmigo, la mujer desvió la mirada. Sus pupilas negras se quedaron fijas en el centro, como si tratara de mirarse la punta de la nariz. No volvió a levantar la vista hasta al cabo de un rato. Me resultaba un poco incómodo hablar con ella si no me miraba, así que me sentí aliviada cuando sus ojos se depositaron de nuevo en mí.

«Vas a ir, ¿no?», dijo brevemente, con una brusquedad inesperada.

«¿Adónde?».

«A Manazuru».

Sabía que se trataba de Manazuru.

«¿Qué hay en Manazuru?», le pregunté.

«Los barcos zarpan en julio. Cruzan el mar y navegan lejos, muy lejos», repuso la mujer. En aquella ocasión no flotaba en el aire como de costumbre, sino que estaba de pie delante de mí. Parecíamos dos vecinas que se encuentran en la calle y empiezan a hablar de trivialidades.

«¿Rei también fue a Manazuru?», inquirí.

«No lo sé».

Su respuesta fue tan ambigua como todo lo que rodeaba la desaparición de Rei. Sospeché que solo estaba disimulando.

La mujer siguió hablando de barcos:

«En un barco que... está esperando... y lleva...».

Hablaba de forma entrecortada. Su voz se desvanecía de vez en cuando, como si el viento se llevara sus palabras.

«¿Tú vas a subir al barco?», le pregunté, y ella volvió a desviar la vista.

«Yo no subiré. No quiero subir, porque el barco se dirige a...».

«¿Ese barco zarpa a las nueve de la noche?», traté de averiguar, pero no obtuve respuesta. Cuando desvió la vista por segunda vez, las palabras de la mujer se volvieron más incomprensibles. El viento murmuraba. No era solo una sensación, hacía viento de verdad.

«¿Irás?», me preguntó al final, antes de desaparecer como si el viento la hubiera arrastrado. «¿Irás?», me pregunté a mí misma. Aunque quisiera ir, no sabía cuándo ni desde dónde zarparía ese barco. Aun así, pensé que tal vez en julio volvería a Manazuru.

—Parece que Manazuru es una región muy rica en obsidiana —me explicó Seiji.

—¿Cómo lo sabes?

—Me preocupa tu obsesión con Manazuru, así que he investigado un poco. Los hombres prehistóricos del período Jomon fabricaban armas y herramientas de obsidiana. Hay varios utensilios famosos fabricados con esta roca, seguro que lo estudiaste en primaria.

—Ya lo he olvidado —admití, y Seiji se echó a reír. Me resultaba extraño pensar que, mientras estábamos separados, Seiji se había dedicado a investigar pensando en mí, a pesar de que yo siempre le había guardado cierto rencor porque sabía que nunca sería del todo mío. Aquello lo cambiaba todo. Cambiaba nuestra relación.

Últimamente, Seiji estaba más cerca de mí. Al mismo tiempo que nos acercábamos, yo quería alejarme de él, aunque habría preferido lo contrario. A decir verdad, no quería acercarme ni alejarme. Quería dejar las cosas tal y como estaban.

—¿Por qué no vamos juntos a Manazuru? —propuso Seiji.

—Podríamos ir en julio.

Las palabras de la mujer se me habían quedado grabadas. Quizá no debería haber prestado tanta atención a la conversación que había mantenido con aquella presencia que me seguía, pero no conseguía borrarla de mi mente.

—¿En julio? —reflexionó Seiji—. Intentaré buscar un hueco. Te diré algo en cuanto pueda —me prometió. Acto seguido, se fue. Nunca vacilaba antes de irse. En cambio, cuando yo me iba antes, se despedía con cierto pesar.

Estábamos a finales de junio, y faltaba muy poco para que Momo empezara los exámenes. En cuanto regresó del colegio, volvió a salir enseguida para ir a estudiar a la biblioteca. En cuestión de un mes, su piel había mejorado mucho. Mi hija cambiaba a ojos vistas. ¿De quién sería la culpa? ¿De alguien que yo no conocía? ¿De algún chico, o tal vez de alguna chica? Las preguntas sin respuesta se acumulaban en mi mente. «No me expliques tus secretos, Momo. Quiero seguir viviendo en la ignorancia», le suplicaba para mis adentros, como si estuviera rezando.

Mi hija se despidió agitando la mano y se fue. Entré en el despacho lánguidamente.

Enseguida llegó el mes de julio. En los meses centrales, el tiempo pasa mucho más deprisa que a principios o a finales de año.

Recordé las palabras que había dicho Momo aquella vez: «Cuando me hacen un regalo, no me gusta que me lo den por sorpresa. Prefiero estar esperándolo con impaciencia». Al final, no me había dicho qué le hacía ilusión que le regalara.

El tiempo había pasado volando. El mes de julio llegó con un intenso calor. Las hortensias del pequeño jardín, que mi madre cuidaba diligentemente, se marchitaron. Sus flores se secaron y el tronco y las hojas se volvieron de color marrón. No sirvió de nada regarlas o abonarlas con fertilizante.

—¡Uf, qué calor! —exclamó Momo—. Si saco buenas notas, ¿me comprarás dos vestidos de verano? —me pidió.

—¿Eso era lo que querías aquella vez? ¿Un vestido? —le pregunté, pero ella negó con la cabeza.

—No, es mucho más complicado. O eso creo.

—Es una lástima que se hayan marchitado las hortensias —dijo mi madre—. No han aguantado el calor. ¡Y eso que yo no tengo tanto! Será porque ya soy vieja y tengo piel de elefante.

Fuimos las tres juntas al jardín botánico. Preparamos comida para llevar y salimos de casa cargadas de bolsas llenas de tortilla, pescado, ternera, fideos con guarnición, guisantes verdes, ensalada de zanahoria y bolas de arroz. Los guisantes los había hervido Momo. «Hay que apagar el fuego enseguida», le había dicho mi madre. «Ya lo sé, hay que apagar el fuego antes de que rebose el agua».

Al fondo del jardín botánico había un bosquecito. La gente paseaba en silencio, protegiéndose de los rayos del sol. Momo recogió del suelo una hoja verde. Una fina nervadura atravesaba la superficie en todas direcciones.

—Qué hoja más detallada —comentó Momo.

—¿Detallada? ¿No será *fina*? —rio mi madre.

—No, es muy detallada.

Momo examinó concienzudamente la superficie de la hoja. Almorzamos cerca del lugar donde la había recogido. Extendimos un mantel en el suelo, nos descalzamos y nos sentamos. A través del mantel, notábamos el frescor que desprendía la tierra. Probablemente era un sitio que siempre estaba a cobijo del sol.

—¡Qué calor! —exclamó mi madre de repente.

—Pues aquí se está bastante bien —repuso Momo. A pesar de que estaba muy cerca, su voz sonaba lejana.

—Yo siempre tengo calor.

—Qué rara eres, abuela —comentó Momo, expresando su extrañeza con la cabeza ladeada. Su voz se alejaba cada vez más. Presentí que un peligro se acercaba. ¿Quién estaba en peligro? ¿Momo? ¿Yo misma? ¿O tal vez mi madre?

Sin embargo, el día transcurrió pacíficamente. Subimos al autobús con las bolsas de la comida vacías y la hoja «detallada», y regresamos a casa. Seguimos charlando animadamente hasta el anochecer.

La intuición suele fallarme. Tal vez por eso no pasó nada cuando presentí un peligro inminente.

Momo no estaba. Cuando dieron las nueve de la noche y aún no había llegado, fui corriendo a la biblioteca. Hacía rato que había cerrado, y así fue como descubrí que la biblioteca cerraba mucho antes de las siete y media, la hora a la que Momo solía llegar a casa. Un cartel informaba del horario con letra infantil, para que los niños lo entendieran: «La biblioteca abre de 9 de la mañana a 6 de la tarde».

Enseguida comprendí que Momo no iba a la biblioteca. Por un instante, me arrepentí de no haberle regalado un teléfono móvil, pero enseguida pensé que, aunque lo tuviera, no respondería a la llamada y no serviría de nada.

No tenía la menor idea de adonde podía haber ido. Regresé a casa corriendo y se lo pregunté a mi madre. «¡Santo cielo!», exclamó, arrastrando las palabras con una voz cargada de tensión. No podía contar con ella.

¿Y su amiga del colegio? ¿Cómo se llamaba?

No conseguía recordar ni un solo nombre. ¡Hirose! Eso, Yukino Hirose. Habían estudiado juntas en el colegio y habían entrado en el mismo instituto.

Cogí la lista de alumnos y marqué precipitadamente el número de teléfono. Descolgó ella misma.

—¿Diga? —preguntó, con voz apática. Era el mismo tono de voz que utilizaba Momo para dirigirse a los adultos. De vez en cuando, lo utilizaba incluso conmigo o con mi madre. «No lo sé. Sí. No sé nada. Sí. No. Vale. Entendido».

Yukino no pudo darme ninguna pista. Después de colgar el teléfono, estuve dudando un momento entre llamar a la policía o al tutor de su clase. Precisamente entonces apareció la mujer. Su presencia era muy intensa.

—¡Déjame en paz! —grité. Mi madre se sobresaltó—. Perdona —me disculpé. La mujer sonrió discretamente al ver que le pedía disculpas a mi madre.

«Yo lo sé», me dijo.

«¿Sabes dónde está Momo?», exclamé para mis adentros, puesto que no quería volver a asustar a mi madre.

«Está muy cerca».

«¿Dónde?».

«Ven conmigo».

Seguí a la mujer.

—Creo que ya sé dónde encontrarla —le dije a mi madre antes de salir atropelladamente. La mujer caminaba a paso rápido. Estuve a punto de perderla de vista varias veces. Dejamos atrás el parque que había al lado de la biblioteca y salimos junto al río de la ciudad vecina. La orilla era plana. Había un grupo de gente jugando al béisbol con linternas. El ruido del bate al golpear la pelota resonó en mis oídos. La bola atravesó el cielo oscuro.

«Es aquí», dijo la mujer. Más allá de los campos de fútbol y de béisbol, que estaban uno al lado del otro, había una oscura pradera de donde procedían los ligeros gemidos de un perro. Un gran perro negro parecía avanzar lentamente. Era noche cerrada, y no distinguí su silueta.

—¡Momo! —grité.

Oí un grito de sorpresa. Una delgada sombra se levantó junto al perro. Otra sombra que estaba a su lado también se puso en pie.

—¿Eres tú? —exclamé, y la sombra delgada se balanceó.

Fui corriendo a su encuentro y la abracé. Ella se resistió.

—¡Déjame, mamá!

Momo intentaba librarse de mí con todas sus fuerzas. La sombra que había a su lado nos observaba sin decir nada.

—¿Y tú quién eres? —le pregunté, volviéndome en su dirección.

—Eso no importa —repuso Momo en su lugar. La sombra se alejó y desapareció al mismo tiempo que el perro. Busqué a la mujer con la mirada, pero ella también se había esfumado.

Momo era la única que seguía a mi lado. El césped todavía irradiaba el calor del día.

«No te lo diré», se limitaba a repetir Momo cada vez que le preguntaba con quién estaba aquella noche en la pradera. «No te lo diré. No pienso decírtelo».

Cuando le reproché que me hubiera mentido diciéndome que iba a la biblioteca a estudiar, ella me pidió disculpas con una inesperada docilidad: «Lo siento. Pero hasta las seis estaba en la biblioteca, eso es verdad. Y también es verdad que estudiaba un poco». Cuando me dijo que estudiaba *un poco*, sentí cierto alivio. Sin embargo, me había quedado sin motivos para regañarla, y aquello me desconcertaba. ¿Qué debía hacer? ¿Alegar que, como norma, los menores de edad tenían que estar siempre supervisados por sus padres? ¿Obligarla a emplearse más a fondo en sus estudios? ¿Decirle que las niñas no debían ir solas a lugares peligrosos? ¿Recordarle el falso principio de que la gente no debe decir mentiras?

«No te lo diré», repetía ella una y otra vez. Me sentí muy débil como madre. Antes de que Rei desapareciera, yo era mucho más fuerte. Momo aún era un bebé, y la regañaba sin vacilar. Sabía desde el principio cuándo debía regañarla y de qué forma. O creía que lo sabía.

Era semejante a lo que me había sucedido con el significado de la palabra *hogar*, que nunca me había preguntado hasta entonces. No empecé a reflexionar sobre lo que significaba tener un hogar hasta que lo perdí, y entonces ya no sabía lo que era. Había perdido la noción.

—¿Quién era? —le pregunté una vez más. Momo negó con la cabeza.

—No te lo diré —me respondió sin fuerzas. Estaba harta de repetir la misma respuesta una y otra vez. Me di cuenta de que la estaba atosigando sin motivo.

—¿Me lo dirás algún día?

—No lo sé —repuso ella, con una débil voz.

«¡Cuánto sabe! —pensé de repente—. Y eso que no sabía nada. Pero ahora ya no es una criatura ignorante. ¡Pobre hija mía! A mí que me daba

lástima porque no sabía nada... Pero ahora que sabe tanto, aún me da más lástima».

Apoyé la mano con delicadeza en el delgado hombro de Momo. Ella se sobresaltó ligeramente y sentí que sus músculos se tensaban bajo el peso de mi mano.

Terminaron los exámenes finales y, justo después, se celebró la ceremonia de fin de curso. Momo había vuelto a crecer.

—Ya eres casi tan alta como yo —observé, y ella se apartó de inmediato. No quería que comparase su estatura con la mía.

—A mí ya me alcanzaste hace más de un año —intervino mi madre desde la cocina.

—Sí, ya me acuerdo —le respondió Momo mientras iba a su encuentro.

Oí el tintineo de objetos metálicos. Alguien rio. Al estar al otro lado de la pared, no pude distinguir si era Momo o mi madre. Entonces, apareció la mujer.

«Pronto llegará el momento», dijo. Estaba flotando junto a la puerta de la cocina. El estampado de su ropa solía estar difuminado, pero ese día resaltaba con claridad. Llevaba un vestido de girasoles ajustado al cuerpo. Sus muslos blancos eran voluminosos, y en el dedo gordo de uno de sus pies descalzos había un gran callo.

«¿El momento de qué?», quise saber, y ella me miró fijamente.

«El momento en el que zarpará el barco».

«¿Qué barco?».

«Te lo dije la última vez».

Momo y mi madre estaban una al lado de la otra, de espaldas a mí. Momo tenía la espalda ligeramente redondeada, mientras que la de mi madre era encorvada. Oí el chapoteo del agua acompañado del golpeteo del cuchillo contra la tabla de cortar.

«Aquí solo hay mujeres», susurró el espectro. Sin dejar de flotar, inclinó la cabeza a un lado y movió las caderas. Los girasoles de su vestido se deformaron.

«Es que en esta casa no hay hombres», le expliqué, mientras recordaba que Momo había bautizado mi portátil con un nombre masculino. La Momo de entonces ya no existía. Había existido, pero ya no estaba.

¿Y mi marido? No sabía qué aspecto tendría desde que había desaparecido, desde que nuestra vida en común se desgarró súbitamente. Mi

marido no era alguien que ya no existía, sino alguien que aún no existía.

Alguien que aún no existía. Que tal vez apareciera algún día.

Solo los que existen en el presente pueden haber desaparecido en el pasado. Los que no existen en el presente no pueden haber desaparecido, ni en el pasado ni en ningún otro momento. Aunque estén ausentes, nunca podrán desaparecer.

«El barco», repitió la mujer.

«Está bien, iré a Manazuru», le respondí. Entonces ella desapareció y, justo después, empezó a llover.

A pesar de que la estación lluviosa ya había terminado, no dejaba de llover.

Momo se pasó las vacaciones de verano en casa. Escuchaba música con la mirada perdida y los cascos en las orejas para no molestar. De vez en cuando, el ritmo de la música se oía a través de los cascos.

También dormía mucho. Algún día, la llamaba para que viniera a comer y, como no aparecía, me asomaba a su habitación y la encontraba tumbada en la cama, con las piernas bronceadas asomando entre las sábanas de verano. Entonces la llamaba, «¡Momo!», y ella se revolvía en sueños.

Cuando empezaron las vacaciones, Momo creció aún más. «Parece una planta —decía mi madre—. Con tanta lluvia, no me extraña que esté creciendo tanto».

—Voy a ir a Manazuru —le anuncié a mi madre.

—¿De veras? —repuso ella—. Últimamente vas mucho.

—Esa ciudad tiene algo que me atrae.

Decidí la fecha sin esperar a que Seiji me dijera cuándo le iba bien. Llamé a la pensión Suna para reservar habitación. «Lo siento, estamos al completo», me dijo un hombre, que debía de ser el hijo. Llamé a varias pensiones, pero no encontré ninguna que tuviera habitaciones libres.

«Hay un festival», me explicaron cuando llamé a una pensión cuyo restaurante era famoso por sus platos de marisco. Al final, se me ocurrió llamar al hotel junto al mar donde Momo y yo nos habíamos alojado la última vez. «Sí, tenemos habitaciones libres. ¿Para una persona? ¿Tres noches? Por supuesto, ningún problema». Pensé que quizá estuviera libre porque quedaba un poco apartado del puerto.

—¿Estarás fuera cuatro días? —me preguntó mi madre. No era una reprimenda, pero su voz contenía un deje de reproche.

—No te estoy pidiendo permiso. Si no te parece bien, lo siento —repuse con cierta aspereza.

Vivir con dos mujeres me resultaba un poco asfixiante. Hasta entonces, nunca había pasado tres noches y cuatro días fuera de casa. Desde que Rei había desaparecido y vivíamos con mi madre, nunca había estado fuera tanto tiempo.

—No hace falta que te pongas así —dijo mi madre, con una media sonrisa. Sentía lástima por mí. «Pobrecita —estaría pensando—. Pobre hija mía. Pobre Kei».

La lluvia había oscurecido el suelo. Los párpados me pesaban.

A la mañana siguiente, desaparecieron los últimos restos de lluvia.

Subí al tren de la línea de Hokkaido, ocupé un asiento a mano izquierda, en el sentido de la marcha, y apoyé el codo en el alféizar de la ventana. De vez en cuando, contemplaba el mar que asomaba entre las montañas o entre las casas. Era muy brillante, como si hubiera una gran cantidad de escamas esparcidas por toda la superficie. «Buen viaje», me había deseado Momo. Últimamente, cuando le dirigía la palabra se enfurruñaba con mucha más frecuencia que antes. Cada vez que me respondía con un exabrupto, las puntas de los dedos se me congelaban. «Soy una madre muy débil», pensaba cuando se me enfriaban los dedos. Aun así, Momo era buena chica. Un poco impertinente, pero buena chica.

Su voz deseándome un buen viaje seguía resonando en mis oídos, pero se fue apagando a medida que el tren avanzaba. Me sentía ligera, tanto de cuerpo como de alma. ¿Por qué había tenido una hija? Antes de tenerla, no sabía lo que me esperaba.

Pase lo que pase, nunca podré separarme de ella. Siempre estará a mi cargo. Hablar de cargos y de responsabilidades es un poco exagerado, y eso me preocupa aún más. Algunas veces, yo soy la carga y es Momo la que tiene que soportarme, sobre todo porque me cuesta resolver las cosas y llegar a concluir algo.

«Sería raro que no te costara», dijo la mujer.

Me di la vuelta, sorprendida. Me seguía desde el exterior del tren, al otro lado de la ventana.

«Qué rápida eres», comenté, y ella se echó a reír.

«No pienses que estoy corriendo al lado del tren».

«Ya veo».

Me quedé absorta contemplando el mar a través del cuerpo medio transparente de la mujer. Brillaba mucho. «¡Te quiero tanto, Momo!», pensé de repente. Aquellas palabras no alcanzaban a expresar todo lo que sentía, pero como no conocía otras, las repetí para mis adentros: «Te quiero».

«Estás demasiado obsesionada con tu hija», me reprochó la mujer.

«¡Déjame en paz!», le grité dentro de mi cabeza. Ella se echó a reír. A continuación, se alejó y desapareció en el mar. La superficie del agua se volvió aún más brillante. «Próxima parada: Manazuru», anunció una voz a través de los altavoces.

Llegué al hotel, colgué la ropa de recambio en el armario y, en cuanto me dejé caer en la cama, me entró sueño. Me dormí plácidamente mientras pensaba que tendría que subir un poco la temperatura del aire acondicionado.

Cuando me desperté, ya estaba oscureciendo y el cielo parecía envuelto en llamas. A pesar de que había dormido más de dos horas, me notaba el cuerpo entumecido. Salí al balcón y escuché el murmullo de las olas. El mar estaba agitado. El viento soplaba con fuerza. Encendí el televisor. En la pantalla salía un periodista que no dejaba de repetir la palabra *tifón*.

Me lavé la cara, me retoqué con la barra de labios y me dispuse a salir. Hacía mucho tiempo que no cenaba sola. Di el mismo paseo que había dado con Momo la última vez. El viento me despeinaba. Me sentí triste y desamparada.

Cuanto más caminaba, más sola me sentía. Antes, nunca me pasaba. No me importaba estar sola, estar con otra persona o con mucha gente, siempre me sentía bien. Ahora, es distinto. Es difícil acostumbrarse. A mi cuerpo le cuesta adaptarse a los cambios. Cuando por fin creo que me he adaptado a estar sola o a estar con dos personas más y alguien se va o aparece otra persona, la atmósfera cambia a mi alrededor y me cuesta mucho familiarizarme con el nuevo ambiente.

Me senté a la orilla del mar y me puse a leer el diario de Rei. Un barco regresaba a puerto. Me pregunté adonde habría ido en un día tan ventoso. «He perdido un poco de peso», había anotado Rei varias veces.

¿Había adelgazado durante aquella época? No me acordaba. En cambio, sí recordaba la balanza. Rei, Momo y yo vivíamos en un piso pequeño. Pasaba la aspiradora dos veces al día. El espacio era tan reducido, que terminaba en un momento. Momo siempre venía de la calle con los zapatos y la ropa sucios de tierra y de barro.

La balanza tenía un ribete naranja y la superficie revestida de corcho. Una pareja de amigos de Rei nos la había regalado para nuestra boda, pero a él nunca le habían gustado las balanzas. «¿Por qué no?», le pregunté. «Las balanzas son una imposición cultural, un objeto pretencioso», me explicó él, frunciendo el ceño. «Qué raro eres», reí. «No te rías», me respondió. Aquellas palabras hicieron que me dieritiera. En aquella época, me sentía desfallecer por cualquier bobada.

Reflexioné sobre la palabra *enfermedad*. ¿Y si Rei hubiera contraído alguna enfermedad? Quizá sabía que iba a morir y por eso decidió desaparecer. A veces, esa posibilidad me parece demasiado cruel. Otras veces, en cambio, me sorprende a mí misma deseando que ese fuera el motivo de su desaparición.

En cualquier caso, los que se llevan la peor parte son los que se quedan.

«¿Quién te parece más digno de compasión, los que se van o los que se quedan?», me preguntó la mujer.

«No quiero pensar en eso», repuse tajantemente, y ella desapareció enseguida. La seguí con la mirada hasta que sus blancas piernas se hundieron en el mar.

Al día siguiente, me levanté tarde. La noche anterior me había acostado a las diez, después de una cena ligera. Tenía la sensación de poder dormir tanto como quisiera, igual que Momo.

Me asomé al balcón para escuchar la música del festival, pero solo se oía el vaivén de las olas. El hotel estaba bastante apartado de la carretera, de modo que tampoco se oían los coches. Me tomé un café para desayunar y bajé hasta el puerto en autobús.

—¿Dónde se celebra el festival? —le pregunté a la dueña de una licorería. En el puerto había más bullicio que la última vez, pero no había ni rastro de música ni de los colores propios de un festival.

—A estas horas, la procesión debe de estar delante del templo —me informó tranquilamente la dueña del establecimiento.

Busqué a la mujer, pero no estaba. «Tan inoportuna como siempre», mascullé entre dientes. Acto seguido, apareció.

«Siempre vienes cuando te llamo», observé, y ella rio.

«Ha sido casualidad», repuso.

«El festival aún no ha empezado, ¿verdad?», le pregunté. La mujer negó con la cabeza.

Dejamos atrás el puerto y tomamos un callejón que pronto empezó a subir. La península solo se elevaba unos metros por encima del nivel del mar, pero el terreno enseguida se volvía abrupto y conducía a pequeñas colinas de mediana altura, no lo bastante altas para considerarlas montañas.

Me faltaba el aliento. La mujer me seguía flotando, sin jadear siquiera.

«¿Adónde vas?», me preguntó.

«A ningún lugar. Solo estoy paseando», le respondí. Su rostro se ensombreció.

«¿Qué te pasa?».

«Cosas que recuerdo».

Mi campo visual se ensombreció. Una nube oscurecía la luz del sol. Levanté la vista y vi algunas manchas de luz que se filtraban a través de la nube, que pronto decidió seguir su recorrido. El sol volvió a deslumbrarme.

«¿Vamos al cabo?», me preguntó la mujer. Mientras dudaba entre responderle si sí o si no, se fue. Volví a levantar la vista al cielo y el intenso resplandor me cegó. Durante unos instantes, no veía nada.

Llamé a Rei en un susurro. Antes me costaba mucho pronunciar su nombre cuando estaba delante de mí. En cambio, cuando no estaba, de vez en cuando me sorprendía a mí misma llamándolo en voz baja.

«Rei».

A veces, lo llamaba cuando estaba dormido, mientras contemplaba su rostro de perfil. O en casa, mientras le daba el pecho a Momo y él estaba en el trabajo.

La verdad es que conservo un vago recuerdo de aquella hora, las nueve de la noche.

Fue tres días antes de la desaparición de Rei. Después de acostar a Momo, me senté en la mesa del comedor y me puse a hojear el periódico que Rei había leído por la mañana. Pasaba lentamente las páginas, cuyas esquinas estaban dobladas y desgastadas por las manos de Rei. Eché un vistazo a la programación televisiva, hojeé las páginas de sociedad, leí la información regional y deportiva y mis ojos se detuvieron en una sección titulada *Familia*.

Leí la palabra *infierno*, escrita en la misma tipografía que los titulares. No podía quitarle la vista de encima. No recuerdo el contenido del artículo. Solo recuerdo que, en cuanto vi aquellas letras, no pude evitar pronunciar el nombre de Rei.

En un rincón del silencioso comedor había un par de piezas del juego de construcciones con el que Momo había estado jugando antes de cenar. Las piezas, una redonda y la otra cuadrada, ambas pintadas de rojo, parecían surgir del interior del parqué. Era una imagen del todo inocente, pero tuve un mal presentimiento.

Volví a llamar a Rei. Consulté el reloj, que marcaba las nueve de la noche. Normalmente, mi voz caía en el vacío cuando pronunciaba su nombre, pero ese día me pareció oír una respuesta:

«Kei».

Oí la voz de Rei como si me llamara desde el techo.

Fue una experiencia muy desagradable. Cerré el periódico con deliberada brusquedad, para que las páginas crujieran. La voz de Rei enmudeció enseguida, tan rápido como la resonancia de mi propia voz.

Mientras recorría las calles de Manazuru, pronuncié el nombre de Rei igual que aquella vez.

El sudor me resbalaba por la frente hasta los ojos. Los milanos graznaban. Estaba hambrienta. Me sentí aliviada al notar la existencia de mi propio cuerpo. Al fondo de un estrecho callejón había un restaurante chino. Abrí la puerta con decisión. Mis ojos tardaron un rato en acostumbrarse a la oscuridad que reinaba en el interior del establecimiento. Escogí una silla a tientas y me senté.

«¿Qué has comido?», me preguntó la mujer.

«Un plato de fideos *wantan*».

«Qué envidia».

Después del almuerzo, reanudé mi paseo. De callejón en callejón, subiendo colinas y bajando hacia el mar, destrozándome las piernas en las pronunciadas cuestas. A medio camino, cogí el autobús que se dirigía al extremo del cabo. La última vez que había ido andando, el invierno apenas acababa de terminar.

«Baja», me acució la mujer.

«¡Pero si aún no hemos llegado! Además, estoy cansada», protesté. Ella me dirigió una mirada fulminante, y no tuve otra opción que obedecerla. Pulsé el timbre mientras le respondía: «Está bien, ya voy». Bajé del autobús en una solitaria parada donde no había nadie. Delante de mí se extendía una reserva forestal. La densa vegetación apenas permitía que la luz del sol iluminara el camino.

«¿Sabes? —empezó ella—. Cerca de este bosque murió una mujer».

En cuanto se puso a hablar, el cielo se nubló. Un áspero y grave rugido retumbó a lo lejos.

«¿Son truenos?».

«Se acerca un tifón», repuso ella.

Seguí a la mujer como si me llevara atada a una correa. En el interior del «bosque», tal y como ella se refería a la reserva forestal, había un camino de hierba pisoteada. Giramos varias veces a derecha e izquierda hasta que, al final, me desorienté y ya no sabía en qué dirección avanzábamos. Los truenos seguían retumbando a intervalos frecuentes.

«La encontraron colgada de un pino». Oí otro trueno. «Al cabo de mucho tiempo, un tifón arrancó el pino», me explicó mi acompañante en voz baja. Ya no se oían los graznidos de los milanos. «El viento ha cambiado», añadió la mujer.

El camino empezó a descender y se convirtió en una pronunciada pendiente que bajaba hacia el mar. De vez en cuando, las olas que rompían contra las rocas se atisbaban entre la espesura.

«Era una buena chica», susurró la mujer.

«¿Quién?».

«La mujer a la que ahorcaron».

Quise pedirle que no me hablara de tragedias, pero tuve la sensación de que no serviría de nada pedirle algo al espíritu que me seguía.

«La ahorcaron boca abajo. Le ataron los pies con lianas de glicina».

Los truenos retumbaban cada vez con más frecuencia. De vez en cuando, algún relámpago resquebrajaba el cielo. La mujer me tendió la mano. La tierra estaba húmeda y estuve a punto de resbalar en más de una ocasión. Cuando le di la mano, un escalofrío me recorrió todo el cuerpo desde las puntas de los dedos y me sentí desfallecer.

«Mira, es ahí».

Contemplé la superficie del mar. Las olas rompían con violencia contra las grandes rocas, pero en ese lugar el mar estaba en calma.

«¿No es peligroso ir hasta allí en plena alerta de tifón?», le pregunté a la mujer, pero ella no me escuchaba. Seguía reteniéndome la mano entre la suya. A pesar de que no me la estrechaba con fuerza, no podía liberarme. Me sentía como si tuviera el brazo paralizado.

«Fíjate bien», me dijo.

Unos pececitos nadaban en un pequeño charco que había dejado la marea al retirarse.

«Con este oleaje, deberían esconderse entre las rocas», susurré. La mujer se echó a reír. Era una risa débil y fría que hizo que me estremeciera de nuevo.

«Desapareció misteriosamente. Me refiero a la mujer a la que ahorcaron. Era una buena chica, de verdad. Salía de su casa al amanecer para ir al bosque a recoger leña, y a media mañana bajaba hasta la playa a por algas y marisco. Por la noche, limpiaba y tejía. Trabajaba de sol a sol. Un día, oyó una voz en el bosque que le decía: “Mañana no subas al monte ni bajas a la playa”».

«Pero ella fue de todas formas», deduje. La mujer asintió.

«Sí, salió de su casa como cada mañana. Y desapareció sin dejar rastro. La buscaron sin descanso hasta que, al fin, un pescador que se disponía a remar mar adentro la vio en la superficie del agua».

«¿En la superficie? —pregunté, desconcertada—. ¿Quieres decir bajo el agua?».

«No, en la superficie. Reflejada en el agua. Con el pelo suelto y un camisón rojo por toda vestimenta. Tenía los pies atados con lianas de glicina. El pescador levantó la vista y la vio colgada boca abajo de la rama de un pino. Tenía el cuello y los pies completamente blancos».

Los truenos seguían retumbando, y los relámpagos caían con intensidad. Las olas barrían la arena de la playa.

«¿Esa chica eras tú?», le pregunté a la mujer.

«No», repuso ella.

«¿Seguro que no?», insistí.

«No lo sé. Ya he olvidado quién era».

Los truenos rugían. Las rocas ya no podían contener las olas, que cada vez eran más altas.

«Será mejor que vayamos a un lugar más elevado si no queremos que nos arrastren las olas», propuso la mujer amablemente. Eché a andar detrás de ella, un poco alicaída después de haber escuchado aquella trágica historia.

«Los fideos *wantan* estaban deliciosos», comenté para intentar cambiar de tema.

«Nunca los he probado», admitió ella, con un deje de envidia.

Cayó un relámpago, y el trueno retumbó al mismo tiempo con un fuerte chasquido, como si algo se desgarrara. A continuación, la lluvia empezó a caer con una fuerza extraordinaria.

A pesar de que la lluvia mojaba todo el suelo, tenía la sensación de que solo caía sobre mí.

Aunque tratara de huir, la lluvia me perseguía. La fina camiseta que llevaba estaba empapada y se me pegaba al cuerpo.

«Tú no te mojas», observé, y la mujer ladeó la cabeza.

«Qué más quisiera...».

La mujer, completamente seca, abría la marcha. Yo la seguía chorreando, el agua me goteaba por la frente, las mejillas y las pestañas. Mi falda blanca, que me llegaba hasta la rodilla, estaba tan mojada que parecía más oscura.

La mujer subió a paso rápido las escaleras que se encontraban al otro lado del camino por el que habíamos bajado. Yo la seguía jadeando. El sudor que me empapaba la frente se mezclaba con el agua de la lluvia.

Al final de las escaleras había un edificio blanco que recordaba haber visto cuando había venido sola. Bajo la lluvia, parecía una casa abandonada.

«Entra ahí», me ordenó la mujer, señalando el edificio.

Empujé la puerta de cristal y entré. El ambiente olía a cerrado. El agua que me empapaba el cuerpo hizo que tuviera sensación de frío. Como la hora de comer hacía rato que había pasado, únicamente había un par de personas sentadas en la larga barra. El edificio solo parecía abandonado desde el exterior. Una vez dentro, no volví a tener aquella sensación. En la entrada había varias muestras de platos, como jurel frito o sashimi, presentados con sencillez. Las muestras eran artificiales, pero parecían de verdad. Cuando el camarero se acercó arrastrando los pies lánguidamente, le pedí un café y me indicó que debía comprar un boleto en la máquina expendedora.

La mujer no había entrado conmigo. El café estaba más caliente de lo que esperaba, y me quemé la lengua. Eché un vistazo al exterior a través del gran ventanal que ocupaba toda la pared, desde el techo hasta el suelo, y vi que el viento seguía azotando los pinos, que se arqueaban bajo sus embates. El agua que me goteaba de todos los rincones del cuerpo caía directamente al suelo y formaba un pequeño charco.

Cuando bajé la mirada al suelo, vi el rostro de la mujer vagamente reflejado en el fondo del charco.

De repente, se hizo el silencio a mi alrededor.

Sujetando en una mano la taza, donde todavía quedaba un poco de café, me quedé mirando la cara de la mujer reflejada en el charco. Al principio no era más que una pequeña mancha, pero en un abrir y cerrar de ojos creció

hasta alcanzar el tamaño de una nuez y siguió aumentando hasta que, al final, llegó a ser tan grande como un rostro humano.

No había dejado de llover, y el viento tampoco amainaba. Sin embargo, cualquier ruido había desaparecido de mi alrededor. Todo lo que hasta entonces percibían mis oídos, incluso las voces de las dos personas sentadas en la barra, se había desvanecido. La mujer surgió del fondo del charco que se había formado a mis pies como si de un géiser se tratara.

«¿A que estoy mojada?», me preguntó.

La mujer, que había sido capaz de caminar bajo aquel fuerte chaparrón sin mojarse, ahora estaba empapada.

«Así me siento más cerca de ti», me dijo, con una adorable sonrisa.

¿Por eso no podía oír nada? Además de la ausencia de ruido, todo lo que hasta entonces se movía de repente se había detenido. Tanto el camarero como los clientes estaban exactamente en la misma posición en la que se habían quedado momentos atrás, como si fueran figuras de arcilla.

«La luz...», dijo la mujer. En ese preciso instante, la lámpara que tenía justo encima empezó a parpadear. Un intenso destello de luz iluminó las ventanas y, justo después, las luces se apagaron.

«Es un relámpago», dijo la mujer. Como no oía nada, no supe si decía la verdad. «Ven conmigo», me pidió, invitándome a acompañarla con un gesto de la mano.

«¿Quieres que te siga?».

Intenté hablar, pero no pude emitir ningún sonido. Así fue como me di cuenta de que las conversaciones que mantenía con la mujer no eran reales, sino que tenían lugar en el interior de mi mente.

Pronto volvió la luz. En un instante, todos los ruidos penetraron de golpe en mis oídos. Mezclada con un tumulto ensordecedor, que sonaba como una radio mal sintonizada, identifiqué una voz que me resultaba familiar.

«Es la voz de Rei», pensé. Justo después, el ruido volvió a desaparecer repentinamente. La silueta de la mujer se perfilaba con claridad delante de mí.

«¿Podrás regresar?».

«No te preocupes».

Estábamos tan juntas que era imposible distinguir quién había formulado la pregunta y quién la había respondido. Dicho esto, la mujer y yo nos fuimos. Un bonito relámpago recorrió la larga distancia que separaba el cielo del mar.

«No te preocupes».

Una de las dos habló de nuevo, y levanté la vista al cielo.

Fue un camino muy largo.

O eso me pareció, aunque quizá no caminamos tanto.

Seguimos el paseo marítimo, azotado por las olas. Si no hubiera estado con la mujer, las olas ya me habrían arrastrado mar adentro.

«El viento no amaina, y sigue lloviendo», comenté. Ella esbozó una ligera sonrisa.

«Mira», me indicó, señalando algo que se encontraba a nuestras espaldas. Me volví y vi el edificio blanco derrumbándose lentamente. Me pareció discernir sus contornos ligeramente dilatados, pero un instante más tarde el edificio se contrajo sobre sí mismo y se desplomó como una imagen grabada a cámara lenta. No se derrumbó desde el tejado, se hundió desde los cimientos. La mitad superior conservó la forma y el tejado se vino abajo intacto hasta que, al cabo de un rato, también se derrumbó. Unos instantes más tarde, el edificio no era más que un montón de escombros amontonados en el suelo. Se levantó una nube de polvo que la lluvia disipó de inmediato.

«¡Había gente en...!», empecé a decir, pero la mujer me indicó que guardara silencio llevándose el largo dedo índice a los labios.

«¡Chist! Mira».

La obedecí y contemplé la escena en silencio. Los escombros desaparecieron sin dejar rastro.

«¡Ya no está!», exclamé, y ella asintió levemente.

«Tenemos que seguir», me acució entonces, entrelazando sus dedos con los míos. El mar embravecido me mojaba los pies. De vez en cuando, las olas me llegaban hasta la cintura o hasta los hombros. Yo me dejaba llevar y la mujer me arrastraba con firmeza.

«¿Voy a ver a Rei?», le pregunté.

«No lo sé», repuso brevemente.

Caminamos mucho rato por la orilla. Yo no podía dejar de pensar en el antipático camarero del edificio blanco y en los dos clientes, que parecían aburridos.

«¿Han desaparecido?», le pregunté en un susurro. La mujer meneó la cabeza.

«Somos nosotras las que hemos desaparecido», aclaró con voz inexpresiva.

Llamé a mi hija mirando hacia el mar embravecido:

«¡Momo!».

La había olvidado, pero conseguí acordarme de ella. En cuanto evoqué su recuerdo, fue como si volviera a la realidad. Al lugar donde se encontraba el

edificio blanco. Al lugar donde aquella mujer no existía.

Ella me estrechó la mano con fuerza. Me sentí desfallecer. Una ola gigante me embistió y perdí el conocimiento.

Pronto volví en mí y sentí de nuevo el viento y la lluvia sobre mi cuerpo.

«¿Vamos a subir al barco?», pregunté.

«Los barcos no zarpan cuando hay temporal», me respondió la mujer, impasible.

A pesar de que habíamos estado caminando hacia el extremo de la península, volvíamos a estar en el puerto. La gente debía de haberse resguardado de la lluvia, puesto que no había ni un alma. Solo se oía, a lo lejos, la música de las flautas y el retumbar de los tambores del festival de la ciudad.

«Vuelvo a oír cosas», dije, pero la mujer negó con la cabeza.

«Te equivocas. Lo que oyes pertenece a este mundo, y no al otro», me explicó misteriosamente.

No comprendí el significado de sus palabras.

«Ya veo». Traté de adoptar un tono frívolo. Nunca había tenido intención de visitar aquel lugar tan extraño. Al pronunciar aquellas palabras, las oí a través de mis oídos. No las había pronunciado en mi mente, sino en voz alta.

«Tengo a Momo. No puedo ir más lejos», le anuncié. La expresión de la mujer se transformó.

«¿No quieres ver a Rei?», me preguntó en voz baja.

Así que, a fin de cuentas, aquella mujer conocía a Rei... Me sentí confundida e intimidada al mismo tiempo.

«¿Sabes qué clase de hombre es Rei?», le pregunté en un tono ligeramente agresivo, para no quedar en desventaja.

«Un hombre aburrido», repuso ella sin la menor vacilación.

El viento soplaba con más fuerza que antes. En el puerto, las olas eran relativamente bajas, pero arremetían contra el dique con tal ímpetu, que parecía que fueran a romperlo.

«¿Tan aburrido era?», pensé distraídamente. La lluvia me azotaba con tanta fuerza que me hacía daño en la piel.

«Estás empapada», me dijo la mujer con una débil sonrisa. Me di cuenta de que también estaba empapada por dentro, y no solo por fuera. Me agaché instintivamente y me hice un ovillo.

«¡Momo! —grité—. ¡Socorro! ¡Ayúdame, Momo!».

«¿Le pides ayuda a tu hija?», dijo la mujer, con una risa burlona. «¡Qué risa más despiadada! —pensé para mis adentros—. ¿Qué sabrá ella, que nunca ha probado los fideos *wantan*?».

Sentí la necesidad de comprimir y distender el sitio de donde surgía la humedad, más fuerte. De reunir todas mis fuerzas y de que inundaran mi cuerpo.

«¡No, basta!», grité. Sin embargo, no conseguí emitir ningún sonido.

«Eso es porque te gusta más de lo que crees», concluyó la mujer, con un tono de voz que se me clavó como una puñalada. ¿Por qué habría accedido a acompañarla? «Tú y yo somos iguales».

«¡No es cierto!», negué menando la cabeza. Ella se limitó a reír con aquella risa burlona y despiadada.

Intenté por todos los medios reprimir el deseo, pero no lo conseguí. Seguí llenándome poco a poco, fluyendo con más facilidad que cuando hacía el amor con Rei o cuando lo hacía con Seiji.

Justo antes de dar a luz a Momo, me dijeron que no empujara. A pesar de que estaba bastante dilatada y el bebé ya podía salir, me dijeron severamente que no empujara. «Trate de contenerse. Es demasiado pronto. Ya falta poco, pero aún no es el momento».

Fueron cinco minutos de contención que me parecieron una eternidad. Igual que entonces. No podía evitar que mi cuerpo se humedeciera. Faltaba poco, faltaba muy poco; si cerraba los ojos y concentraba todas mis fuerzas en el punto de donde surgía aquella humedad, pronto alcanzaría el éxtasis. Pero no lo hice.

Recuerdo que también me dijeron que no cerrara los ojos. «Ya puede empujar, pero con los ojos abiertos. Fije la vista en el techo y concentre todas las fuerzas en la parte inferior de su cuerpo. ¡Empuje!».

En la sala de partos me di cuenta de que dar a luz era mucho más duro de lo que imaginaba. Nadie te lo dice hasta que estás ahí. De todos modos, puede que *duro* no sea el adjetivo adecuado. Es más bien extraño. Dar a luz es un acto muy extraño.

Sumida en estas reflexiones, seguí empujando. Mientras tanto, no podía pensar en nada, pero cada vez que hacía una breve pausa para recuperar el aliento, completamente desconcertada, la palabra *extraño* resonaba en mi mente una y otra vez.

Aunque traté de aguantarme, terminé alcanzando el éxtasis. Dejé escapar un suspiro de contrariedad. En cuanto hube terminado, mi cuerpo se enfrió

inmediatamente. Al mismo tiempo, la silueta de la mujer empezó a deformarse. La tormenta no había amainado, pero empecé a oír y a ver a las demás personas.

La mujer había desaparecido.

—Está empapada, señora. Le prestaré una toalla —me ofreció una anciana que vendía bollos dulces. Era una mujer corpulenta, pero tenía una voz tranquilizadora.

Regresé al hotel y llamé al servicio de habitaciones para pedir alcohol.

—¿Una botella de *whisky* con hielo? Tiene una cubitera en su habitación.

La voz del empleado del hotel que me hablaba fluidamente por teléfono me pareció tan real, que no daba crédito a mis oídos. ¿Dónde había estado hasta entonces?

Sentí la necesidad de oír la voz de Seiji y cogí el móvil. Marqué su número y me acerqué el teléfono al oído, pero no funcionaba. ¿Se habría estropeado al mojarse con la lluvia? Intenté llamar a mi casa, con idéntico resultado.

A continuación, descolgué el teléfono del hotel e hice girar el dial. Fue Momo quien respondió.

—¡Hola, mamá! —me saludó con una voz dulce. «A lo mejor cuando yo no estoy es una chica adorable», pensé mientras manteníamos una breve conversación de preguntas y respuestas, tales como: «¿Cómo está la abuela?»; «¿Allí también llueve?»; «Aún no he terminado el trabajo, pero pasado mañana ya estará de vuelta»; «Vale».

Cuando terminé de hablar con Momo, volví a marcar el número de Seiji, pero el tono de llamada se interrumpió bruscamente. Me había colgado. Tuve la sensación de que Seiji sospechaba algo, como si supiera que había ido a las puertas de la muerte con aquella mujer y que había alcanzado el éxtasis a medio camino.

En la habitación, encima de la cómoda empotrada, había un gran espejo elíptico en el que vi mi rostro reflejado. Mi pelo enmarañado todavía estaba medio húmedo. Tenía los labios exangües y bolsas oscuras bajo los ojos.

Me acerqué al espejo, me quité la blusa y contemplé mi torso desnudo. Mis senos, ligeramente flácidos, eran completamente blancos. Todas mis partes ocultas son blancas. Sin embargo, Momo tiene un tono de piel más oscuro. De vez en cuando, siento el deseo de acariciar su firme y tersa piel, pero estoy segura de que no me dejaría. Me gustaría relacionarme con Momo,

charlar con ella, pasear a su lado, formar parte de su entorno. Eso es lo que me gustaría hacer con mi hija, y no con aquella mujer.

El rostro de Momo se sobrepuso al mío en el espejo. Últimamente, volvía a parecerse a mí. Unos meses atrás, su parecido con Rei era asombroso. Si tuviera los pómulos ligeramente más angulosos, los ojos hundidos y las cejas perfiladas, sería exactamente igual que yo.

Antes odiaba los espejos. Me veía reflejada en ellos, pero no estaba ahí. Si alargaba la mano, no podía tocar mi propio cuerpo en el espejo. Ahora, sin embargo, ya no los odio. La existencia de mi cuerpo me parece natural. Cuando tenía la edad de Momo, no lo controlaba. No sabía cómo mover según qué partes ni comprendía las reacciones de otras partes. Como no lo conocía bien, le tenía miedo.

¿Con quién estaba Momo aquella noche?

Al retroceder en el tiempo, sentí miedo.

A pesar de que seguía lloviendo, un rayo de luz asomó entre las nubes y el espejo reflejó su opaco resplandor. Abrí la botella de *whisky* y llené el vaso. Me lo tomé de un trago y sin hielo.

A medio camino entre el sueño y la vigilia, solo oía el ruido de la lluvia.

«¿Es la lluvia del otro mundo o la de este mundo?», le pregunté en un susurro a la mujer, cuyo rostro había aparecido detrás de mis párpados. Sin embargo, enseguida se desvaneció. Cuando abrí los ojos, había dejado de llover, pero el viento seguía soplando violentamente. Me había tomado más o menos un tercio de la botella de *whisky* que tenía sobre el pecho. No tenía resaca.

Me incorporé encima de la cama y miré por la ventana. Me había quedado dormida con las cortinas abiertas. La luz de la mañana entraba tímidamente. Las nubes cruzaban el cielo con rapidez. Bajé a desayunar al comedor. En recepción, pregunté por el programa de actos del festival, pero no saqué nada en claro. Solo me dijeron que aquella noche, en principio, habría fuegos artificiales, pero todo dependía del tiempo.

No me interesaban los fuegos artificiales, pero no conseguí averiguar nada más. Cuando pregunté si era posible que saliera algún barco, la recepcionista se limitó a mover la cabeza diciéndome que no lo sabía. La niebla flotaba encima de la piscina del hotel. De vez en cuando, una gota de agua caía de los parasoles que bordeaban el agua. Tanto las mesas blancas como las sillas estaban mojadas.

La noche anterior, se me había ocurrido que tal vez Momo estuviera con Rei. No tenía ningún motivo para pensarlo. Lo sospechaba porque me había parecido que mi hija estaba tranquila junto a su misterioso acompañante, pero al mismo tiempo parecía inquieta.

«¡Ya basta! —me dije sacudiendo enérgicamente la cabeza—. ¿Qué demonios estoy haciendo aquí? Y no es la primera vez que vengo. Debería recoger mis cosas y volver a casa ahora mismo, tengo un montón de trabajo acumulado».

Entonces apareció la mujer.

«Parece que hoy seguramente tampoco saldrá ningún barco», me anunció con desgana.

«¿Por culpa del tifón?».

«Eso parece».

Ella se sentó en el suelo con las piernas estiradas. La falda se le levantó hasta los muslos y dejó al descubierto las venas que le recorrían las piernas.

«¿Has tenido hijos?»., le pregunté.

«Sí», repuso ella.

«¿Cuántos?».

«Siete».

«¿Tantos?», exclamé, sorprendida. Ella me lanzó una mirada llena de orgullo.

«Tres niños y cuatro niñas, contando a las mellizas. De hecho, el tercer niño también tenía un hermano gemelo, pero nació muerto. Las dos niñas crecieron sanas y fuertes».

«Creo que la poeta Akiko Yosano también tuvo gemelos en dos ocasiones», le comenté a la mujer, pero ella no se inmutó.

«No sé quién es», susurró.

«En una de las paredes del edificio blanco que se derrumbó ayer había uno de sus poemas grabado en la piedra. Esa pared fue la única que sobrevivió al derrumbamiento. A propósito, ¿qué ha sido del edificio?», le pregunté a la mujer.

«Está como siempre», me aseguró ella.

«Entonces lo que vi ayer fue una ilusión, ¿no?».

«Haces preguntas muy raras —me dijo, riendo—. No soy la más adecuada para decirte si fue una ilusión o no».

Yo también me eché a reír.

«Tienes razón, a un espíritu no se le preguntan estas cosas. ¿Cómo están tus hijos?».

«No lo sé —repuso ella, recuperando su tono indiferente—. Aunque no pueda salir ningún barco, se celebrarán danzas rituales. El festival de esta ciudad es muy bonito», me explicó como si fuera guía turística.

«Háblame más de Rei, por favor», le supliqué, acercándome a ella. Sin embargo, ella se apartó de mí, esquivando mi mirada. No desapareció, pero se quedó callada como si no estuviera.

Cuando terminé de desayunar, la niebla era más densa que antes.

Oí el llanto de la mujer.

El festival había empezado más animado que el día anterior. Desde primera hora de la mañana, había carrozas desfilando por toda la ciudad. En las largas y estrechas carrozas, bellamente adornadas, viajaban grupos de hombres hacinados que tocaban flautas y tambores, abriendo camino al altar que arrastraba otro grupo de hombres.

De vez en cuando, el llanto de la mujer llegaba a mis oídos mezclado con la música de las carrozas. Al principio, pensé que serían los gemidos del viento. Cuando logré tranquilizarme asegurándome a mí misma que solo era el viento, volví a oír la voz de la mujer.

La música de las flautas y de los tambores era alegre. La voz de la mujer, en cambio, desbordaba tristeza. La niebla era tan espesa que, de vez en cuando, perdía de vista las carrozas y el altar. Guiándome por la música, conseguía ampliar mi campo visual y regresar al bullicioso desfile.

«Era muy buena chica», repetía la mujer, sin dejar de llorar.

«¿Quién?».

«La chica a la que colgaron».

«Si no eras tú, ¿era tu hija?», traté de averiguar, pero como no la veía, me sentí muy sola y muy insegura.

«No lo sé», dijo su voz.

¿Por qué traemos hijos al mundo? Tanto los perros, los gatos, los zorros y los ciervos como los humanos. Mis sentimientos hacia Rei y hacia Seiji son claros e inequívocos. En cambio, lo que siento por Momo está lleno de luces y sombras. Es la misma sensación que tenía de joven, cuando no sabía cómo mover ciertas partes de mi cuerpo o no comprendía sus reacciones. No sé qué siento por Momo, no sé si me gusta o no me gusta, si la quiero o si la aborrezco, no entiendo esa mezcla de sentimientos contradictorios.

«Las cosas son más fáciles cuando no se trata de tus propios hijos», murmuré. La silueta de la mujer apareció flotando entre la niebla.

«¿Tú crees?», me preguntó.

«No lo sé», reí, y ella hizo lo mismo. Me sentí aliviada al ver que había dejado de llorar. Me daba mucha lástima verla triste.

«¡Mira! Vuelvo a estar mojada», me dijo, alargando los brazos hacia mí. Una fina llovizna caía a intervalos. La piel de la mujer no repelía el agua, sino que la iba absorbiendo poco a poco.

«Hemos intimado mucho», dije, y ella asintió.

«Ten cuidado», me dijo mientras se ponía detrás de mí.

«¿Por qué?», le pregunté, dándome la vuelta. Pero ya había desaparecido. Tuve un mal presentimiento. Noté un fuerte pinchazo de dolor en el estómago.

Recordé la nota que había escrito Rei, la que decía: «He perdido un poco de peso». Me rodeé el cuerpo con ambos brazos y me abracé con todas mis fuerzas.

5

Vi que el barco zozobraba y, segundos más tarde, volcó sin oponer resistencia.

Varios pasajeros cayeron por la borda y se ahogaron. Estaba abarrotado. El tifón ya se había alejado, pero el viento seguía soplando con fuerza a primera hora de la tarde. El primer día del festival, tuvieron que cancelar todos los trayectos. El segundo día, antes del anochecer, el viento amainó y, al parecer, la organización decidió que saliera el último barco.

La muchedumbre se había multiplicado por diez. Salía gente de todas partes. Al anochecer, los vendedores instalaron sus tenderetes a lo largo de la calle, y un intenso olor a carne asada flotaba en el aire.

El barco que volcó era el de la orquesta. Cuando ya estaba lleno de músicos con flautas y tambores, embarcó otro grupo de hombres con el atuendo típico del festival. Parecía imposible que cupiera tanta gente en una sola embarcación.

«¿Por qué tienen tanta prisa?», preguntó la mujer, cuya presencia se había vuelto más intensa al caer la noche. Además de notarla, también la veía de vez en cuando.

«Siempre estás apareciendo y desapareciendo», le dije. Ella esbozó una sonrisa.

«Vengo cuando tú me llamas», respondió.

«Yo no he llamado a nadie. Además, no necesito que me sigas».

«¿Por qué esos hombres tienen tanta prisa por morir?», insistió la mujer, con una sonrisa burlona.

Entre las olas, alrededor del barco que había perdido el equilibrio por sobrecarga, se distinguían los hombres que habían caído por la borda. Algunas cabezas negras aparecían y volvían a desaparecer. Era imposible distinguir la línea que separaba el mar del cielo nocturno.

«No están en alta mar, no van a morir», dije.

«Pero morirán algún día», susurró la mujer.

El barco había volcado por completo, mostrando su barriga. Varias cabezas asomaron bajo el casco. No había olas, y parecía que estuvieran jugando a un inocente juego junto a la orilla. Sin embargo, justo debajo del barco tumbado, probablemente hubiera cuerpos ahogados.

«¿Algunos de esos hombres va a morir?», le pregunté a la mujer.

«No lo sé», repuso ella, ambigua como de costumbre.

Algunos de los hombres empezaron a nadar, mientras que otros intentaban mantenerse a flote chapoteando con los pies. Parecía un espectáculo más en el programa del festival.

Un gran cohete luminoso se elevó desde la playa con un fuerte estallido.

El barco que transportaba el altar, que había zarpado antes, dejó atrás el barco accidentado y siguió avanzando hasta el pie del santuario.

Atracó en la orilla y depositaron el altar en la playa. Unos hombres lo levantaron y, gritando a pleno pulmón, lo llevaron a hombros hasta el templo situado al borde del acantilado.

Empujada por la multitud, me alejé del barco volcado. Sin poder hacer nada para impedirlo, me dejé llevar hasta el pie de la escalera que subía al templo.

Llamé a la mujer. Había dejado de percibir su presencia un momento antes. El ambiente del festival me subía a la cabeza y múltiples corrientes inundaban mi cuerpo. Estaba rodeada de gente, pero no percibía ninguna presencia. Solo notaba cuerpos cálidos a mi alrededor.

Conseguí zafarme de la corriente humana que me arrastraba. Choqué varias veces. Los brazos y piernas de la gente me golpeaban como si alguien me estuviera disparando pelotas de goma. Entré en un estrecho callejón y recuperé el aliento. Eché un vistazo a derecha e izquierda, pero no había ni rastro de la mujer.

Subí una cuesta y llegué hasta un descampado. Había unas grullas encaramadas a la columna podrida de una casa abandonada. La hierba me llegaba hasta la rodilla. En medio del descampado había unos guijarros que alguien habría tirado. El bullicio del festival no llegaba hasta allí.

«Solo hay que subir un poco para encontrar la calma», comentó la mujer.

Me sobresalté al oír su voz.

«¿Cuándo has vuelto?», le pregunté.

«Siempre he estado aquí», repuso ella.

Me senté en una roca y bajé la vista. El mar se entreveía a través de las grietas de un viejo almacén que tenía delante.

Los fuegos artificiales seguían iluminando el cielo, pero no hacían ruido. De repente, me di cuenta de que no oía nada. Los ruidos habían desaparecido de mis oídos, exactamente igual que el día anterior, mientras tomaba café en el edificio blanco del cabo.

«Mira», me dijo la mujer, señalando con el dedo.

A través de las grietas del almacén divisé el barco volcado, que iba a la deriva. Una lluvia de chispas procedentes de los fuegos artificiales caía sobre su barriga. Las chispas se convirtieron en pequeñas llamas que empezaron a revolotear alrededor del casco como fuegos fatuos. La madera estaba húmeda, de modo que el fuego se apagaba tan rápido como había prendido, pero se reanimaba enseguida.

Finalmente, el barco empezó a arder.

«¡La madera no resistirá!», exclamó la mujer.

La nave se consumía poco a poco entre las llamas, que también devoraron implacablemente a los hombres que seguían en el agua. Una ardiente lengua de fuego destruyó el gran barco y a los pequeños hombres.

«Qué bonito», susurró la mujer con tristeza.

Caminé por un lugar sin ruido.

El viento soplaba con fuerza. Al anochecer parecía haber amainado, pero había reaparecido y volvía a azotar sin tregua a diestro y siniestro, como si quisiera atormentarme. De vez en cuando, ráfagas huracanadas me arremolinaban el pelo en torno a la cara. Cuando cerraba los ojos, tenía la sensación de que pequeños granos de arena se me clavaban en la piel.

«¿Te duele?», me preguntó la mujer.

«No, no duele, pero molesta», le respondí.

Ella me cogió de la mano y tiró de mí para que la siguiera.

No oía ni veía nada. A pesar de que tenía los ojos abiertos, no había ningún paisaje a mi alrededor. Tenía la sensación de estar caminando bajo un denso manto de niebla. Al mismo tiempo, me sentía como si sufriera un ataque de vértigo. A lo lejos, en la superficie del mar, el barco seguía ardiendo. De vez en cuando, la mujer se volvía y murmuraba:

«Es espantoso».

«¿Y los hombres? ¿Han muerto quemados?», le pregunté.

Ella no me respondió.

«Ahora que...», dijo, interrumpiéndose bruscamente.

«¿Qué?».

«Ahora que al fin habían podido salir los barcos», lamentó, terminando la frase.

De repente, vimos un grupo de hombres entre la niebla. Estaban de espaldas, pero iban equipados como si fueran a emprender un viaje. Llevaban gruesos abrigos y maletines de piel en la mano. Iban muy bien peinados y, sin lugar a dudas, llevaban el billete en el bolsillo del pecho.

«¡Rei!», grité.

Uno de los hombres se volvió.

No era él. El hombre que estaba a su lado también se volvió. Se parecía bastante a Rei, pero sus rasgos estaban desprovistos de vitalidad. El siguiente hombre se volvió a continuación. Como briznas de hierba mecidas por el viento, sus cuellos se fueron girando uno tras otro y sus caras se volvían para mirarme.

Rei no estaba entre ellos.

La mujer volvió a tirar de mi mano.

«Suéltame», le dije, pero no me hizo caso. Quería acercarme corriendo a los hombres, llamar a Rei y comprobar si era alguno de ellos, pero la mujer no me dejó.

«¿Estos hombres viajaban en el barco que ha naufragado?», le pregunté.

«No lo sé», repuso ella, y volvió a tirar de mí con tanta fuerza que estuve a punto de tropezar. Dejé escapar un grito. Los hombres se volvieron de nuevo hacia mí, todos a la vez.

«¡Es Rei!», pensé. Mucho más adelante, entre las espaldas de aquellos hombres que caminaban balanceándose, el rostro de Rei aparecía y desaparecía de forma intermitente. Tenía la misma cara que cuando desapareció, la de un hombre de treinta y cinco años.

Desesperada, volví a gritar su nombre, pero nadie se volvió.

El barco seguía ardiendo. A lo lejos, finas columnas de humo blanco se elevaban hacia el cielo desde el puerto.

«Rei», pensé con todas mis fuerzas. Aunque pronunciara su nombre en pensamientos, Rei no iba a volver. Era consciente de ello. Sabía que no volvería. Aun así, repetí su nombre con todo el amor que fui capaz de reunir.

Los hombres desaparecieron y volví a quedarme a solas con la mujer.

No sé cuánto rato llevábamos caminando. Al fin, llegamos a una playa desértica. No era el puerto cercano al mercado donde habían llevado el altar y las carrozas decoradas. Delante de mis ojos solo había un muelle desierto, sumido en la oscuridad.

«Una vez estuve en esta playa», me explicó la mujer.

«¿Cuándo?», inquirí. Me había soltado la mano, y contemplaba el mar con la mirada perdida.

«Después de dar a luz a las gemelas», me respondió.

Entonces vi a la mujer con una de las gemelas en brazos y la otra colgada a la espalda. No fue una simple visión, puesto que incluso oí vagamente el llanto de los bebés.

«¿Viniste a ver el mar?».

«Veía el mar cada día».

«¿Viniste a tomar el aire, entonces?».

«Tomaba el aire cada día».

«¿Pues a qué viniste?».

«A veces, me sentía cansada de vivir. Trabajaba sin descanso de sol a sol, sin darme cuenta siquiera de que no hacía nada más que trabajar, sin saber qué me hacía feliz, sin conocer a fondo los sentimientos de los demás ni los secretos que albergaba mi propio corazón; estaba harta de dejar pasar el tiempo sin vivir».

La mujer levantó al bebé que llevaba en brazos y lo arrojó al mar. Acto seguido, desató los cordones con los que llevaba al otro sujeto a la espalda, lo estrechó contra su pecho por última vez y también lo lanzó al agua. Las gemelas se mantuvieron a flote durante unos instantes, pero pronto se hundieron en el mar.

La mujer ya no tenía el mismo aspecto. Llevaba un traje de chaqueta blanco y un maletín en la mano.

«Con ese aspecto, no me creo que nunca haya probado los fideos *wantan*», pensé para mis adentros. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo. Algunos mechones que se habían desprendido le caían sobre la nuca y ondeaban al viento.

«De repente, me cansé», dijo la mujer trajeada.

«¡Pero yo no estaba cansada de Rei!», protesté para mis adentros. Aun así, ella escuchó perfectamente mis palabras.

«Rei es un hombre muy aburrido», rio la mujer, repitiendo lo mismo que me había dicho el día anterior. Un hombre aburrido. Eso opinaba de Rei.

Aburrido o no, desapareció sin que nadie pudiera evitarlo y me abandonó.

El viento azotaba a la mujer.

«Iremos a comer juntas un plato de fideos *wantan* o de fideos fritos con salsa. Entonces ya no volverás a decir que estás cansada de vivir, y seguiremos viviendo como si nada», le dije a la mujer interiormente.

Pero ella meneó la cabeza, hastiada.

«No te entiendo. Nunca sé si te tomas las cosas en serio o en broma».

«En serio y en broma son dos conceptos inseparables. ¡La vida es así!», protesté, casi gritando.

La mujer seguía resistiendo los embates del viento, imperturbable.

Tuve ganas de regresar. El humo blanco del barco en llamas llegaba hasta allí. El cielo estaba cubierto por una capa de niebla gris.

«¿Por qué todos desaparecen tan pronto y se hunden en el mar?», le pregunté a la mujer. Pero ella acababa de desaparecer en silencio. Me había dejado sola.

Eché a andar sin saber adónde ir. Mientras caminaba a solas, me puse a pensar en Rei.

Una vez, fuimos a ver juntos una cascada. Aún no estábamos casados. La cascada estaba escondida en la montaña, al final de un estrecho sendero por el que los coches no podían circular. El agua caía de un lugar demasiado alto para que pudiéramos ir a verlo. El sol brillaba con deslumbrante intensidad. Su luz resultaba tan cegadora, que era casi imposible levantar la mirada hacia el inicio de la cascada.

«Me molesta no saber de dónde viene el agua», le comenté a Rei.

«Ya», repuso él. Al cabo de un rato, me preguntó: «¿Y tú, Kei? ¿Sabes de dónde vienes?».

«¿De dónde vengo yo?», repetí, sin comprender a qué se refería. Rei asintió brevemente y luego dijo:

«¿Sabes? Conservo recuerdos muy claros de mis primeros años de vida. De cuando tenía solo tres años, por ejemplo».

«¿A eso te referías al preguntarme si sé de dónde vengo?», intervine, arrugando la frente para expresar mis dudas. Él me rodeó los hombros con el brazo y me estrechó hacia sí.

«¿No tienes frío?», me preguntó, según creo recordar. A continuación, siguió hablando: «Cuando tenía tres años, intenté atrapar un insecto que había encontrado en un árbol del jardín. Era un bicho verde de cuerpo largo y estrecho. Tenía una forma muy curiosa. Como aún no había aprendido a controlar mi fuerza, cerré la mano y me manché con el líquido del abdomen del bicho. Lo había aplastado sin querer.

»Se lo llevé a mi madre, que estaba en la cocina, y se lo enseñé. Ella dio un paso atrás. Sabía que no era yo quien le daba asco, sino el bicho, pero me entristeció. El insecto estaba muerto. Lo tiré al suelo. Su color verde hacía juego con la madera oscura del parquet. “Es un insecto palo, qué curioso”, dijo mi madre.

»Era la primera vez que oía ese nombre. Mi madre no volvió a retroceder. Sin inmutarse, cogió el insecto con las puntas de los dedos, abrió la puerta de la cocina y lo arrojó al jardín. Yo restregué la mano contra el suelo de tierra que había frente a la puerta de la cocina para limpiarme. Mi madre me observaba en silencio desde arriba».

«Nunca he visto un insecto palo», admití. Rei rio en voz baja.

«Lo que quiero decir es que esta escena es mi origen. Todo empezó ahí. Como el origen de esta cascada. No recuerdo nada de mi vida anterior», dijo Rei, abrazándome con más fuerza.

«La verdad es que yo no recuerdo mis orígenes», respondí.

«Qué frío», repitió él.

Estoy segura de que no estábamos en invierno, pero no recuerdo si era una primavera fresca o un otoño avanzado. Suelo olvidarme de las cosas, del mismo modo que tampoco conservo ningún recuerdo de mis primeros años de vida.

La cascada brotaba como si fuera nueva, recién creada, a pesar de que debía de llevar varios siglos en el mismo lugar.

La verdad es que soy bastante olvidadiza. También olvidé a Seiji en cuanto llegué a Manazuru.

Mientras caminaba a solas, no pensaba en Seiji. ¡Pobre Seiji! Pero ¿quién era más digno de compasión? ¿Seiji o yo, que ni siquiera me acordaba de él?

El barco seguía ardiendo. Dejé atrás la playa desértica y me acerqué de nuevo al puerto. El acre olor a quemado penetraba en mi nariz. El aliento de Seiji también es un poco acre. Es dulce y amargo a partes iguales. Cuando me hace el amor, intercambiamos mucha saliva. La suya tiene un sabor ligeramente amargo.

A veces no es él quien me hace el amor, yo le hago el amor a él. No depende de la postura que adoptemos, sino de nuestro estado de ánimo, de la atmósfera de la habitación o de la temperatura de nuestra piel.

Cuando le hago el amor a Seiji, recuerdo aquella vez que Rei me habló de sus orígenes. Yo no sé de dónde procedo, pero a veces creo recordar el olor,

los pequeños ruidos que escuchaba y la soledad que sentía en el lugar donde todo empezó.

Rei me arrastraba consigo. Con Seiji, en cambio, me siento como si flotara en una nube de placer. No me siento triste. Ni cuando me hace el amor, ni cuando se lo hago yo a él. Por eso recuerdo la soledad que sentía en mis orígenes.

«Qué melancólica estás», me decía Seiji.

Al oír esas palabras, me ponía todavía más triste. No lo hacía deliberadamente, pero no podía evitar regresar a la alegre soledad de un pasado donde aún no había ocurrido nada, antes de conocer a Rei, cuando mi mundo se reducía a mis padres.

Llegué al puerto. No había nadie. Solo el barco envuelto en llamas. El fuego lo había devorado todo salvo la estructura. A pesar de ello, pequeñas llamas seguían ardiendo a su alrededor.

Oí el ruido de un helicóptero. «Ha vuelto el ruido», pensé. En ese preciso instante, los colores tiñeron de nuevo el paisaje.

«No quiero volver», susurré. A lo mejor, Rei tampoco quería volver. Ensimismada en mis pensamientos, regresé bruscamente al mundo real.

De vuelta al hotel, cogí la llave de mi habitación y salí a la piscina, que se encontraba justo delante de la recepción. Parecía que no hiciera viento, pero soplaba una ligera brisa que ondeaba la superficie del agua.

Me senté bajo un parasol y apoyé los codos en una de las mesas de plástico, que gimió bajo mi peso. La presencia de la mujer era muy débil.

«Hemos intimado mucho», le había dicho yo.

En el techo del vestíbulo había un ventilador de estilo colonial cuyas aspas giraban lánguidamente. La luz del interior iluminaba la piscina. De vez en cuando, me parecía ver en el agua las siluetas de los hombres muertos.

«No están muertos, solo han caído al agua. Todos han vuelto a la orilla nadando, aunque han llegado empapados», me susurró la mujer al oído.

A las nueve de la noche, Rei había quedado con una desconocida. Lo había olvidado durante mucho tiempo, y me acordé de repente.

«¿Así que esos hombres no han muerto? ¿Y qué ha sido del barco en llamas?», le pregunté a la mujer.

«El barco no se ha quemado —me respondió ella—. Solo ha zozobrado. Es difícil que haya muertos y barcos quemados tan cerca de la orilla».

«¡Pero yo lo he visto!».

«Quizá es lo que deseabas que ocurriera».

«¡No es verdad!», protesté, y tuve que apretarme la boca del estómago. El dolor había vuelto. La mujer que se había citado con Rei era muy bonita. Parecía un poco más joven que yo. Llevaba el pelo recogido y tenía un lunar en la nuca. Daban ganas de tocarlo.

El agua de la piscina vibró y un cegador haz de luz la inundó por un instante. La luz me deslumbró. No veía nada. Rei cogió la mano de la mujer. Ella se la estrechó con ternura. Hablaban entre ellos, pero no oía lo que decían. Estaban demasiado lejos. Aun así, supe que eran palabras cariñosas. ¿Cómo había podido olvidarlo durante todos esos años?

«¿De veras? —me preguntó la mujer, en un tono despiadado—. ¿De verdad lo habías olvidado?».

Noté un nuevo pinchazo de dolor en la boca del estómago. La luz que inundaba la piscina era tan deslumbrante que apenas podía soportarla.

Cayó la noche.

El hotel se llenó de ruidos: el murmullo de las olas, el rugido de los camiones que circulaban por la autopista, el crujido de la silla que ocupaba el cansado vigilante del turno de noche, el zumbido de numerosos insectos que revoloteaban en el exterior de las ventanas...

Hundí la cabeza en la almohada e hice un esfuerzo para recordar lo que había olvidado, lo que había querido olvidar.

La voz de Rei pronunciando mi nombre. Cada vez que me llamaba, el dolor atormentaba una parte de mi cuerpo. La voz de Rei se me clavaba como un cuchillo romo. No podía evitar amarlo. Estaba atrapada en sus redes. Me casé con él, tuve una hija con él y creía que, compartiendo nuestras vidas, conseguiría aplacar aquella pasión obsesiva, pero no pude.

El rostro de la mujer, que estaba de perfil, era blanco. A lo mejor solo habían quedado por trabajo. La cita era a las nueve de la noche. Rei había anotado la hora en un trocito de papel. Se puso la chaqueta verde y salió a su encuentro. Ella llevaba un suave traje. El traje, la mujer y su pelo recogido parecían inclinarse hacia Rei, como una planta acuática se inclina en dirección a la corriente.

Decidí seguir a Rei. Dejé a Momo con mi madre y, al atardecer, entré en una cafetería cercana a la empresa donde trabajaba y esperé. Eran más de las ocho cuando salió por la puerta principal y se dirigió hacia el metro. Salí corriendo de la cafetería, entré en la estación y me precipité escaleras abajo.

Rei ya había cruzado los torniquetes. Saqué uno de los billetes que llevaba en el bolsillo y lo seguí. Había comprado de antemano varios billetes por si tenía que coger el metro, el tren de cercanías de la JR o incluso el ferrocarril privado, cuya estación estaba un poco más lejos. Lo tenía todo previsto. Me pareció oír la voz de la mujer diciéndome: «¡Qué meticulosa eres!», pero no era ella. Se trataba de mi propia voz.

Rei subió al metro, y yo me escondí en el vagón contiguo. Mi cuerpo se balanceaba al compás del traqueteo. Rei estaba de pie justo al lado de la puerta que comunicaba ambos vagones, de modo que podía espiarlo disimuladamente. Su espalda también se balanceaba.

La barra metálica a la que me sujetaba me devolvió el reflejo estrecho y ligeramente deformado de mi pálido rostro.

Aquel rostro deformado era, sin duda, el mío. Sin embargo, de repente se convirtió en la cara de otra persona.

Me sobresalté.

Ese día, por primera vez, me di cuenta de que algo me seguía.

El rostro que se reflejaba en la barra, que no supe si pertenecía a una mujer o a un hombre, tenía una expresión muy distinta a la mía y me observaba fijamente, con una penetrante mirada.

«¡Se han superpuesto!», murmuré.

Mi rostro y el del desconocido se habían superpuesto, y el resultado era una cara aún más deformada que al principio.

El metro traqueteaba bruscamente.

Eché un vistazo a Rei. Tenía la espalda ligeramente encorvada y escrutaba la oscuridad del túnel a través de la ventanilla. Su rostro de perfil reflejaba cierto cansancio. Estaba justo a mi lado, pero lo sentía muy lejos de mí.

Dos estaciones más tarde, Rei bajó del metro. Yo lo seguí ocultándome entre la multitud. La distancia que había entre ambos aumentaba y se reducía. De vez en cuando, la gente me empujaba hacia él hasta que lo tenía casi al alcance de la mano, y varias veces estuve a punto de decirle algo.

«Aunque lo llamaras, no se volvería», me susurró al oído la presencia que me seguía.

«Tienes razón», le respondí para mis adentros.

Rei siguió avanzando sin detenerse. Iba al encuentro de la mujer. De la mujer con un lunar en la nuca. Aunque alargara la mano, no podría alcanzarlo. Un delgado y frío muro invisible se había instalado entre nosotros.

La mujer ya lo estaba esperando.

En cuanto se encontraron, un halo luminoso apareció a su alrededor. Era tan deslumbrante, que no me dejaba ver nada.

Habían quedado en el bar de un hotel.

Ella tenía una copa delante. Dio un pequeño sorbo de una bebida verde, que debía de ser algún tipo de cóctel, y enseguida volvió a dejar la copa. Acto seguido, clavó la mirada en Rei.

Él hablaba con ella. No sacó ningún documento del maletín, ni gesticulaba como si le estuviera dando alguna explicación. No parecía que estuvieran discutiendo asuntos de trabajo, era una reunión mucho más íntima y personal.

Rei también pidió algo de beber. Yo los observaba de pie, inmóvil, desde el amplio vestíbulo contiguo al bar. La gente que entraba y salía a través de la puerta giratoria pasaba junto a mí.

Al cabo de un rato, les trajeron un plato y una copa. Rei empujó el plato que el camarero había dejado frente a él y lo colocó en el centro de la mesa, entre ambos. La mujer alargó la mano. Cogió ágilmente algo pequeño y delgado del plato, se lo llevó a la boca y se limpió los dedos con una servilleta. A continuación, fue Rei quien alargó la mano hacia el plato. Cogió un trocito un poco más grande que el que había comido ella y se lo llevó a la boca con un gesto rápido. La mujer lo observaba. Él se rozaba ligeramente los dedos con los labios mientras masticaba.

Desde el vestíbulo, veía todo el bar. Rei estaba en una sala contigua a la mía. Aquella mujer se interponía entre ambos. En tan solo un instante, la rabia se apoderó de mí. El odio recorrió todo mi cuerpo y las piernas empezaron a temblarme. Me acerqué al sofá del vestíbulo y me dejé caer en él. Desde allí apenas veía lo que ocurría entre Rei y la mujer, pero percibía claramente el halo de intimidad que los envolvía. A pesar de que estaban demasiado lejos, me pareció oír sus voces.

«Rei», dijo la mujer.

Él también pronunció el nombre de la mujer. ¿Cómo se llamaría? Los labios de Rei se movían tiernamente.

«Rei», repitió ella.

En vez de responderle, él empezó a jugar con la palma de su mano.

No oía lo que decían, pero me parecía oírlo. No veía lo que hacían, pero me parecía verlo.

«Señora», dijo una voz. Me pareció que venía de muy lejos. Agaché la cabeza. «Señora», repitió la voz.

Levanté la vista. A través de mi pelo revuelto, vi a un hombre de pie frente a mí vestido con el uniforme del hotel.

«¿Se encuentra bien, señora? ¿Quiere un vaso de agua?», me ofreció.

Negué con la cabeza y lo miré.

«No, gracias. Estoy bien».

El empleado inclinó ligeramente la cabeza.

«De nada», repuso. Se dio la vuelta y se fue.

La voz de la mujer pronunciando el nombre de Rei resonaba en mi mente. No la había oído, pero era como si aún estuviera resonando.

«¿Qué hiciste luego?», me preguntó la mujer.

«No me acuerdo», le respondí.

Me encontraba en Manazuru, rodeada del bullicio del festival.

«El festival ya debería haber terminado», le dije a la mujer, que meneó la cabeza alegremente.

«Ahora vuelven al punto de partida».

Se estaban llevando el altar. Los hombres, vestidos con el atuendo tradicional y con bandas ceñidas a la cabeza, estaban empapados en sudor. El altar se bamboleaba con el vaivén de los portadores que lo llevaban a hombros. Los altares de los distintos barrios de la ciudad se cruzaban en las calles, como si rivalizaran entre ellos.

Una banda de músicos tocaba flautas y tambores desde una carroza. La mujer, arrimada a mi hombro con los ojos cerrados, escuchaba la rítmica melodía que interpretaban al unísono y que parecía repetirse eternamente.

«No lo habías olvidado, ¿verdad?», susurró. Oí su voz con claridad, a pesar de que el sonido de la música debería haberla ahogado.

¿De verdad lo había olvidado? Rei y la mujer subiendo juntos al ascensor del hotel, entrando juntos en el lugar adonde no me atreví a seguirlos. Me limité a observar las luces del ascensor, que se iluminaban a medida que subía. No se detuvo en la planta superior, donde se encontraba el restaurante, ni en la planta inferior, donde estaba la sala de ceremonias. ¿Había visto las señales luminosas que indicaban que el ascensor se había detenido en una de las plantas intermedias, donde solo había habitaciones?

«Es posible que lo vieras de verdad», susurró de nuevo la mujer, mirándome fijamente.

Desvié la vista e hice un esfuerzo por recordar a Momo.

No había visto nada. No había presenciado semejante escena. Era una invención de mi cerebro. Había crecido en mi corazón como una nube de verano que cambia de forma continuamente: se redondea y, de repente, sus extremos se estrechan, se alargan y la nube se deshilacha en pequeños jirones. Del mismo modo, una idea obsesiva se filtró a través de los resquicios de mi mente, se transformó rápidamente, creciendo y menguando, adoptando una forma terrible que, de repente, empezaba a brillar vivamente. Seguro que lo que había visto solo era eso.

«El año que viene, vendré al festival con Momo», pensé como si me hiciera una promesa a mí misma. ¿Dónde empieza la memoria y dónde se interrumpe el recuerdo?; quizá nada de eso haya existido desde el principio, pero puede que lo recuerde todo hasta el final; el festival giraba a mi alrededor con una vivida luz, deseé poder estar allí con Momo al cabo de un año, sintiendo la fuerza de aquel vibrante festival que...

«No te vayas», me interrumpió la mujer.

Cuando mis pensamientos se interrumpieron, tuve la sensación de estar cayendo al fondo de un pozo.

Me di cuenta de que mi cuerpo perdía consistencia, como el de la mujer que me seguía. Su voz parecía triste.

«Momo —pensé—. Te quiero, Momo. Y sé que tú también me quieres», dije mentalmente mientras mi cuerpo seguía vaciándose. Un grupo de hombres que transportaba una carroza se detuvo en mitad del camino que conducía al santuario y empezó a bailar.

Guiada por la mujer, me adentré en las profundidades.

Cuando reaccioné, estaba apoyada en la columna podrida de la casa abandonada situada en el extremo del descampado, al final de la cuesta. A través de una grieta vislumbré un atisbo del mar.

«Los ruidos han vuelto a desaparecer», dije. La mujer asintió.

En cuanto desaparecieron los ruidos, me sentí como si estuviera en mitad del vacío. A mi alrededor había muchas presencias desconocidas. Eran un poco más consistentes que las sombras que me habían seguido en el centro comercial, pero no tenían un cuerpo definido.

«Si no les haces caso, se irán», me aconsejó la mujer.

Afirmé con la cabeza.

«Ya lo sé. Lo sé de sobra».

Había vuelto a ver a Rei con aquella mujer en otra ocasión.

Era noche cerrada. Rei me había dicho que llegaría tarde porque tenía una fiesta de despedida de un compañero de trabajo. Momo y yo cenamos temprano. Nos bañamos y acosté a Momo. Al día siguiente, teníamos previsto asistir a las jornadas deportivas que se celebrarían en la guardería donde Momo empezaría a ir al año siguiente, por eso quería que se acostara pronto.

«¡Iremos de pícnic!», gritaba Momo, entusiasmada. Llevaba toda la noche repitiendo las palabras *jornadas deportivas* y *pícnic*. «¡Quiero llevarme plátanos! —me pidió—. ¡Y una mochila para el cole!».

«Aún eres pequeña para llevar mochila. Ya te compraré una cuando empieces el colegio». Al oír esas palabras, Momo se enfadó. La mochila, el pícnic, las jornadas deportivas y su conejo de peluche Kikochan, todo se juntaba en su interior formando una extraña mezcla explosiva. Estaba eufórica.

«¡Quiero llevarme plátanos!», gritó, alborozada.

Con el objetivo de tranquilizarla, le prometí que nos llevaríamos plátanos. En cuanto se quedó dormida, salí corriendo al supermercado abierto las veinticuatro horas. Acababa de lavarme el pelo, que aún estaba medio húmedo. La brisa de finales de verano me envolvía como un cálido manto.

Al lado del supermercado, en medio de la oscuridad, distinguí a Rei y a la mujer. Estaban muy juntos y hablaban en susurros.

Tuve que reprimir una exclamación de sorpresa.

¿Cómo se atrevían a mostrarse en público? Agucé la vista en la oscuridad. Vi las siluetas de Rei y de la mujer, pero al fijarme mejor no pude asegurar si eran ellos o no.

Compré rápidamente los plátanos, un paquete de pañuelos de papel y un par de manzanas. Pensaba que, cuando saliera del supermercado, Rei y la mujer ya se habrán ido. Pero las dos siluetas seguían en el mismo lugar.

«Oye», dije, incapaz de llamar a Rei por su nombre.

La silueta más alta se volvió. La luz de las farolas me deslumbraba y su rostro quedaba oculto en la oscuridad. La bolsa blanca del supermercado, en la que llevaba los plátanos y las manzanas, pesaba como un muerto.

Las dos siluetas seguían inmóviles.

«¿Hizo buen tiempo durante la fiesta?», me preguntó la mujer.

«¿Qué fiesta?».

«Las jornadas deportivas de la guardería de tu hija».

Ya no me acordaba de que había estado pensando en eso. ¿Era verdad que Momo y yo metimos los plátanos y las manzanas en una fiamblera, cogimos las esterillas y fuimos a las jornadas deportivas de la guardería, que estaba decorada con banderas de todos los países?

Justo entonces, me acordé de que Rei también estaba.

Era domingo. Cuando me desperté, mi marido dormía a mi lado como si nada hubiera pasado.

«Buenos días», me dijo alegremente.

Oímos la respiración acompasada de Momo. Dormíamos los tres en la misma cama. A mi izquierda, Momo. A mi derecha, Rei.

Me llevé el dedo a los labios para pedirle a Rei que no hiciera ruido y apoyé la cabeza en su pecho. Rei, que había hecho ademán de levantarse, se tumbó de nuevo en la cama. Exhalé un significativo suspiro y le pedí que me hiciera el amor.

Él vaciló.

«No te lo pienses». Le miré directamente a los ojos y me vi reflejada en sus pupilas. Metí los dedos bajo el pantalón de su pijama. A continuación, introduje toda la mano y le toqué el miembro.

Momo gimió en sueños, sin dejar de respirar acompasadamente. Rei permaneció inmóvil, sin apartarme la mano. Me tumbé encima de él, mi pecho contra su pecho, como un edredón sobre el colchón. Luego me incorporé y me moví hasta colocarme justo encima del lugar donde tenía la mano.

«Ha entrado», susurré. Rei arrugó ligeramente la frente, con una expresión que manifestaba dolor.

Me moví suavemente. Él mantenía los ojos cerrados fingiendo que trataba de contenerse, pero en realidad no lo hacía por eso. Pronto empezamos a movernos simultáneamente, como dos cómplices. Profunda y silenciosamente, para no despertar a Momo, llegamos hasta el final.

Momo se despertó.

Mi piel estaba impregnada del olor de Rei. Corrí hasta el cuarto de baño con las piernas apretadas y me duché. El agua lo arrastró todo. Volví a apretar las piernas para retener lo que quedaba. Quería que me penetrara hasta las entrañas, que se depositara en lo más profundo y oscuro de mi cuerpo y adoptara la forma de un ser humano. Quería volver a padecer náuseas matinales.

«¡Mamá! —gritó Momo, abriendo la puerta del cuarto de baño—. ¡No te olvides los plátanos! ¡Hoy hace sol!».

Aún tenía voz de bebé, dulce como la leche, un bebé al que querías estrechar entre tus brazos y hundir la cara en su cuerpo.

En la guardería, Rei estaba ausente. El sol brillaba intensamente.

«Estoy muy cansado —se quejó—. Últimamente, trabajo como un esclavo». A continuación, se tumbó en la esterilla plateada, se cubrió la cara con una gorra, cruzó los brazos bajo la cabeza y dobló las rodillas. Era imposible reconocer a Rei bajo la gorra que le tapaba la cara.

«Así que el año que viene Momo ya empieza la guardería», comentó, con la voz amortiguada por la gorra.

Momo iba a participar en la carrera para niños que aún no iban a la guardería.

«¡Ahora me toca correr a mí!», le anunció a su padre, apartando de un manotazo la gorra que le tapaba la cara.

«¡Qué bien!», exclamó Rei, incorporándose. Luego sentó a la niña en sus rodillas, la cogió por debajo de las axilas y la hizo subir y bajar varias veces. Momo reía a carcajadas. Un niño del barrio que tendría más o menos su edad se acercó corriendo.

«¡Yo también quiero, yo también quiero!».

«¡No! —protestó Momo—. Mi papá es solo mío y de nadie más».

De repente, me sentí muy intranquila. El sol brillaba con fuerza. Había tenido una hija con Rei y vivíamos los tres juntos en armonía. Debería estar tranquila, pero el sol era desagradablemente intenso y empecé a sudar, aunque no por el calor.

Unos cuantos niños pequeños, que aún no iban a la guardería, estaban tras la línea de salida de la carrera. Parecían tristes e inseguros, y se aferraban con fuerza a las manos de sus padres y madres. Estaban tensos. Momo tampoco parecía dispuesta a soltarme la mano.

«Juntas, por favor, juntas», me suplicó, levantando la mirada hacia mí.

«¿Quieres que corramos juntas? Tienes que correr tú solita, Momo. Ya eres una niña mayor».

Momo estaba al borde del llanto. Rei se acercó con calma. Miró a Momo y se echó a reír.

«¡Arriba!», dijo mientras la sentaba a horcajadas encima de sus hombros. Cuando dieron la salida, Rei se mezcló con los demás niños sin soltar a Momo.

Momo estaba muy seria. Miró a los niños que corrían a sus pies y volvió a fijar la vista al frente. Sujetándose firmemente a su padre, miraba a lo lejos mientras se balanceaba al ritmo de los pasos de Rei, que avanzaba caminando.

«¡Vaya, vaya! Aquí hay alguien que corre con su padre», dijo una voz por megafonía. Era la directora de la guardería, que retransmitía la carrera en directo. «¡Todo el mundo a correr! ¡Ánimo a todos!», alentaba con su dulce voz.

Los niños corrían más deprisa que Rei. Todos fueron llegando a la línea de meta. Rei siguió caminando parsimoniosamente, llevando a Momo a caballito.

«No te lleves a Momo», pensé. O tal vez fue: «No te lleves a Rei».

El corazón se me aceleró al darme cuenta de que no estábamos los tres juntos. Empecé a sudar a mares. La culpa era del sol, que calentaba demasiado. Momo vino corriendo a mi encuentro. Rei la había bajado al suelo nada más cruzar la línea de meta.

«¡Mami!», gritó.

«Kei, ¿qué te pasa?», me preguntó Rei. Me di cuenta de que estaba a punto de desfallecer. Me dejé caer encima de la esterilla y cerré los ojos.

«Qué frágil eres», me reprochó la mujer.

«¿Eso crees? ¿Soy frágil?», le pregunté.

Me encontraba de nuevo en Manazuru. Mi cuerpo era inconsistente y el paisaje se había difuminado por completo, pero sabía que estaba en Manazuru.

«Tienes suerte de estar viva».

«¿De veras? ¿Seguro que estoy viva?».

«Por lo menos, todavía no has muerto. ¿Qué más puedes pedir?».

«¿Qué más puedo pedir?», pensé distraídamente. «Entonces, eso significa que Rei está muerto, ¿verdad?».

«Si no recuerdas lo que pasó, no podrás ver a tu marido».

«¿Cómo? —exclamé—. ¿Aún está vivo?».

«Procura refrescar la memoria», dijo la mujer, justo antes de desaparecer. Siempre se esfumaba en los momentos más trascendentales.

Estaba muy cansada, pero eché a andar de nuevo. Caminé mucho rato hasta la playa. El paseo marítimo estaba ocupado por los tenderetes del festival, donde aún brillaban algunos farolillos.

Había un hombre y una mujer bajo la oscuridad de la playa. Ella le rodeaba el cuello con las manos. Él no oponía resistencia.

«Dime —dijo la mujer—. ¿Te duele? ¿Te hago daño, cariño?».

«Sí», repuso el hombre. Era la voz de Rei.

La mujer hablaba con mi voz.

¿Cuándo había matado a Rei?

El hombre y la mujer, rodeados por la oscuridad, se esfumaron enseguida. A continuación, apareció un bebé. Yo lo había parido. No, no lo había parido: era el bebé que había concebido con Rei. Sin embargo, él desapareció justo después, y decidí abortar.

Estuve dudando. A lo mejor volvería pronto. «Puede que vuelva como si nada hubiera ocurrido», pensaba, aunque una parte de mí había renunciado a toda esperanza.

Rei desapareció durante los últimos días de calor. Las cigarras todavía cantaban, como un vestigio del verano, y Momo se despertaba al amanecer con la frente perlada de sudor. La fiesta de la guardería tuvo lugar a principios de septiembre, y Rei desapareció a mediados de mes, antes de que pudiera decirle que estaba embarazada.

Aunque no llegó a nacer, el bebé gateaba hacia la playa. Sus contornos eran definidos. Tenía la frente muy parecida a la de Rei, lloraba enérgicamente y se arrastraba con más vigor con el que cantaban las cigarras a finales de aquel verano.

«Aquí no hay ningún bebé», dije, tratando de imitar la voz de la mujer. Sin embargo, el niño no desapareció. Mi voz se parecía a la de la mujer. La que oía dentro de mis oídos era su voz. La que oía en el exterior, era mi propia voz.

«¡Yo no maté a Rei!».

Mi grito estalló en la penumbra como una cuerda tensa que se rompe por la mitad.

Regresé a la piscina del hotel. El ventilador colonial giraba despacio, removiendo el cálido y húmedo ambiente.

Apoyé la mejilla en la ventana del tren, que todavía no había salido.

Aún estábamos en pleno verano, pero dentro de un mes y medio empezarían a soplar los aires del otoño y el melancólico «cri-cri» de los insectos de otoño sustituiría el escandaloso canto de las cigarras.

«Manazuru», dije en voz alta.

El tren se alejó del andén. Sentada junto a la ventana que daba al mar, seguí con la mirada el paisaje que se deslizaba a mi lado. La hilera de casas se interrumpió bruscamente y empezó el denso bosque. Al cabo de un rato, entramos en un túnel.

Cuando salimos del túnel, Manazuru ya había quedado atrás. El mar estaba embravecido. En la carretera que discurría junto al mar había dos furgonetas que viajaban una tras otra. Las olas eran tan altas que parecía que fueran a cubrir sus techos, pero solo era un efecto óptico. A medida que el tren se alejaba de Manazuru, yo dejaba atrás las escenas irreales que allí había vivido.

En Manazuru, las olas habrían arrastrado las dos furgonetas al fondo del mar.

«Manazuru», dije. «Tokio», añadí a continuación.

El tren comunicaba Manazuru con Tokio. Era un medio que me transportaba del mundo de las ilusiones al mundo real, o quizá fuera al revés y estuviera viajando del mundo de los vivos al mundo de los muertos.

Pensé en Seiji.

En Tokio, tenía a Seiji. Le llamaría en cuanto llegara a la estación. A lo mejor podríamos vernos, aunque solo fuera un rato. En mi cuerpo todavía flotaban restos de las sensaciones que el cuerpo de Rei había imprimido en mí durante las visiones que había tenido unas horas antes. El tacto de su cuello mientras lo estrangulaba aún impregnaba mis dedos. Sin embargo, todas aquellas sensaciones se mitigaron en cuanto el tren atravesó Kozu.

El tren, con su monótono traqueteo, me transportaba rápidamente al tiempo de la realidad.

6

Abrí la contraventana en silencio. Aparte de mí, no se había levantado nadie más.

En el pequeño jardín, el follaje de las aralias crecía exuberante y el caqui empezaba a dar sus primeros minúsculos frutos, todavía verdes y duros.

Me agaché y contemplé el jardín con la mirada perdida.

Había intentado quedar con Seiji, pero me había dicho que estaba muy ocupado. Colgó el teléfono enseguida.

En Tokio, el tiempo pasa muy deprisa. Después de las jornadas culturales del instituto, Momo tuvo dos días de vacaciones. Le propuse salir a comer juntas, pero ella negó con la cabeza y me dijo que tenía muchas cosas que hacer.

Sin embargo, se pasó el día encerrada en su habitación. Solo salió un rato por la mañana y regresó con una pequeña bolsa. Supuse que se habría comprado un libro o un disco, pero no se lo pregunté. Me limité a observar su silueta de espaldas mientras se recluía de nuevo en su cuarto.

Cada vez tenía menos ganas de preguntarle con quién estaba aquella noche en la pradera junto al río. Desde entonces, Momo ya no iba a la biblioteca. Se encerraba en su habitación y solo insinuaba vagos indicios de su presencia a través de la puerta.

Un ruiseñor se posó en el caqui. Cantaba con voz aguda. Apareció otro. Se posó en la rama contigua y estuvo un rato inmóvil hasta que, al fin, se trasladó de un saltito a la rama inferior. El primer ruiseñor también levantó el vuelo y bajó para posarse al lado de su compañero. Los dos pajaritos empezaron a cantar sin dejar de saltar frenéticamente arriba, abajo y a ambos lados. Cuando apareció el tercer ruiseñor, era imposible distinguir cuál de los tres pájaros cantaba y en qué rama estaba en cada momento.

Había una luz nueva, la luz de la mañana. Era una luz pura que aún no había sido curtida. Noté un olor procedente de la cocina, y recordé que había puesto a hervir los boquerones secos que había dejado toda la noche en

remojo. Entré en casa corriendo y bajé el fuego. Los boquerones flotaban en el agua, rodeados de pequeñas burbujas.

Apagué el fuego y saqué los boquerones de la cacerola con una espumadera. Sopló una ráfaga de viento que hizo revolotear los papeles que tenía colgados en la nevera con imanes. Me había dejado abierta la puerta del jardín.

Las hojas de papel aleteaban como pájaros. Se hincharon como si quisieran levantar el vuelo, pero los imanes las retuvieron en su sitio. Los ruiseñores trinaban con sus agudas voces. Sopló una nueva ráfaga de viento.

Momo estaba acostada boca abajo, y vi que tenía pelusilla en la nuca.

Como no le gustaba que la tocara, me limité a observarla.

—Abuela, mañana no necesito llevarme la comida. Tenemos un taller de cocina en el instituto.

Momo hablaba directamente con su abuela, sin hacerme ni caso. También procuraba no volverse hacia mí.

—¿Yo también era así, cuando tenía su edad? —le pregunté a mi madre.

—Tú eras aún más imprevisible.

—¿Imprevisible? —repetí.

—Eso es. Pasabas del mal humor a la euforia en un abrir y cerrar de ojos. Te comportabas como un niña y, de repente, te convertías en una mujer adulta.

—Será la edad, ¿no?

—Es muy fácil justificarlo todo con la edad —susurró mi madre, con los ojos entrecerrados—. Más que la edad, yo creo que es un principio.

—¿Un principio de qué?

—El principio del fin.

—¿Del fin?

—Exacto. La pequeña Kei desapareció y se convirtió en una persona diferente. Ese es el fin.

—Dicho así, suena muy trascendental —reí. Mi madre también sonrió.

—No es tan fácil hacerse adulto, incluso diría que es imposible. Tú sigues siendo tan imprevisible como antes, Kei —dijo mi madre, sonriendo de nuevo—. Te gustaría tener una relación más estrecha con Momo, ya lo sé —murmuró—. Pero las personas no siempre están dispuestas a confiar en los demás.

Sin saber por qué, tenía la carne de gallina. Observé el rostro de mi madre, que no se había inmutado.

—¿Aunque sea mi hija? ¿Aunque lleve mi sangre y saliera de mi vientre? —le pregunté atropelladamente.

—Ahora eres tú la que se comporta como una criatura —rio mi madre de nuevo—. ¿Ya no te acuerdas? Tú también me tratabas así años atrás.

Me pareció notar un deje de tensión en la voz dulce y amable de mi madre. Ella también había sufrido mucho por mi culpa.

—¿Quieres boquerones? Los he hervido con algas y salsa de soja. No creo que te hagan subir la tensión. Con un poco de té, están muy ricos —dije, esforzándome en recuperar mi rutina diaria. Mi vida estaba en Tokio. Allí tenía una rutina donde refugiarme. En Manazuru, no tenía nada.

—Está bien, los probaré —aceptó mi madre, con voz monótona. Como si estuviéramos formalizando un trámite, tomamos el té juntas, a pequeños sorbos.

Aún no era noche cerrada.

Seiji me esperaba entre la oscuridad, rota únicamente por la luz de algunas farolas.

—¡Seiji! —exclamé, y me abalancé encima de él.

—¿Qué te pasa? —me preguntó, sorprendido.

—Que tenía ganas de verte.

—Esta noche estás muy cariñosa.

—Siempre estoy cariñosa.

—Si tú lo dices...

Mientras hablaba, Seiji me acariciaba el mentón con las puntas de los dedos. Aquella noche, le deseaba con todas mis fuerzas. Mi cuerpo deseaba su piel, su olor, sus movimientos, sus sentimientos, todo lo que él podía ofrecerme.

—Vamos, ya cenaremos luego —propuse. Le cogí la mano y se la estreché con fuerza. Las manos le sudaban, a pesar de que el ambiente era más bien frío y los caquis del jardín ya habían empezado a madurar. «¿Puedo coger uno?», le había preguntado Momo a mi madre. «Todavía no. Además, este árbol a veces da frutos muy amargos. ¿No te acuerdas de aquella vez, hace años, cuando tu amiga Yukino mordió uno y tuvo que escupirlo?», le había advertido mi madre.

Arrimados el uno al otro, entramos en un hotel y reservamos una habitación. Una vez en el ascensor, me abalancé encima de Seiji y empecé a besarle los labios.

—¿Qué te pasa? —se extrañó él, retrocediendo un poco.

El ascensor se detuvo con una sacudida. Las puertas se abrieron deslizándose. La luz que había sobre la puerta de la habitación del fondo del pasillo estaba encendida.

—Es la nuestra, deprisa.

Eché a andar empujando a Seiji por la espalda.

—¿Qué te pasa? —repitió él.

—Quiero hacerlo —repuse, impaciente.

—Está bien, tranquila —susurró él, quitándose el abrigo. A continuación, lo colgó del perchero procurando que los hombros quedaran rectos. Yo me senté encima de la gran cama, con tanto ímpetu que reboté en el colchón.

—Quiero hacerlo. Hagámoslo ya —balbucí. Cada vez que lo decía se me aplacaban un poco las ansias de hacer el amor, así que lo repetí varias veces. Aun así, lo único que conseguí calmar fue el deseo superficial. El deseo profundo, persistente y reprimido no disminuyó ni un ápice.

—No te vayas —le supliqué a Seiji.

—Yo nunca me he ido —me respondió él tranquilamente.

Estaba confundida. No era Seiji el que me había abandonado. ¿Quién era entonces? Hundí la cara en su pecho. Él me acarició el pelo.

—Qué cariñoso.

—Es porque tú quieres que esté cariñoso contigo.

—Pero no seas tierno. Cuando hagamos el amor, no me trates con ternura —le pedí atropelladamente. Seiji me hizo callar con un beso. Me metió la lengua en la boca. Estaba húmeda y olía bien. La chupé con avidez.

Hicimos el amor intensamente, pero no logré saciar el deseo.

Aun así, notaba el cansancio físico. Salimos del hotel cogidos de la mano, con una expresión sosegada.

—¿Quieres que vayamos a comer carne? —propuso Seiji.

—¿Carne? ¿Te refieres a la carne de animales que, cuando estaban vivos, correteaban por las montañas y los prados?

—Hoy nos entendemos bien —rio él.

Entramos en un restaurante. Mientras pedíamos, noté que en mi cuerpo aún quedaban restos de una salvaje violencia. Antes de empezar a comer, me

serví varios vasos de agua que tragué ruidosamente. Cuando el agua empezó a recorrer mi cuerpo, me tranquilicé un poco.

—¿Qué te pasa? —me preguntó Seiji.

—No lo sé —repuse.

—¿Tienes miedo?

—¿Por qué debería tener miedo?

—¿No tienes miedo, entonces?

Sin decir palabra, empecé a comer lo que tenía en el plato. Cada vez que tropezaba con un hueso, lo chupaba y me lavaba los dedos en un cuenco metálico lleno de agua. Luego me secaba las manos con una servilleta de algodón, que quedaba empapada. La punta del pesado cuchillo se hundía en los trozos de carne y los cortaba finamente. Comía en silencio, pero dentro de mí había un bullicio ensordecedor.

—¿Por qué no saboreas la comida?

—Ya lo hago —acerté a responder, a pesar del ruido que llenaba mi mente.

Seiji suspiró y me miró fijamente. Yo bajé la mirada y seguí cortando la carne con el cuchillo y el tenedor. Tenía restos de salsa en las comisuras de la boca. Me limpié con la servilleta y noté cierto calor en la zona que acababa de frotarme.

—No me mires así.

—¿De qué tienes miedo? —repitió Seiji, que ignoró mi petición y siguió mirándome insistentemente.

El sabor de la sangre me inundaba la boca.

—¿De qué tienes miedo, si estás conmigo? —me preguntó con serenidad. El ruido enmudeció de repente, pero reapareció al cabo de unos instantes.

«Lo he recordado todo —le respondí para mis adentros—. Lo he recordado todo. En Manazuru. En la playa, de noche».

Seiji alargó la mano y me limpió con el pulgar un poco de salsa que aún tenía junto a la boca.

Cuando llegué a casa, Momo estaba hojeando el calendario. Ya habíamos arrancado todas las páginas hasta octubre, de modo que solo quedaban dos meses.

—¿Quieres apuntar algo?

—No —repuso ella bruscamente. Luego desvió la mirada, pero se volvió de nuevo hacia mí como si hubiera cambiado de opinión—. ¿Cuántos años

tendría papá si estuviera vivo?

—¿Qué? —exclamé. No sé si me sorprendió más la pregunta «cuántos años tendría» o la hipótesis «si estuviera vivo». Supongo que cuarenta y siete —repuse con naturalidad—. Era dos años mayor que yo.

—Papá nació en otoño, ¿verdad?

Supongo que sí, nació en otoño. Porque noviembre ya es invierno, ¿no? Nunca me había preguntado en qué estación del año había nacido Rei. Momo se preguntaba toda clase de cosas. Nunca había dejado de pensar en su padre, que ya no estaba.

—Yo nací en primavera.

—Sí, tú naciste en primavera. Te he traído un trozo de tarta, ¿quieres un poco? —le ofrecí, para cambiar de tema. Últimamente, casi nunca compartíamos algo dulce porque Momo siempre estaba enfurruñada.

—¡Vale, buena idea! —exclamó, entusiasmada. Saqué dos platos del armario sin decir nada que pudiera emborronar su alegría. Abrí cuidadosamente la caja y dejé al descubierto una tarta muy bien decorada.

Momo cogió la tarta de castañas que había pedido Seiji. «Seguro que a las niñas les gusta esto», dijo con voz suave cuando vio la tarta que le habían traído de postre en el restaurante. A continuación, la apartó y la hizo envolver expresamente para Momo.

—Está muy rica. ¿De dónde es? —me preguntó ella, desmontando la montaña de crema que llevaba la tarta.

—De Ebisu. He tenido que ir por trabajo.

Nunca le había hablado de Seiji. La mayoría de las veces, disimulaba alegando asuntos de trabajo.

—¿Has ido con alguien?

Momo sabía que la evitaba. Estaba dispuesta a averiguar qué se ocultaba tras la palabra *trabajo*, aquel concepto tan ambiguo y equívoco. Lo que aún no sabía era que lo que estaba a punto de descubrir no le gustaría tanto.

—Con un hombre.

—¿Alguien como papá?

—No.

Sería un poco exagerado decir que Momo echaba chispas, pero sí se podría decir que su disgusto centelleaba al acecho.

—¿Qué recuerdas de papá? —le pregunté, ignorando su reacción.

—Yo solo tenía tres años. No recuerdo nada.

Tenía razón. Cuando Rei desapareció, Momo solo tenía tres años. No sabía contra quién proyectar su frustración. Al darme cuenta, me compadecí

de ella. Hacía mucho tiempo que no me compadecía de ella. Sentí lástima de su boca llena de crema, de sus mejillas de firmes contornos, de sus estrechas muñecas que intentaban apartarse los mechones de la nuca...

La escalera crujió. Mi madre estaba bajando.

—¿Quieres un poco de tarta? —le ofrecí alegremente.

El disgusto de Momo volvió a centellear.

—No, gracias —repuso lánguidamente.

Recibí una carta del padre de Rei.

Me he hecho a la idea de que mi hijo está muerto. He escogido un nombre póstumo para el funeral y he encargado una tablilla mortuoria. Lamento no habértelo consultado. No tardaré mucho en encontrarme con él en el otro mundo. Supongo que aún no habrás borrado su nombre del registro civil. Haz lo que te parezca más sensato y cuídate mucho.

Evoqué aquella casa situada en mitad de una cuesta, en una ciudad cercana al mar interior de Seto, donde todas las casas estaban pegadas a las casas vecinas, pared con pared. La ciudad parecía un laberinto de callejones inclinados. De noche, era imposible no notar el olor a comida procedente de las casas colindantes, e incluso se oía el bullicio de la cena de los vecinos.

Rei llevaba trece años desaparecido.

¿Era el momento de que todo el mundo empezara a aceptar su muerte?

—La tablilla mortuoria —leyó mi madre—. ¿Y qué nombre póstumo ha escogido?

—En la carta no lo dice.

Rei y yo paseábamos por aquellos callejones infestados de gatos. A cada paso que dábamos, un gato blanco, negro o atigrado saltaba desde un jardín o una cuneta. «Parecen esos payasos que salen de una caja empujados por un resorte», comenté, y Rei se echó a reír.

Fuimos juntos a visitar a sus padres para anunciarles que nos casábamos. «Ni mis padres ni mi hermana han salido nunca de aquí —me explicó Rei—. Solo conocen este pequeño pueblo junto al mar».

Para comer, me ofrecieron pescado del mar Interior: crudo, asado, hervido... Era mucho más dulce y tierno que el pescado de la región de Kanto. La salsa de soja también era distinta, no tan fuerte y un poco más espesa. Estuve mucho rato sentada sobre los talones, de modo que se me durmieron las piernas y tuve que cambiar de posición.

Dos años más tarde, la hermana pequeña de Rei se casó y se mudó a la ciudad vecina. Para la boda, la novia llevó el traje tradicional japonés con un

tocado blanco. Los ancianos cantaron canciones que parecían interminables. Por entonces, Momo acababa de nacer. La dejé al cuidado de mi madre y asistí a la boda con Rei. No pasó mucho tiempo hasta que Rei desapareció, pero durante ese periodo su hermana dio a luz a su primer hijo, la madre de Rei falleció poco después y, al año siguiente, nació el segundo sobrino de Rei. La verdad es que habían pasado muchas cosas, pero todo ocurrió en un breve intervalo de cuatro o cinco años.

—¿Crees que Rei está muerto?

Mi madre no respondió.

—Tú también tienes algunas canas, hija —dijo, cambiando de tema. La rutina diaria es el mejor remedio para ocultar las cosas que no queremos revelar.

—¿Por qué no escribes una novela? —me propuso Seiji.

—He escrito relatos cortos, pero no me atrevo con las novelas.

Estábamos sentados cara a cara en una cafetería. Pronto haría diez años desde que había publicado mi primer recopilatorio de ensayos, y desde entonces no había vuelto a hablar de mi trabajo con Seiji.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Quieres volver a trabajar conmigo?

Yo creía que más bien lo evitaba. A algunas personas les gusta mezclar las relaciones profesionales con las amorosas, pero a mí no se me da bien. Y creo que a Seiji tampoco.

—No lo pregunto por nada en concreto —dijo él—, solo por...

—¿Por?

—Porque me gusta el estilo de Yanagimoto.

Cuando dijo «me gusta», noté un desagradable pinchazo de dolor.

—¿Y por qué me lo dices ahora?

—Es una idea que alimento desde antaño.

Estuve a punto de pedirle que no me hablara con tanta formalidad, pero Seiji no sabía hablar de otra forma. Reía sin ruido y utilizaba palabras formales. Siempre había sido así durante diez años, invariablemente.

—¿Estás rompiendo conmigo? —dijo, sin poder evitar el tono de mujer confundida. Estaba confundida de verdad.

—Yo no he dicho eso —repuso Seiji, imperturbable.

—No siento nada por Rei. ¡Nada de nada! —exclamé en voz alta.

—¿De veras?

Seiji echó chispas. Igual que Momo. A lo mejor no fueron exactamente chispas, pero sus sentimientos se dispersaron como si me arrojara minúsculos fragmentos afilados.

—El otro día me dijiste que estabas celoso, ¿no?

—No estaba celoso.

—Entonces, ¿qué te pasa? —pregunté.

Los sentimientos de Seiji, lejos de apaciguarse, siguieron centelleando.

—Creo que... no tenemos futuro.

¿Futuro? Volví a sentir un fuerte dolor en la boca del estómago. El mismo que había sentido cuando él había dicho «me gusta».

—¿Salimos de aquí? Hace mucho calor. Demos un paseo mientras tomamos el aire —le supliqué.

Seiji abrió su agenda, cabizbajo. Su firme mentón era muy atractivo.

—¡Seiji! —grité, aferrándome a su brazo—. No te alejes de mí, por favor —le supliqué mientras apoyaba la mejilla en su pecho.

—Yo nunca he querido alejarme de ti —repuso él, haciendo señas para llamar a un taxi. El chirrido de los frenos ahogó el final de su frase—. A la estación de Tokio —le indicó Seiji al taxista.

—A la estación no, ¿por qué no vamos a un sitio calentito? —le susurré al oído.

—¿No tenías calor hace un momento?

Le dirigí una mirada de sorpresa. Él también me miró. Estaba pálido.

«¿Por qué me has dicho eso? Me ha sentado como un bofetón», le dije sin palabras.

«Porque ya no tengo esperanza —me respondió con la mirada—. Nunca olvidarás a tu marido», añadieron sus ojos fijos en mí.

El taxi se detuvo con un brusco frenazo y estuve a punto de caer encima de Seiji. Recuperé el equilibrio precipitadamente. Sus palabras me habían encolerizado. ¿Por qué me había propinado ese bofetón sin previo aviso? Reaccioné ferozmente, como un animal atacado. Sin embargo, la ira pronto se desvaneció sin dejar rastro.

—Seiji —lo llamé—. Seiji, no te vayas.

—Eres muy cruel —murmuró él.

—¿Por qué? —le pregunté temblando. El ataque de cólera me había dejado al límite de mis fuerzas.

—Porque no crees en nada.

El color granate de los ladrillos de la estación de Tokio se apagaba lentamente bajo la menguante luz del día.

—Seiji —lo llamé de nuevo.

Él sacó varias monedas de su cartera, cogió el recibo y bajó del taxi sin perder la calma.

—No —susurré. Seguí con la mirada su silueta mientras se dirigía al edificio de la estación.

—Señora —me dijo el taxista—. ¿Adónde la llevo?

Un camión pasó junto al taxi con un gran rugido, levantando una fría ráfaga de aire que me acarició suavemente la nuca. Seiji se alejaba.

—No... —susurré por última vez.

De repente, me descubrí a mí misma arrancando pétalos.

Había bajado del taxi y cruzado la calle. Un coche azul hizo sonar el claxon. Levanté la cabeza, miré al interior del vehículo y vi que el conductor movía los labios en mi dirección, sin duda profiriendo toda clase de insultos. En cuanto mi mirada se cruzó con la suya, la cólera que le deformaba el rostro se desvaneció y adoptó una mirada inexpresiva.

Podía ver al hombre con una claridad asombrosa. Era capaz de distinguir todos y cada uno de los rasgos que conformaban su expresión. Se aferró al volante con fuerza y aceleró para seguir su camino. Aunque todo había ocurrido en tan solo un instante, se me antojó una eternidad.

Entré en la floristería del otro lado de la calle, cogí unas flores blancas cuyo nombre desconocía y me dirigí a la caja para pagar. Tenían menos pétalos que los crisantemos que vendían en ramos, pero eran más exuberantes que las gerberas. Pagué con un billete de mil yenes y me envolvieron las flores.

También recuerdo que guardé el cambio en el monedero.

Estuve mucho rato sentada en un solitario banco rodeado de rascacielos. Los altos y frondosos árboles que había a mi alrededor proyectaban densas sombras que intensificaban aún más la oscuridad.

El sol ya se había puesto y no había nadie. De día, tal vez las empleadas de las oficinas cercanas se sentaran en ese mismo banco y comieran mientras charlaban animadamente y movían los palillos y los tenedores, pero a aquella hora no quedaba nadie.

Me tranquilizaba ver los pétalos blancos cayendo en mitad de la oscuridad. Yo los arrancaba uno tras otro, y ellos se depositaban lentamente

en el suelo. Como una sola flor contenía multitud de pétalos, mis dedos no podían parar.

A mis pies se iba formando un pequeño montón de pétalos blancos. «¡Pobrecitas flores! —le había dicho una vez a Momo cuando tenía dos años—. Si las arrancas, les haces mucho daño». Con toda su inocencia, Momo cogía las flores amarillas que crecían en el campo y les arrancaba los pétalos.

«Las flores blancas tienen pupa, las flores amarillas tienen pupa», me regañé a mí misma.

Mi propia voz y el tono artificial que utilizaba me resultaron desagradables.

Yo no conocía el sufrimiento de las flores. Nunca lo había experimentado. ¿Cómo podía advertirle a Momo que no les hiciera daño? Sin embargo, ella dejó de arrancar pétalos. «Las flores tienen pupa», repetía sonriendo.

Nos levantamos y salimos del campo. Momo tiró las flores que había cogido. Fingí que no lo había visto y regresamos a casa cogidas de la mano.

Cuando llegué a casa, Momo y mi madre no sospechaban nada.

—Ya estoy aquí —anuncié.

—¡Hola! —me saludaron al unísono.

En cuanto entré en el comedor, tuve una extraña sensación.

Las paredes blancas estaban llenas de fotografías.

—Rei... —dije sin querer.

Un montón de fotografías antiguas estaban clavadas en las paredes con chinchetas.

—Hemos estado haciendo limpieza y hemos encontrado muchas fotografías —me explicó mi madre, sin mirarme directamente a los ojos.

—Las he colgado yo —se apresuró a decir Momo, como si quisiera tapar las palabras de mi madre.

No todo eran fotografías de Rei. También salía yo llevando en brazos a una Momo recién nacida, los sonrientes padres de Rei sentados en la mesa frente a dos copas medio llenas, los dos sobrinos de Rei sonriendo abrazados... Aquella fotografía correspondía a la fiesta de cumpleaños del mayor. Cuando mi cuñada me la envió, Rei ya había desaparecido.

Momo había colgado las fotografías ligeramente superpuestas y algo torcidas, sin duda con fines decorativos.

También había una en la que salía yo junto a mis padres. Recuerdo perfectamente cuándo la sacamos. Fue en mi segundo curso de bachillerato,

durante las vacaciones de primavera. Mi padre, que trabajaba lejos de casa, acababa de llegar y teníamos previsto ir a cenar a Ginza los tres juntos. Cuando ya estábamos arreglados, salimos al jardín y nos sacamos una foto. Era una fría noche de primavera. Mi padre dejó la cámara apoyada en el poste de la entrada y activó el disparador automático. La primera foto no salió bien. Antes de que lo intentara por segunda vez, mi madre lo detuvo. «Una fotografía con tres personas es un mal augurio. Kei, trae un muñeco o algo parecido. Esa figurita de cristal que hay en el recibidor, por ejemplo. Escóndetela en la mano, si quieres, pero por lo menos estará en la fotografía».

Entré en casa corriendo y cogí la figurita del recibidor. Noté el frío del cristal en la palma de la mano. Cuando revelamos aquella fotografía, en la que éramos tres pero había una cuarta presencia invisible, sentí una ligera inquietud. Éramos tres y cuatro a la vez. Pero solo éramos tres.

Había decenas de fotografías antiguas colgadas en las paredes.

—Así que las habéis encontrado —dije al fin. Momo me miraba fijamente.

—Encontrarlas ha sido como descubrir la verdad.

Momo acentuó deliberadamente la palabra *verdad*.

—Es que son fotografías de verdad —repuse. Mi hija ladeó la cabeza, desconfiada.

—Pero yo no recuerdo si todo eso fue real o no.

Mi madre soltó una estridente carcajada.

En las fotografías, los ojos de Rei miraban fijamente algo que ya no recuerdo.

Me pregunté si Seiji aceptaría verme.

Me sorprendió haber utilizado la palabra *aceptar*. ¿Acaso nuestra relación se había convertido en algo que se podía aceptar o rechazar?

Meneé la cabeza, negándome a admitirlo.

Cuando logré sobreponerme, llamé a Seiji. Hace años, le había dicho que odiaba los teléfonos. No me gustaban porque, cuando hablábamos por teléfono, no podía ver en qué estado se encontraba. «Estoy bien, tú tranquila», me había respondido él.

Me hizo gracia aquella forma de decirlo. La verdad es que Seiji siempre parecía estar bien. Tranquilo, sereno, equilibrado.

—Hola —dije.

—Ahora no puedo hablar —me respondió él con aspereza. Aun así, intenté atacar de nuevo:

—Es que...

—De verdad, es un mal momento.

Era imposible saber cómo estaba. Agucé el oído para intentar captar el ruido de fondo, pero no percibí nada. Era imposible saber si estaba en un pasillo o en una sala. Como había podido responder al teléfono, deduje que no estaba en ninguna reunión, a menos que se hubiera ausentado un momento. Aun así, si no tenía ganas de hablar conmigo y pretendía colgar pronto, no tendría por qué haber interrumpido ninguna reunión.

«Odio los teléfonos», pensé de nuevo.

—Vale, pues llámame cuando estés libre —le pedí. Él vaciló un momento, como si estuviera a punto de decirme:

«No vuelvas a llamarme, por favor».

No lograba entender el cambio de actitud que había visto en él. Tampoco entendía las palabras que me había dicho el último día: «No crees en nada». No era cierto. Si no creyera en nada, no hubiera tenido una hija. Si no creyera en nada, no habría mantenido una relación tan larga con Seiji. Si no creyera en nada, no podría seguir respirando para sobrevivir.

Al mismo tiempo, en mi fuero interno sabía que *Seiji* tenía razón, por lo menos lo intuía vagamente.

No creía en nada.

¿Fue entonces cuando dejé de creer? ¿Fue cuando Rei desapareció de mi vida?

Seiji colgó el teléfono con determinación, pero sin alterarse en absoluto.

«Su vida sigue igual sin mí», pensé. Las lágrimas empezaron a resbalar por mis mejillas.

«Estúpida», me espetó la mujer.

Llevaba mucho tiempo sin seguirme.

«Ahora no quiero saber nada de Rei», le respondí. Ella se echó a reír.

«Los vivos estáis muy ajetreados», comentó, sin dejar de reír.

La verdad es que siempre había vivido en un ajetreo constante. Las mañanas se convertían en tardes, y las noches, en mañanas. Los sombreros del año anterior ya no se llevaban al año siguiente.

«Mi relación con Momo también ha cambiado», le dije sin querer, aunque no esperaba ni una pizca de indulgencia por su parte.

«Tratándose de tu propia hija, es natural».

No contaba con una respuesta tan comprensiva.

«Los observas en silencio y contemplas con orgullo y alegría los cambios que experimentan hasta que, un día, abandonan el nido».

Visualicé el rostro de Momo. Su perfil era suave, pero revelaba una firme voluntad.

Ayer, mi corazón lloraba por Rei; hoy anhela a Seiji. Ayer, llevaba a Momo en brazos; hoy observo con estupor cómo se aleja de mí.

«La verdad es que soy una estúpida que siempre va con prisas».

«Sí, así es. Se llama Seiji, ¿verdad? Desde mi punto de vista, él también parece un estúpido. ¿Qué necesidad tenía de rechazarte con tanta dureza?», se preguntó la mujer.

Noté el ya familiar pinchazo en la boca del estómago. La palabra *rechazar* me había atravesado como una lanza.

«Entonces, ¿no hay nada que no cambie?», le pregunté. Ella meneó la cabeza ambiguamente. No pude distinguir si estaba asintiendo, negando o si su gesto significaba algo completamente distinto.

«¿Por qué no lo tiras todo al mar? —dijo al cabo de un rato—. Es muy reconfortante. Trata de arrojarlo muy lejos».

Recordé a la mujer que había arrojado a las mellizas al agua. El mar rugía embravecido. Abrazó cariñosamente a sus dos hijas y las arrojó con los brazos extendidos, sin vacilar ni un instante, una tras otra. Los bebés no tardaron en desaparecer engullidos por las olas.

Durante los dos meses siguientes, no recibí noticias de Seiji.

Empezó el nuevo año.

—Ya soy un año más vieja —dijo mi madre—. El año que viene, cumpliré los setenta.

—¿Por qué siempre añades dos años a tu edad? —le preguntó Momo, intrigada.

—Según el antiguo calendario, cada vez que empieza un nuevo año es como si cumplieras un año más —le explicó mi madre.

—No lo entiendo —rio Momo—. ¿Por qué la gente de tu época os empeñáis en cumplir años?

—¡Oye! ¿Insinúas que estoy anticuada? —le replicó mi madre, riendo a su turno—. Los de *mi época* creemos que la longevidad es un buen augurio. Quizá por eso contamos los años de dos en dos —prosiguió.

—Ya —asintió Momo, aunque no parecía demasiado convencida.

Yo también me eché a reír, aunque mis pensamientos estaban centrados en Seiji y aquella conversación me parecía absurda.

Serví la comida de Año Nuevo, que habíamos preparado entre mi madre y yo, y preparé la tradicional sopa *zoni* con pasta de arroz y verduras.

—¿Por qué en casa nunca comemos besugo ni gambas para Año Nuevo? —preguntó Momo, visiblemente disgustada.

—El besugo y las gambas son muy aparentes pero no saben a nada —repuso mi madre.

—Pues en la comida de Año Nuevo que venden por ahí siempre hay gambas y algún que otro besugo.

Recordé la sopa *zoni* que preparaban en el pueblo de Rei. El primer día de Año Nuevo que pasamos juntos después de casarnos, preparé la comida al estilo de su pueblo. Al día siguiente, cociné el caldo claro típico de Tokio que me había enseñado a preparar mi madre, que llevaba espinacas, pollo y perejil, y también hice *mochi* tostado.

La sopa tradicional del pueblo de Rei llevaba bolitas de *mochi* crudo y algas, y parecía más bien una sopa de miso un poco más oscura. El nabo y la zanahoria tenían un color vivo. Además, disfruté mucho probando nuevos sabores.

«Me gusta el ambiente de Año Nuevo», dijo Rei, tumbado en el tatami. Había bebido sake y el tradicional aguardiente picante de Año Nuevo, y tenía las mejillas sonrosadas. «El alcohol te ha subido a la cabeza», comenté, pero él ya estaba roncando.

Seiji también debía de estar comiendo con su familia.

Al pensar en él, el estómago se me encogió de nuevo. Nunca me había sentido celosa de su esposa y de sus hijos, porque el concepto de *familia* se había vuelto desconocido para mí. Había nacido en una familia que ya estaba formada, y la que había intentado formar yo misma se había desmoronado en un abrir y cerrar de ojos. Por eso nunca había experimentado la sensación de tener una familia.

Ahora sí que estaba celosa. No de que Seiji tuviera una familia a su alrededor, sino de que su mujer y sus hijos tuvieran derecho a estar a su lado.

En el lugar que ocupaba la comida que íbamos cogiendo quedaban espacios vacíos que dejaban al descubierto la superficie brillante de las bandejas. Fui a rellenarlas con más comida, hasta olvidar los espacios vacíos.

Tuve una sensación desagradable, y noté un nuevo pinchazo en el estómago.

«Está aquí, pero es como si no estuviera».

Abrí el ordenador portátil y tecleé los caracteres.

Seiji me había pedido que escribiera una novela. Ya habíamos quitado las ramas de pino que adornan los portales a principios de año, y seguía sin noticias suyas. Recordaba vagamente uno de los relatos breves que había escrito años atrás, en el que había una escena donde una mujer plantaba unos bulbos de azafrán en un rincón del jardín, pero abandonaba la casa antes de que germinaran y florecieran.

Para escribir sobre la mujer que abandonaba su casa, me basé en la desaparición de mi propio marido. A pesar de que era un relato inspirado en Rei, no me había dado cuenta de que la mujer que lo protagonizaba hacía exactamente lo mismo que había hecho él.

«No ha podido encontrar la felicidad», me dijo Seiji después de haber leído el relato. Como no había sido un proyecto conjunto, me dio su opinión cuando el relato ya estaba publicado. Ni siquiera le había dicho que lo había escrito. Aun así, lo encontró y lo leyó a mis espaldas.

«¿A quién te refieres?», le pregunté, sin comprender lo que quería decir. «A la mujer que sale en tu relato». En ningún momento explicaba qué había sido de la mujer una vez abandonaba su casa. En cambio, describí con entusiasmo la escena en la que su marido observaba con estupor las flores amarillas del azafrán.

«Tu relato no transmite una sensación de felicidad». «¿Cómo quieres que una mujer que acaba de abandonar su hogar pueda ser feliz?», debí de responderle en ese momento. Recuerdo que Seiji rio discretamente y, acto seguido, su semblante adoptó una expresión de tristeza.

«No está, pero sigue conmigo».

Cambié la frase que había escrito y me dispuse a continuar en la segunda línea.

Nunca podría escribir una novela. El mundo real absorbía todos mis sentidos y no dejaba espacio para que un mundo ficticio se desarrollara en mi imaginación. Rei no estaba, pero seguía conmigo. Seiji sí estaba, pero era como si no estuviera. Estaba nerviosa. Nerviosa y muy triste. Lo único que quería era estar con él.

Me sorprendió a mí misma constatar lo mucho que dependía de Seiji, aunque tal vez dependiera de él porque sabía que estaba ahí. Si no estuviera, mi apego no tendría dueño.

Recordé las palabras de la mujer: «¿Por qué no lo tiras todo al mar?».

¿Por qué no?

Oí la voz de Seiji.

Sin embargo, no había hablado con él por teléfono. Tuve una reunión de trabajo en una editorial que no era la suya. Cuando subí al ascensor una vez terminada la reunión, oí la voz de Seiji.

—Habrás que celebrarlo —dijo la voz.

Levanté la vista y vi a un hombre atractivo con una bonita piel. No se parecía a Seiji en absoluto.

—¿A qué se refiere?

Mientras el ascensor se dirigía a la planta baja, las demás personas fueron bajando en otros pisos y me quedé a solas con aquel hombre. No podía quitarle los ojos de encima.

—Su voz... —murmuré.

—¿Qué le pasa a mi voz? —preguntó él, con una intensa mirada.

—Se parece mucho a la de un hombre que conozco.

—¿Qué clase de hombre?

—Un hombre cuya voz me gustaría oír, pero no puedo.

No pretendía decirle la verdad, pero lo hice sin darme cuenta. Lo que me había hecho confesar no era la voz del desconocido, tan parecida a la de Seiji, sino su aspecto.

—Yo puedo hacer que la oiga —dijo el hombre mientras me rodeaba la cintura con el brazo. Era un movimiento un poco forzado, pero él hizo que pareciera natural. Fuimos a un hotel.

Sudaba a mares.

Llevaba mucho tiempo sin hacer el amor con nadie que no fuera Seiji, y temí que no pudiera.

Pero pude. Y con una facilidad asombrosa.

Seiji y Rei también lo consiguieron fácilmente. No les costó nada alejarse de mí. No les resultó difícil ir a un lugar donde yo no podía verlos.

—Eres buena —me dijo el hombre.

—Es que me apetecía mucho —le respondí.

—Me gustaría volver a hacerlo contigo.

—Como quieras, pero no creo que sea mejor que hoy —le advertí con franqueza.

—No importa, es lo que suele pasar. Pero muchas veces la gente se equivoca acerca de sus sentimientos, y nadie sabe lo que es real —dijo el

desconocido, con una grave expresión.

«Yo no recuerdo si todo eso fue real», había dicho Momo. Las palabras del desconocido no tenían exactamente el mismo significado, pero tuve la sensación de que, si las analizaba a fondo, descubriría que eran iguales.

—Hasta la próxima —le dije con una sonrisa, pensando que no volveríamos a vernos nunca más.

A pesar de que me había duchado, percibía el olor a sudor que desprendían mis axilas.

Di unos pasos con la pierna derecha desnuda y la izquierda enfundada en el pijama.

Tenía la intención de hacer la colada mientras tomaba un baño matinal. Últimamente, mi vida cotidiana absorbía toda mi atención y me ayudaba a no pensar en Seiji, de modo que apenas salía a la calle. En casa reinaba una atmósfera húmeda y cálida. Allí podía olvidarme de todo.

Mi teléfono móvil sonó con una alegre melodía. Un poco desconcertada ante aquella llamada intempestiva, cogí el teléfono arrastrando el pijama con la pierna izquierda.

Era Seiji.

—Ah, buenos días —dije alegremente.

«Es que aún llevo el pijama en la pierna izquierda», pensé decirle como excusa, pero no me atreví.

—Hace mucho que no sé nada de ti. ¿Cómo estás? —me preguntó con su habitual tono medio formal, medio informal.

—¿Va todo bien? ¿Ha pasado algo? —le pregunté, preocupada, consciente de que Seiji no era de los que pasan página y hacen como si nada hubiera pasado. Mi preocupación por él se antepuso a la angustia y a la inquietud de aquella larguísima espera.

—No, todo va bien.

De repente, todos los poros de mi cuerpo empezaron a rezumar como si estuviera sudando.

—Me alegro de oír tu voz —dije impulsivamente. Él guardó silencio, ignorando mi acometida.

—¿Qué hay de la novela?

—¿Qué hay de la novela? —repetí como un loro. A pesar de aquel largo silencio, su llamada me había hecho increíblemente feliz.

—¿Estás escribiendo?

—Sí, un poco.

En realidad, solo había escrito dos líneas. Seiji había renunciado a mí. Lo supe al oír su voz. Aun así, me hacía feliz poder escucharla directamente en mi oído.

«Adiós», pensé mientras terminaba de quitarme el pantalón del pijama. Lo metí en la lavadora y la puse en marcha. Calculé la cantidad de detergente que necesitaría y lo introduje en el tambor, que ya había empezado a girar. Con la punta del dedo, me acaricié la ingle desnuda. La piel era lisa y suave. «Me gustaría que leyeras la novela cuando termine», le había dicho a Seiji antes de colgar el teléfono. ¿Por qué motivo me habría llamado? ¿Y por qué a primera hora de la mañana?

El tambor de la lavadora giraba formando un remolino. En invierno, el agua estaba tan fría que aún quedaban restos blancos de detergente que no se habían disuelto. El remolino escupía salpicaduras de agua.

Con la mano apoyada en la puerta del cuarto de baño, evoqué los tiernos labios de Seiji, que parecían ardientes pétalos al rozar los míos. «Seiji», susurré. Pero no obtuve respuesta. No había nadie. Todos se habían alejado de mí, todos se habían ido.

Era como si una misteriosa fuerza me arrastrase.

No actuaba por voluntad propia, sino por instinto.

—¿Vuelves a Manazuru? —me preguntó mi madre cuando estaba a punto de irme.

Recuerdo que Momo se puso los zapatos en el recibidor y se despidió de mi madre. Terminé de comer los huevos con beicon que me quedaban en el plato, llevándome los palillos a la boca a toda prisa. También recuerdo que, cada vez que tragaba, notaba una sensación de asfixia en la garganta, como si me atragantara. Sin embargo, no recuerdo si fui yo quien preparó el desayuno o fue mi madre. Tampoco recuerdo haber llevado el plato a la cocina ni haberlo fregado con agua caliente y jabón. Entré en mi habitación, saqué un jersey grueso del armario y me puse el abrigo y la bufanda. Metí el monedero y una muda de recambio en una pequeña bolsa de mano, esquivé las zapatillas marrones que Momo había dejado tiradas en el suelo y alargué la mano hacia la puerta de entrada. Justo entonces, mi madre me preguntó si volvía a Manazuru.

—Sí.

—¿Se puede saber qué hay en Manazuru? —insistió ella, algo angustiada. Desvié la vista.

Hace tiempo, cuando mi padre aún vivía, soñé que mi madre hacía el amor. Solo vi su silueta de espaldas, su suave piel envuelta en la semipenumbra de la habitación. Aunque su cara no se distinguía con claridad, supe perfectamente que era mi madre. No sabía si el hombre que estaba con ella era mi padre o no, pero no era relevante. Mi sueño se centraba en mi madre haciendo el amor.

Primero tuve miedo, luego me tranquilicé. Preferiría no haber visto aquella escena, pero la había visto, aunque solo fuera en sueños, y sentí un inmenso alivio al pensar que, en adelante, ya no tendría que estar en guardia para cerrarle el paso.

En el sueño, la espalda de mi madre transmitía la misma angustia que la expresión de su cara ese día.

—No hay nada, pero voy a ir —le respondí, con una voz que incluso a mí me sonó extraña, como si fuera de otra persona. Sin embargo, era la mía. Sin añadir nada más, salí de casa.

El tren que me llevó a la estación de Tokio estaba abarrotado.

Con el cuerpo medio inclinado, sin poder moverme, el tren me transportaba de estación en estación. Eché un vistazo a mi alrededor. Los pasajeros formábamos una armoniosa mezcla con el vagón, como las ramas de un árbol, la hiedra que se enreda en él o el muérdago que trepa por el tronco.

Cada vez que se detenía, el tren escupía un puñado de gente y engullía otro puñado como una exhalación. A pesar de la sensación de asfixia, logré abstraerme un rato. Al no encontrar nada en mi interior, mi mente se evadió al exterior. Cuando vas al trabajo, tienes cosas que hacer o has quedado con alguien, los quehaceres te invaden como pequeñas larvas de insecto que no te permiten evadirte.

Una vez en la estación de Tokio, hice trasbordo y cogí el tren de media distancia. Me senté junto a la ventana que daba al mar. Aún no podía verlo, pero olía a agua.

—Parece que va a llover —dijo la mujer que ocupaba el asiento de enfrente, dirigiéndose a su acompañante.

Miré a través de la ventana. El cielo tenía un color pálido. No era gris ni azul, sino un color diluido, como el líquido prácticamente incoloro que sale de los tubos de acuarelas recién estrenados, rojo muy pálido si la acuarela es roja o negro muy pálido si es negra; una sustancia aguada que acompaña a la pasta pegajosa y viscosa cuando sale del tubo y forma una aureola a su alrededor.

Quizá aquel olor a agua no pertenecía al mar, sino a la lluvia. Empezó a llover más allá de Fujisawa. Cerca de Ninomiya, el mar aparecía y desaparecía intermitentemente tras el paisaje, y la lluvia repiqueteaba en su superficie como agujas clavándose en el agua.

Recordé la cara de angustia de mi madre al despedirse de mí.

Luego pensé en Seiji.

La primera vez que había ido a Manazuru también faltaba poco para la primavera, como entonces. Los milanos volaban en el cielo, que se extendía

más allá de donde alcanzaba la vista.

—Tendremos que comprar un paraguas —dijo la mujer.

—Tranquila, ya cogeremos un taxi —le respondió el hombre que viajaba con ella.

Tenían las manos entrelazadas, y las puntas de sus dedos resaltaban con una nitidez casi molesta. Las uñas rojas y el pequeño lunar en el dedo meñique de la mujer, el padraastro que tenía el hombre en el dedo anular o la protuberancia que le deformaba la falange, todos los detalles destacaban con una nitidez pasmosa, como examinados a través de un microscopio.

—No te mueras —le imploró ella.

¿Lo habría entendido mal? Evité la tentación de aguzar el oído.

El hombre no respondió.

—No te mueras, ¿vale? —insistió ella.

Lo había entendido bien. Sin embargo, el tono de la mujer no era apremiante, sino más bien lánguido.

Pronto llegamos a Manazuru. Los largos y delgados dedos de la mujer jugueteaban nerviosamente con los del hombre.

Estaba lloviendo a cántaros.

Me compré un paraguas transparente en el quiosco de la estación y salí al resbaladizo pavimento de la calle. El autobús que se dirigía a la playa tardaría una hora en llegar, así que decidí ir andando, sujetando firmemente la bolsa bajo el brazo.

Mis pies salpicaban al andar. «Ya estoy aquí», dije para avisar a la mujer que siempre me seguía en Manazuru.

No obtuve respuesta.

Cuando ya llevaba unos veinte minutos andando, empecé a tener frío. Levanté la vista para echar un vistazo al cielo a través del paraguas transparente, pero el plástico estaba cubierto de agua y no pude ver nada. Los bajos empapados de mi abrigo se me pegaban a las piernas.

Cuando el camino empezó a descender, aparecieron las primeras tiendas. Había un restaurante de fideos con un banderín en la puerta. Era la hora de comer, y estaba a rebosar. Pedí unos fideos *udon* con pollo frito y tempura de langostino.

Tomé el caldo con la cuchara, quemándome la lengua. Mientras comía sin prisa, los demás clientes fueron saliendo del restaurante.

—Por aquí había una pensión llamada Suna, ¿verdad? —le pregunté a la joven camarera.

—¿Se refiere a la pensión del puerto, junto a la playa?

Vi la sombra de la mujer.

Cogí los últimos restos de caldo con la cuchara y me lo tomé. La sombra estaba agazapada a mi lado.

«Siempre apareces cuando estoy comiendo», susurré. La sombra se oscureció un poco.

Cuando salí del restaurante, había dejado de llover. Sin embargo, el cielo estaba más oscuro que antes. Seguí bajando hacia el mar por las calles grises.

Las olas eran muy altas.

Intenté pensar en Seiji, pero no lo conseguí. Oí la voz de la mujer diciéndome:

«Cuando estés en Manazuru, tienes que formar parte de Manazuru».

Sin que me diera cuenta, la sombra se había convertido en una silueta definida. Tenía el pelo más largo, era más atractiva que antes y su voz era más clara.

«¿Ya tienes alojamiento?», me preguntó.

«Todavía no sé si me quedaré a dormir».

«Si no te quedas, a lo mejor no podrás volver».

«¿Qué quieres decir?», le pregunté, pero ella no me respondió.

Bajamos juntas hacia el mar.

«Parecemos amigas», comenté. Ella esbozó una sonrisa. Me tendió la mano y se la estreché firmemente.

«Es la primera vez que puedo tocarte con tanta franqueza», dijo en voz baja.

Nos sentamos en unas rocas húmedas y contemplamos el mar. Un largo puente cruzaba la bahía de punta a punta. La mujer y yo seguíamos con las manos entrelazadas. La suya era cálida, como si estuviera viva.

«¿Por qué?», le pregunté. Ella meneó la cabeza.

«No lo sé. Quizá porque ahora estoy más cerca de ti», repuso.

¿Por eso me sentía tan atraída por Manazuru? ¿Porque estaba cada vez más unida a aquella mujer?

«Quiero ver a Rei», le supliqué.

«¿De veras?».

«Sí».

«¿Y si no puedes volver?».

«Pues no volveré».

«¿Y tu hija?».

«Ella también se ha alejado de mí».

«¿Estás segura? —dudó la mujer, arrugando la frente—. No es tan fácil, ¿sabes?».

«Me da igual lo difícil que sea», dije, apretando los dientes.

Estreché con fuerza la mano de la mujer, que se desvaneció entre la mía. En el lugar que ocupaba no quedó nada. Ella también había desaparecido.

«¡No te vayas!», grité.

Las olas eran muy altas. Dos camiones negros cruzaron el puente rugiendo. La mujer no regresó.

¿Era un lugar desprovisto de vida?

Llevaba un buen rato caminando y ya lo había recorrido todo: desde la playa había subido a la cima de la pequeña colina y había rezado en el santuario medio en ruinas de la diosa de la fortuna. Dentro de la pequeña y oscura capilla, me pareció distinguir las siluetas de varias estatuas. Aunque el estado de conservación del santuario dejaba mucho que desear, me sentía cómoda rodeada de divinidades en mitad de la naturaleza, como si estuviera en un lugar conocido.

Permanecí un rato de rodillas, deseando que apareciera algún rostro conocido, pero no pasó nada.

Empecé a tener frío y reanudé la marcha. Bajé las escaleras y recorrí toda la población contemplando los árboles de las casas, pulcramente recortados. Todas las ventanas estaban cerradas a cal y canto. No había nadie. Subí las escaleras que conducían al templo de Chigo, paso a paso, pisando firmemente cada peldaño. Tanto el santuario como los jardines de su alrededor estaban desiertos.

Di media vuelta y seguí un sendero que empezaba a mitad de las escaleras. Era un estrecho camino bordeado de casitas. Todas las puertas estaban cerradas. Había algunos árboles cargados de pequeñas mandarinas que los pájaros bajaban a picotear. Sus cantos ensordecedores eran lo único que se oía.

Estaba cansada de subir y bajar. Vi un colegio de primaria. Agucé el oído para tratar de captar las voces de los niños, pero allí tampoco había nadie. El viento rizaba la superficie de los charcos de agua del patio. Sonó un timbre. Esperé a que alguien saliera del edificio, pero no apareció nadie. Las aulas estaban sumidas en la oscuridad.

«Por favor —supliqué, sin dirigirme a nadie en concreto—. Por favor», repetí.

Aceleré el paso, pasé junto a un *dosojin*, un guardián esculpido en la roca, y salí frente al parque de bomberos. Los camiones rojos estaban aparcados en fila, inmóviles. Allí tampoco había nadie trabajando. Decidí abandonar el camino y bajé hasta la carretera.

Caminé un buen rato, pero no pasó ni un coche. El autobús tampoco circulaba. Consulté el horario colgado en la parada. El siguiente autobús pasaría al cabo de diez minutos. Cerca de allí era donde el barco había zozobrado en verano, durante el festival. Eché un vistazo a mi alrededor en busca de una cafetería donde resguardarme del frío, pero estaban todas cerradas.

Me senté en el banco de la parada y se me ocurrió comprar bebida en la máquina expendedora. Contrariamente a mi costumbre, elegí una lata de café azucarado. Regresé al banco y esperé rodeando la lata con ambas manos. El café caliente se enfrió enseguida.

Tiré de la anilla metálica para abrir la lata y bebí. Consulté de nuevo el panel del horario antes de echar un vistazo al reloj. El autobús llegaría en diez minutos. Apuré la lata de café y volví a consultar la hora. Diez minutos.

Un milano solitario volaba a ras de la superficie del mar, describiendo pequeños círculos.

El autobús llegaría en diez minutos.

Lo había comprobado varias veces.

¿Dónde me había metido?

Soplaba una ligera brisa. Unas cuantas gaviotas descansaban en el tejado de la casita donde se vendían los billetes para los barcos de recreo que navegaban alrededor de la península de Manazuru. El tejado medio derrumbado estaba cubierto de hierba. Las gaviotas graznaban.

El mercado de pescado y los establecimientos contiguos, un restaurante de fideos y un bar, estaban abandonados y medio en ruinas, igual que la cantera que había al lado de la montaña. El asfalto estaba lleno de grietas, a través de las cuales también asomaban hierbajos de tallo estrecho.

Bajo el banco de la parada del autobús había una nube de mosquitos. A pesar del frío, los insectos formaban un poblado enjambre que volaba rápidamente en círculos.

«Vuelve», dijo la voz de la mujer. Sin embargo, no supe de dónde procedía.

El autobús llegaría en diez minutos. Me daba miedo alejarme del banco, y apenas me atrevía a moverme. El recuerdo de Rei me perseguía como un zumbido en los oídos. Yo lo amaba. En realidad, aún no conozco el verdadero significado de la palabra *amor*. Quizá solo decidí que lo que sentía por Rei era amor. De todos modos, el amor no servía para nada. No en un lugar como ese. Aun así, pensé que amaba a Rei.

Seguí amándolo incluso después de que me abandonara. No pude dejar de quererle. Es difícil amar a alguien que no está. Cuando no tiene destinatario, el amor se recluye en sí mismo como una bolsa vuelta al revés.

¿El amor al revés sería lo contrario al amor?

No.

Lo contrario al amor es el odio. O tal vez el amor y el odio sean sinónimos. Sea como fuere, no conseguí sacar nada en claro. Me encontraba ante un sentimiento brumoso, confuso, vago y heterogéneo.

El autobús llegaría en diez minutos.

Hacía frío. El milano seguía volando en el mismo lugar.

Rei y yo paseábamos por un prado en primavera.

Llevaba a Momo en brazos y caminaba entre forsitias amarillas y arbustos con pequeñas flores blancas.

«Ahí hay un columpio», dijo Rei.

Dejé a Momo con Rei y empecé a columpiarme. Cuando llegaba al punto más alto, miraba hacia abajo y veía a Rei con Momo. Cada vez que el columpio subía hacia delante o hacia atrás, Momo se echaba a reír.

Dejé de impulsarme con las piernas y el columpio pronto empezó a perder velocidad. Parecía a punto de detenerse, pero nunca frenaba del todo. Seguía balanceándose sin parar.

Rei dejó a Momo en el suelo y se puso detrás de mí para empujarme por la espalda. El columpio empezó a balancearse de nuevo. Momo intentaba levantarse. Aún no había empezado a andar sola. Se puso en pie y consiguió mantenerse erguida unos instantes, pero enseguida cayó al suelo. Se quedó sentada con las piernas estiradas, dando palmas de alegría.

Detrás de mí, Rei me empujaba cada vez que el columpio retrocedía.

«Para», le decía yo, pero él se limitaba a reír con vigorosas carcajadas.

Si cerraba los ojos, el balanceo me parecía mucho más fuerte. Solo me levantaba un par de metros del suelo, pero tenía la sensación de que subía hasta el cielo y volvía a bajar a la tierra.

«Si soltara las cadenas ahora, ¿adónde iría a parar?». La pregunta surgió de un recóndito lugar de mi mente, en lo más profundo de mis ojos cerrados.

Cada vez que las manos de Rei me empujaban por la espalda, mi cuerpo regresaba a la tierra, pero una parte de mí subía hasta el cielo para no regresar jamás, una parte que no era el cuerpo ni el alma, sino algo mucho más vago e impreciso.

Abrí los ojos y vi que seguía en el campo. Rei y Momo me observaban con idéntica mirada.

Arrastrando los pies por el suelo, conseguí detener el columpio. Momo volvió a dar palmas.

Rei la hizo volar por los aires y ella lo celebró con estridentes carcajadas.

El mismo prado, en otoño.

La estación del teleférico se encontraba al final del prado.

Las cabinas cuadradas se deslizaban sobre la ladera de la montaña, a lo largo del cable tendido a media altura, como pequeños escarabajos.

«¿Subimos?», propuso Rei.

Aunque no me apetecía mucho, acabamos subiendo al teleférico.

Todos los pasajeros, salvo nosotros dos, bajaron en una estación situada a medio camino. Rei y yo nos quedamos solos en la cabina. La única voz que se oía era la que sonaba por el altavoz.

El teleférico se detuvo en la siguiente estación. La megafonía se interrumpió súbitamente. Parecía una avería, pero Rei seguía mirando por la ventana sin alterarse en absoluto.

«Podríamos bajar y desenganchar la cabina del cable», dijo, como si acabara de tener una idea brillante.

«Es imposible», dije yo, convencida de que estaba soñando. Si solo era un sueño, ¿por qué no probarlo?

Bajamos en la estación, que estaba a la intemperie, y pulsamos el botón de emergencia. La cabina cayó lentamente al suelo. Se estrelló contra la pronunciada pendiente y se hizo añicos.

«Rei, tengo miedo. ¿Qué estamos haciendo aquí?», le pregunté.

«Es normal, son cosas que pasan en la vida», repuso él.

De vez en cuando, soplaban fuertes ráfagas de viento. Tuve miedo de que me arrastraran. A pesar de que solo era un sueño, notaba el frío del viento y su fuerza como si fueran reales.

El prado otoñal se extendía a nuestros pies. Rodeé la cintura de mi marido con el brazo. El día anterior, mientras colgaba en el perchero el traje de Rei, que acababa de volver del trabajo, vi en el fondo de mis pupilas el brillo metálico de los tornillos que habían saltado de la cabina al estrellarse contra el suelo.

«Bien pensado, son cosas que suelen pasar en la vida».

«Sí, pasan normalmente».

Rei y yo hablábamos y el viento otoñal nos enmarañaba el pelo. Mientras pensaba qué iba a preparar aquella noche para cenar, esperaba impaciente a que subiera la próxima cabina.

El mismo prado, ni en primavera ni en otoño, sino a finales de verano.

Yo estaba enfadada con Rei por lo de la mujer del lunar en la nuca.

Él no decía nada, ni siquiera intentaba justificarse. Me estremecí y lo miré. Él tenía la vista fija al frente y el rostro inexpresivo.

Mi Rei, el hombre que había dentro de Rei, se encontraba recluido en su interior. Lo que yo veía no era más que una carcasa.

Le propiné un bofetón.

Él empalideció, pero permaneció en silencio.

«Ella no tiene la culpa», dijo de repente.

«¿Es que ya no me amas?», le pregunté.

«¿Que si te amo? —susurró misteriosamente—. No estoy acostumbrado a usar estas palabras».

Me estremecí de nuevo. Tuve la sensación de que todas las palabras que habíamos intercambiado adoptaban un significado completamente nuevo.

Lo abracé con fuerza. Él no me rechazó, pero percibí sus reticencias. Creía que éramos una familia, que ya no había fronteras entre nuestros cuerpos; que Momo, Rei y yo éramos tres partes de un mismo todo.

En aquel prado, a finales de verano, Rei me rechazó. Aun así, yo seguí abrazada a él. Acerqué los labios a su oreja y le susurré al oído: «No te vayas».

Él me abrazó con desgana. Aunque estuviera a mi lado, tenía la sensación de que se alejaba inevitablemente. A pesar de que me abrazaba, o precisamente debido a ello, me sentí muy triste.

«¡No dejaré que te vayas!», grité. Él me estrechó nuevamente entre sus brazos, como se abraza a un niño para tranquilizarlo.

Por un instante, perdí la cabeza. «Si tuviera un cuchillo —pensé—, se lo clavaría una y otra vez».

Con el cuerpo empapado en su sangre, no pararía de apuñalarlo hasta que la última gota lo abandonara; abrazaría con todas mis fuerzas el cuerpo inerte de Rei y hundiría el rostro en su pecho.

Rei me miró sin decir nada.

Me sentía incapaz de llorar. Mientras me miraba, mi cuerpo lo deseó ardientemente. «Nunca debí amarlo —pensé—. ¡Cuánto me arrepiento!».

La mirada de Rei me hacía daño. Sin embargo, me sentía feliz. A pesar de toda mi tristeza, a pesar de toda mi soledad, me sentía feliz.

«Rei», lo llamé.

«Kei», me llamó él.

En aquel prado, a finales de verano, había una densa nube de mosquitos.

El autobús llegaría en diez minutos. Muerta de frío, seguí sentada en aquel banco de cara al mar, en Manazuru, sobre una nube de mosquitos.

Una gran sombra se proyectó en el suelo.

Levanté la vista y vi un pájaro cruzando el cielo. Oí el aleteo de sus blancas alas cortando el viento.

«Una garza», dije en voz alta. Mi cuerpo entumecido, que parecía pegado al banco, se relajó un poco.

La garza desapareció de mi vista tras las colinas. Consulté el reloj. Ambas manecillas se habían detenido a diez minutos de la hora a la que tenía que pasar el autobús. Sin embargo, la de los segundos seguía avanzando.

La garza regresó en compañía de otra garza. Una de ellas se posó en el tejado de una casa edificada al pie de la colina, y su compañera se posó a su lado. Describió un par de círculos con las patas ligeramente dobladas y, en cuanto hubo aterrizado, se quedó inmóvil como una estatua de piedra.

El tejado estaba medio desconchado. El musgo cubría los espacios que había entre las pocas tejas que quedaban, y una especie de chamiza bordeaba el musgo como una costura. Las contraventanas de madera estaban medio descolgadas y habían empezado a pudrirse.

Las casas que llevan años abandonadas no son más que espacios fríos y desoladores, pero si siguen deshabitadas durante más de diez años sufren el efecto contrario y parecen adquirir vida propia. La hiedra irrumpe a través de

los cristales rotos de las ventanas. Gran parte de las hojas están secas y son marrones, pero bajo la hiedra mustia empiezan a asomar minúsculas y verdes hojas nuevas. Las paredes negruzcas están agrietadas. Las grietas, que parecen líneas trazadas intencionadamente, recorren los muros a lo largo y a lo ancho. La casa ya no tiene aspecto de casa, pero no es debido a la hiedra y a los hierbajos que empiezan a apoderarse de ella, no: es como si la casa, en plena decadencia, adoptara una nueva vida.

Me levanté y me dirigí hacia la casa en cuyo tejado reposaban las garzas.

Habían llegado al mismo tiempo, pero no estaban juntas. Levanté la vista y vi que estaban cara a cara. Tenían las alas blancas y el pico negro, y se sujetaban firmemente con sus garras amarillas.

Empujé con la mano la puerta carcomida y la abrí. La puerta estaba desgoznada, y cedió con un chirrido. El jardín no estaba tan abandonado como había supuesto. La hierba se mecía al viento.

Empujé la puerta del recibidor. Esperaba que estuviera cerrada con llave, pero la abrí fácilmente girando el pomo y entré sin quitarme los zapatos.

Un penetrante olor a moho azotó mi olfato. Conteniendo el aliento, abrí una puerta corrediza en la que prácticamente no quedaba papel. En el dintel de la puerta había tres fotografías. La de la derecha mostraba a una mujer con el pelo corto, en el retrato central aparecía un hombre en uniforme y en el de la izquierda, un niño pequeño tumbado en un futón. Las fotografías, enmarcadas en estrechos marcos, estaban colgadas de forma que parecían proteger a cualquiera que cruzara la puerta.

«¿Ese niño murió tan pequeño?», pensé, observando el retrato de la izquierda.

Sus grandes ojos abiertos me recordaron a los de Momo. En un rincón de la habitación había un altar deslucido. La capa dorada que lo recubría habría sufrido el desgaste del tiempo. A pesar de que no conocía al niño, las lágrimas me anegaron los ojos.

¿Desde cuándo la ciudad había quedado sumida en el abandono?

Las placas colgadas junto a las casas estaban oxidadas y los nombres eran ilegibles. Fui de casa en casa, de habitación en habitación, dejando mis huellas en el polvo acumulado en los tatamis y pasillos de los hogares vacíos, como si sus propietarios los hubieran abandonado después de eliminar cualquier señal de vida.

La mujer no estaba. No había vuelto a verla desde que había aparecido a mi lado en la playa.

De repente, me di cuenta de que había una garza en cada tejado. Mientras caminaba por el interior de las casas, evocaba la silueta de los pájaros que reposaban en los finos tejados, a poca distancia de mi cabeza. El blanco de las garzas inmóviles era el único color que rompía la oscuridad de aquel paisaje deshabitado.

Llamé a Rei y apareció.

«Te echo de menos —le dije, y él esbozó una leve sonrisa—. Abrázame».

Pero no me abrazó. Se limitó a mirarme a los ojos. Su mirada siempre había sido intensa y penetrante, pero en aquella ocasión era insegura y vacilante.

«¿Quieres venir conmigo?», me preguntó.

Quería ir. Pero temía que, si iba con él, no podría seguir con vida. No era una decisión fácil. ¿Qué hacer? ¿Ir con él o vivir?

«¿Quieres venir?», insistió él.

«Sí».

¿Qué hacer?

Rei sonrió de nuevo.

«Tienes razón, no es una decisión que puedas tomar tú sola», dijo en voz baja. ¡Cuánto había echado de menos su voz susurrante!

«¿Y tú, Rei? ¿Cómo lo decidiste?».

«¿Yo?», preguntó él, clavándome la mirada de nuevo. Era más intensa que antes. Sus pupilas, aquellas pupilas que tan bien conocía, brillaban. Acerqué mi rostro al suyo y escruté el fondo de sus ojos. Mientras lo hacía, rezaba para no olvidar jamás aquel instante, ni el siguiente, ni el que vendría a continuación. Le envolví la cara con las manos.

«No te vayas, por favor. Quiero que seas solo mío», le supliqué.

«Me casé contigo, ¿qué más quieres?», repuso él con extrañeza.

«Pero no me basta con estar juntos. Si estás conmigo, también sufro».

«¿No te parece suficiente que estemos juntos?», preguntó él, algo decepcionado.

«No me basta porque eres tú, y tratándose de ti nada me parece suficiente».

«No sabía que me amaras tan apasionadamente», bromeó él, apartándose de mí. No lo hizo bruscamente, sino con un tierno gesto.

A pesar de su ternura, tuve la sensación de que me había hecho retroceder súbitamente hacia el otro mundo.

Mi amor por Rei era tan profundo como un lago sin fondo. Yo me hundía en sus aguas transparentes entre miles de burbujas, y mi cuerpo se redondeaba y se convertía en una burbuja más que tocaba el fondo en forma de esfera inerte.

Rei nunca había sabido que mi amor fuera tan profundo, pero yo tampoco conocía sus sentimientos. Ni los de mi madre. Ni los de mi padre. Ni los de Seiji.

No sabía nada. Había vivido en la ignorancia más absoluta.

Cogí la mano de Rei y empecé a andar.

Salimos del prado, nos hundimos en el agua, nos fundimos en el vacío, regresamos al prado y seguimos caminando sin parar.

Rei se dejaba guiar sin decir nada.

Fuimos bastante lejos.

El cansancio me dominaba.

Me senté en un banco que había al final del prado, y Rei se sentó a mi lado. Le rodeé la cintura con el brazo y apoyé la cabeza en su pecho. Él me acarició el pelo.

«Te has hecho mayor», me dijo.

«¿Tú no has envejecido desde entonces?», le pregunté.

«No lo sé. No sé qué aspecto tengo».

Lo abracé tiernamente. Una bandada de garzas sobrevolaba el prado con las alas abiertas, como si se deslizaran por el cielo.

«¿Yo te maté?».

No obtuve respuesta.

«Intenté estrangularte. Pero no moriste».

«¿Cómo vas a matarme con esas manitas?», se burló él.

Le propiné un bofetón que sonó como un seco latigazo y se extinguió de inmediato.

«No me has hecho daño», dijo Rei, riendo de nuevo.

Quería matarlo. Con mis propias manos.

¿Por qué al amar nos volvemos transparentes? A pesar de que notamos el peso de nuestro propio cuerpo, perdemos la forma sin darnos cuenta, alargamos la mano y atravesamos el vacío.

Palpé el cuerpo de Rei, que estaba sentado a mi lado en el banco. Desde la cintura hasta el costado, desde el pecho hasta la garganta, mi mano subió desde el mentón hasta la boca, la nariz y la frente; no pude evitar besarle con

avidez, derramando saliva, estrechándolo con fuerza entre mis brazos, abrazándolo, susurrando su nombre, añorándolo, la añoranza no remitía a pesar de que estábamos muy cerca, triste, tan triste que mi cuerpo se derretía y solo quedaba mi alma, que también se fundía hasta no dejar ni rastro, la añoranza era lo único que permanecía, y las garzas seguían volando sin descanso.

Me aparté de Rei y lo contemplé largamente.

Un hombre de pelo negro, aliento cálido y actitud despreocupada.

«¿Sabes, cariño? Nuestro bebé ha crecido mucho. Pronto se alejará de mí y empezará una nueva vida sola. Su mirada temeraria me recuerda mucho a la tuya. Seguro que no tardará en amar y odiar apasionadamente».

Rei sonrió.

«Momo», dijo, como si el nombre de nuestra hija fuera un caramelo en su boca.

Las garzas empezaron a bajar. La primera y la segunda aterrizaron en el prado batiendo las alas.

Alargué las manos para volver a abrazar a Rei, pero ya no estaba a mi lado.

Mis manos rodearon el vacío y acabaron uniéndose alrededor de mi propio cuerpo.

«¿Ya te has ido?», grité.

«Estoy aquí», me respondió la mujer.

«No hablaba contigo, sino con Rei».

«Rei nunca ha estado aquí», repuso ella, y tuve la sensación de que decía la verdad. Consulté el horario colgado junto al banco, en la parada del autobús. El próximo llegaría en diez minutos. Una multitud de garzas reposaba en el prado.

«¡Estoy tan cansada!», me quejé. Mi cansancio había aumentado. Me sentí como una niña intentando enternecer a su madre, y sonreí vagamente. Hasta entonces había estado cansada muchas veces. Es un cansancio que me da ganas de gritar, de gemir, de montar en cólera y que, sin embargo, me acelera el corazón, que late con fuerza al ver que el cuerpo no puede seguirlo hasta que, al final, tengo la sensación de que va a salir proyectado al exterior.

Sin embargo, en algún momento aprendí a dominar el cansancio.

«La mayor parte de las cosas se pueden controlar», admitió la mujer.

Sus familiares y parientes aparecieron a su alrededor. Una mujer anciana, una chica, un hombre anciano y otro de mediana edad, un chico, un niño y

otro niño. Todos se acercaban para tocarla. Se agarraban a sus piernas, la cogían de los brazos, se subían a sus hombros y le rodeaban el cuello.

«Cómo pesan», dijo ella, haciendo un débil intento de sacudírselos de encima.

Consiguió librarse de la mayoría de ellos, pero al cabo de un rato volvieron a aferrarse a su cuerpo. Algunos de ellos estaban tan bien sujetos que no se caían. Era un círculo vicioso.

«Ya estoy acostumbrada».

El niño que tenía abrazado a las rodillas era especialmente persistente. Se aferraba con brazos y piernas, con tanta fuerza que los gemelos de la mujer adoptaron un tono violáceo.

«¡Estoy harta! —se lamentó, chasqueando la lengua—. Los pies se me enfrían y la sangre no me circula bien. Pero ya estoy acostumbrada, siempre es lo mismo».

«Quiero irme de aquí —pensé con todas mis fuerzas—. ¡Espero que el autobús no tarde en llegar!».

Consulté el reloj. La manecilla de los segundos avanzaba rítmicamente, como si fuera un ser vivo arrastrándose alrededor de la esfera blanca.

«Estoy harta de este lugar», pensé mientras cerraba los ojos. Estaba convencida de que conseguiría regresar a Manazuru en ese preciso instante, pero no fue así. El autobús aún no había llegado. La mujer estaba de pie, tranquila a pesar de que tenía que soportar el peso de toda su familia. Intenté dejar atrás a la mujer e ir en busca de Rei, pero ella me lo impidió.

Era la mujer del lunar en la nuca.

Señaló algo con un golpe de mentón. Al fijarme, me di cuenta de que Rei estaba durmiendo en un futón de verano.

Ella se deslizó hasta llegar a su lado y le susurró algo al oído. Rei se despertó y la abrazó. Además, le abrió las piernas y la penetró.

No me dolió tanto como me había dolido verlos hablando cara a cara. Ni siquiera me sorprendió.

Los cuerpos son más difíciles de distinguir que los sentimientos.

Mientras miraba sus cuerpos unidos, no sabía a quién pertenecían. Cuanto más los observaba, más me costaba saber si lo que estaba viendo eran verdaderamente los cuerpos de Rei y de la mujer del lunar en la nuca.

El acto real es más inconsistente que el que tiene lugar en la imaginación. Es viscoso, ruidoso y lascivo, pero el final siempre es el mismo. Por muy extravagantes que sean las posturas, por muy impetuosa que sea la unión, siempre tienes la sensación de ver repetido algo que ya has visto en otro lugar.

Todo existe en el interior de la mente. Todo lo que vemos con nuestros ojos desde que llegamos al mundo al nacer, incluso las cosas que creíamos haber olvidado, siguen existiendo en nuestra mente en forma de vivos recuerdos. Asimismo, la mente también conserva imágenes que nunca hemos visto y que ni siquiera hemos llegado a imaginar jamás.

Rei tumbaba a la mujer, la ponía de lado, la colocaba boca arriba y la penetraba una y otra vez. A mí me resultaba indiferente.

«¿Has tenido suficiente?», dijo la voz de la mujer de Manazuru.

«No estoy enfadada», lamenté, como si esperase unas palabras de consuelo.

«Es que ha pasado mucho tiempo».

«Aun así, sigo amando a Rei».

«¿Al hombre que habías olvidado?».

«Nunca lo he olvidado», repliqué. La mujer sofocó una risita.

«Lo habías olvidado. No vienes a Manazuru por Rei, sino por ti misma».

La mujer que estaba haciendo el amor con Rei dejó escapar un grito. Su voz era bonita y obscena al mismo tiempo. ¿Yo también gritaba así? Rei seguía moviéndose, serio e impasible.

«Nunca había visto a este hombre», pensé.

«¿Ves como lo habías olvidado?», dijo la mujer, riendo de nuevo.

Las garzas levantaron el vuelo simultáneamente. Al oír su aleteo, Rei y la mujer levantaron la mirada. Él seguía dentro de ella. «No me importa», pensé de nuevo.

Últimamente, tengo la sensación de que hay algo atascado en mi garganta que me impide tragar.

Cuando llegó el autobús, lo cogí. La mujer se sentó a mi lado. El prado se iba alejando. Rei y la mujer del lunar en la nuca, que seguían entrelazados, se convirtieron en sombras borrosas que flotaban en la penumbra y pronto desaparecieron de mi vista.

El cielo estaba oscuro. Tanto las casas como las tiendas estaban destartaladas. Dejamos atrás las calles de la ciudad y nos adentramos en el bosque. La mujer y yo éramos las únicas pasajeras del autobús, cuyo suelo apestaba a grasa.

La mujer contemplaba el paisaje con la nariz pegada al cristal de la ventana. «Como una niña pequeña», pensé. E ese preciso instante, la mujer se convirtió en Momo.

«No tiene gracia», le dije, y ella recuperó su aspecto habitual.

«Eres muy susceptible cuando se trata de tu hija».

«A lo mejor tienes razón y es cierto que había olvidado a Rei —susurré, haciendo caso omiso a su comentario—. ¿Es posible que el amor y la dependencia que sentía no se dirigieran a él?».

«¿Qué más da?», dijo la mujer.

«¿Voy a morir? —susurré de nuevo, palpándome la garganta—. Puede que esté cerca de la muerte, por eso vengo a Manazuru tan a menudo».

«Manazuru no es un lugar donde la gente venga a morir», repuso la mujer en un tono indignado, sin dejar de mirar por la ventana.

«Perdona», me disculpé en voz baja. A ella se le pasó el enfado y siguió observando atentamente el paisaje. El autobús circulaba por el interior de la reserva forestal a la que la mujer llamaba *bosque*.

«Mira, aquí es donde iba a recoger leña. Mira, ahí es donde hice el amor por primera vez. Mira, aquí tuve a uno de mis hijos. Y allí me enterraron. Ahí no hay nada, pero era mi lugar favorito», me explicaba alegremente, señalando un lugar tras otro.

«¿Ya no podré regresar nunca más?», le pregunté.

«No digas eso. Tú todavía estás allí».

«¿Allí?».

«En el momento en el que no puedas estar allí es cuando no podrás volver».

«¿Eso es lo que le pasó a Rei?».

«No lo sé. Eso no me concierne», repuso brevemente. A continuación, siguió mostrándome los escenarios que habían formado parte de su vida. «Aquí es donde viví. Ahí me puse enferma. Ahí estuve viviendo cuando me curé. Allí es donde envejecí. Aquí es donde nací».

El autobús aminoró la marcha. Cada vez que la mujer señalaba con el dedo, el lugar que me indicaba desprendía un brillo apagado.

«Qué bonito», dije, acercando mi cara a la suya.

«¿Verdad que es precioso?», repuso ella.

Varios rayos de sol caían a plomo desde el cielo y penetraban a través de la vegetación. La lluvia se había retirado por completo.

«Tengo ganas de ver a Momo —deseé para mis adentros—. No quiero morir —pensé con todas mis fuerzas—. Sería una lástima morir. Aunque Momo se esté alejando de mí, lloraría mi muerte, y mi madre también lloraría».

Seguía notando un nudo en la garganta y un dolor en el pecho. El autobús avanzaba mientras la mujer hablaba animadamente.

Finalmente, el autobús se detuvo.

Bajé y vi que nos encontrábamos en el extremo de la península.

Ya había estado allí. El edificio blanco que se había derrumbado y que había recuperado luego su aspecto original ahora se encontraba prácticamente en ruinas. Era casi imposible reconocer su forma.

La mujer me adelantó y se dirigió hacia las escaleras que bajaban al mar desde la punta del cabo. En algunos tramos, los peldaños desaparecían y el cemento que cubría la pronunciada pendiente quedaba al descubierto, hasta que empezaba un nuevo tramo de escaleras.

El mar estaba en calma. La marea baja permitía ver una larga y continua hilera de escollos que conducía hacia una enorme roca situada mar adentro.

«¿Quieres ir?», me preguntó la mujer.

Me cogió de la mano y empezamos a saltar de escollo en escollo, como si voláramos. La roca era un peñasco de paredes verticales, de modo que no pudimos subir. Dimos media vuelta y contemplamos el horizonte desde la playa, hasta que el sol del atardecer empezó a hundirse en el mar.

«¿Te sientes mejor?», me preguntó.

«Sí —le respondí, en el tono que utilizan los niños para responder a sus madres—. Sí. Esta vez sí que me iré».

«Eso está bien», dijo ella con dulzura. Acto seguido, me adelantó de nuevo y empezó a subir las escaleras con sus delgadas piernas. Sentí ganas de aferrarme a ellas como aquel niño que se abrazaba a sus rodillas.

«Estoy triste», dije.

«Sí, pero eso no puedes evitarlo».

«Ya, pero estoy triste».

«Tienes que irte», dijo ella, y me obligó a subir al autobús. Cuando me volví, se despedía de mí agitando la mano.

El autobús volvió a cruzar el bosque y siguió bajando hacia la ciudad, ubicada al pie de la colina. Ya no encontraría una ciudad desvencijada. Las casas y las tiendas estarían iluminadas y llenas de animación.

Noté una presencia. Al volverme, vi a Seiji.

«Seiji», lo llamé.

«Seiji», repetí.

Él se volvió hacia mí con una expresión indefinida. Abrió la boca y me dijo algo, pero no oí nada.

Seiji desapareció enseguida, y el autobús entró en la ciudad. Las ventanas de las casas que se prolongaban hacia el mar despedían luces blancas o amarillas. Bajé en la última parada, la estación de Manazuru, y compré un billete. «Sale mucho más barato comprar un billete de primera clase en la taquilla que en el tren», discutía un grupo de mujeres junto a los torniquetes de acceso. El tren llegó levantando una ráfaga de viento. Me volví y vi dos garzas que volaban hacia la otra punta de la península. Sus blancas alas se fundían en la oscuridad.

«Manazuru», susurré. Mientras murmuraba ese nombre, la nostalgia me invadió. A pesar de que aún estaba allí, añoraba Manazuru. Volví a notar un pinchazo de dolor en el pecho.

8

—¡Pronto cumpliré diecisiete años! —anunció Momo.

Entonces fui consciente de que ya tenía dieciséis. Había perdido la cuenta de su edad. ¿Cuándo había sido la última vez que había contado los años y los meses de Momo? Un año y once meses. Dos años y ocho meses. Tres años y dos meses.

Cuando conocí a Rei, tenía veintiséis años. Era diez años mayor que Momo.

Cuando Rei desapareció, dejé de calcular el tiempo, que pasaba y se acumulaba.

—¡Qué rápido pasa el tiempo! —exclamé, y Momo se echó a reír.

—No tan rápido.

—¿A ti te parece que pasa despacio? —le preguntó mi madre.

—No, tampoco es eso. El tiempo pasa al ritmo adecuado.

—Así que al ritmo adecuado, ¿eh? —dijo mi madre con regocijo—. Supongo que hubo una época en la que el tiempo también pasaba al ritmo adecuado para mí, pero ahora pasa volando.

Momo, mi madre y yo cosíamos juntas. Momo cosía un neceser para ella y para una amiga, mi madre pespunteaba paños de cocina y yo confeccionaba una especie de saquito que serviría para guardar las bolsas de plástico del supermercado. Había sacado la idea de una revista.

—Con fieltro quedará muy chulo —comentó Momo.

Cuando guardas en un cajón las bolsas blancas de plástico dobladas, se van apilando unas encima de las otras como las alas de los pájaros y las motas de polvo se acumulan debajo. El polvo adherido a las bolsas acaba resbalando y se deposita en el fondo del cajón.

—Me encanta el crujido de las bolsas del supermercado.

Momo estaba muy locuaz. Hablaba abriendo la boca y vocalizando. Pensé que pronto perdería por completo cualquier traza de su infancia.

Habíamos dispuesto las tres sillas en forma de triángulo y estábamos inclinadas hacia delante, rodeando el espacio vacío que quedaba en medio de nuestras cabezas. Momo balanceaba los pies. Mi madre estaba sentada con la espalda recta y las piernas cruzadas. Yo pinchaba el fieltro marrón claro con el hilo de bordar, que era un poco más oscuro.

—¿Qué quieres para tu cumpleaños? —le pregunté a Momo.

—Pues no lo sé... —vaciló ella, como si se lo preguntara a sí misma—. Los corchetes son complicados de coser. Nunca sé dónde van —murmuró a continuación. Justo después, se pinchó con la aguja y arrugó la frente. Se llevó el dedo a la boca y lo chupó—. No es fácil encontrar lo que quiero —repuso al fin, sin quitarse el dedo de su boca todavía infantil.

—Pues pide algo sencillo —rio mi madre. Hizo un nudo y cortó el hilo azul oscuro con el que hacía los pespuntos.

El azul oscuro resaltaba formando un bonito contraste con el blanco descolorido de los viejos trapos.

—Creo que iré a rezar junto a la tablilla mortuoria de Rei —le anuncié a Seiji.

Habíamos quedado porque quería enseñarle el borrador de la novela que me había pedido que escribiera.

«¿Quieres que la lea ahora o cuando nos despedamos?», me había preguntado. «Mejor ahora», le había dicho yo.

De vez en cuando, oía el crujido de las hojas de papel, que llegaba a mis oídos como burbujas emergiendo a la superficie entre el bullicio de la cafetería donde estábamos. La mirada de Seiji era tranquila. Leía sin pausa, pero en algunas ocasiones retrocedía un par de páginas. Cuando lo hacía, en vez de reanudar la lectura desde la página donde la había interrumpido, releía el fragmento entero una vez más, a la misma velocidad.

En cuanto hubo terminado, bebió un pequeño sorbo de su bebida y dijo:

—Es una historia extraña, llena de luces y sombras.

—¿Tú crees?

—La luz no permite ver nada. En cambio, las sombras son muy reveladoras.

—¿Debo tomármelo como un cumplido o como una crítica? —reí.

—No tengo ni idea —admitió Seiji, riendo a su turno.

No me preocupaba demasiado el éxito de mi novela. En cambio, quedar con Seiji me había puesto muy nerviosa.

Como no sabíamos de qué hablar, le comenté lo de la tablilla mortuoria de Rei. Él levantó la vista. A pesar de que estábamos sentados cara a cara, hasta entonces había sido incapaz de mirarlo a los ojos. Pero él me miró tan rápidamente, que no pude desviar la vista a tiempo y nuestras miradas se encontraron por primera vez.

—¿Te acompaño? —se ofreció, como si la proposición se le hubiera escapado de la boca.

—¿Cómo dices?

—Es el pueblo junto al mar Interior de Seto del que tanto me hablabas, ¿verdad?

Recordé que Seiji me había dicho una vez que le gustaría visitar aquel pueblo de tenues luces y pronunciadas pendientes.

—¿Quieres que vayamos juntos? —le pregunté.

—¿No te gustaría?

¿Ese era el hombre que me había dejado? Seiji cogió el asa de la taza con sus estrechos dedos y se la llevó a la boca. Observé su garganta arqueada mientras bebía. Ardía en deseos de tocarla, pero tuve que reprimirme.

—De acuerdo. Acompáñame si quieres —me limité a responder.

Seiji dejó la taza, que chocó con el plato con un ligero tintineo.

El aeropuerto era amplio y luminoso.

Los aviones que despegaban parecían cisnes blancos alejándose lentamente, de espaldas.

Seiji llevaba una maleta grande.

—Vas muy ligera de equipaje —me dijo.

En mi pequeña bolsa negra, del tamaño de una cartera, llevaba ropa interior de recambio y un pañuelo de algodón que había pertenecido a Rei. Apenas conservo nada suyo. Cuando llevaba cinco años desaparecido, hice una primera limpieza. A los diez años, hice una segunda limpieza y me deshice de casi todas las cosas que no había tenido el valor de tirar. Solo conservé su diario y algunos pequeños objetos que no abultaban. Nada más.

Cuando nos sentamos en el avión, percibí por un instante el olor de Seiji. Enseguida desapareció.

—Qué frío —comenté. Seiji sacó una manta del compartimento superior y me la dio. La desplegué y me cubrí las rodillas. Como seguía sintiendo frío, tiré de la manta y me tapé hasta los hombros.

—¿Tanto frío tienes? —se sorprendió él.

Cerré los ojos para prolongar la agradable resonancia de su voz y encerré mis sentimientos en lo más profundo de mi ser. El avión despegó al poco rato y enseguida se niveló. Me bajé la manta hasta las rodillas y miré a Seiji de reojo. Estaba sentado a mi lado, pero era como si estuviera muy lejos. Aun así, estaba más cerca de lo que había estado durante aquella larga separación.

—¿Tienes planes para cuando lleguemos? —le pregunté.

—Tengo una reunión.

—¿Dónde cenarás?

—Podemos cenar juntos.

De repente, los ruidos que oía en el interior de mis tímpanos salieron al exterior y se amplificaron.

—Se me han destapado los oídos.

—A mí también, justo ahora.

Intercambiamos una sonrisa. Seiji estornudó discretamente. ¡Habíamos estado juntos tantos años! Me sentí triste. Los sentimientos que había encerrado en mis entrañas empezaron a desbordarse. Le acaricié la mano.

Él exhaló un leve suspiro y me estrechó la mano, aunque de forma muy superficial. Mi mano empezó a entrar en calor. La azafata nos preguntó si queríamos tomar algo. Seiji pidió un café mientras me soltaba la mano. Yo pedí lo mismo.

Desde que terminó el café hasta que aterrizamos, él estuvo leyendo un libro.

Me había perdido.

Había seguido un estrecho callejón que subía y bajaba entre las casas en busca del templo que, supuestamente, tenía que aparecer al final de la calle, pero no estaba. Di media vuelta e intenté regresar sobre mis pasos, pero me metí en una calle que no era la misma por donde había venido. Empecé a seguir una calle transversal que no dejaba de subir.

Cuando creía haber llegado al final de la cuesta, la calle se cortaba y empezaban unas escaleras. Seguí subiendo hasta llegar a un pequeño parque.

Una anciana descansaba sentada en las escaleras. Había dejado el bastón en el suelo y contemplaba el parque.

—¿Vive usted por aquí? —le pregunté.

—Sí —repuso.

—Si le diera una dirección, ¿sabría indicarme por dónde ir?

—No conozco los nombres de las calles. Yo tampoco nací en la ciudad, vine de Tokio hace cinco años, cuando a mi hijo le asignaron un nuevo lugar de trabajo. Yo vivía sola, pero él estaba preocupado por mi salud y me trajo aquí. ¡No se imagina lo que sufro subiendo y bajando todo el día!

El mar brillaba. Su color era distinto al de Manazuru.

Me senté un rato junto a la anciana para descansar. Una débil presencia me seguía. No supe distinguir si era una mujer o un hombre, un adulto o un niño. La anciana sacó un pequeño frasco del bolsillo y lo abrió. Estaba lleno de caramelitos blancos. Me ofreció uno y me lo dejó en la palma de la mano. Sabía a menta.

—Qué temperatura más agradable.

—Sí, ¿verdad? Es que mañana ya empieza el mes de abril.

Se levantó y se sacudió el polvo del trasero. Recogí el bastón y se lo ofrecí. Un gato negro se escabulló de una casa a través de una grieta. La anciana agitó el bastón para ahuyentarlo. El gato se quedó quieto, resistiéndose a retroceder.

La anciana lo intentó de nuevo con un fuerte *¡chist!*, escupiendo saliva. El animal se dio la vuelta y bajó la cuesta a salto de mata.

Por fin encontré la casa donde vivía el padre de Rei. Los árboles del jardín eran frondosos.

—Debería llamar al jardinero, pero no estoy de humor —me dijo apáticamente su padre, siguiendo mi mirada.

El altar doméstico era de dimensiones reducidas. Coloqué el pañuelo de Rei junto a su retrato, encendí una barrita de incienso con la llama de una vela que su padre me había ofrecido y agité la mano para disipar el humo.

Estuve rezando un rato en silencio y me alejé de espaldas al altar. No había visto nunca aquella fotografía de Rei. Debía de pertenecer a una época anterior a nuestra boda, puesto que aún tenía las mejillas rellenas.

En un rincón de la habitación, en el extremo opuesto al altar, había una mesa bajita. La decoración era muy simple: tres ramas de melocotonero dentro de un jarrón, junto a una urna de cristal que contenía los muñecos tradicionales de la fiesta de las niñas, que se celebra cada 3 de marzo.

—¿Son de Saki? —pregunté, refiriéndome a la hermana pequeña de Rei.

—No, pertenecían a mi difunta esposa. Llevaban mucho tiempo guardados hasta que un día, hace años, los encontré y fue como si un tenue rayo de luz iluminara la habitación. Sé que, según la tradición, debes guardar

los muñecos después de la fiesta para que tus hijas nunca encuentren marido, pero yo ya no tengo hijas solteras.

Me acerqué a la colección de muñecos para examinarlos detenidamente. Los que representaban al emperador y a la emperatriz eran bastante más grandes que los súbditos. Dos de las tres damas de la corte estaban de pie. Una de ellas llevaba en la mano un recipiente de mango largo, mientras que la otra sujetaba un escanciador de sake dorado medio descolorido. Los cinco músicos de la orquesta de la corte estaban sentados en los peldaños inferiores. Uno de ellos tocaba la flauta travesera, había dos que tocaban pequeños tambores, otro sujetaba un abanico y el último tocaba un gran tambor con una baqueta. El naranjo silvestre y el cerezo se encontraban a ambos lados de los tres sirvientes, uno de los cuales, el de en medio, llevaba solemnemente entre las manos un soporte de madera con un par de zapatos lacados. Todos los muñecos tenían las caras pintadas de blanco y los ojos de cristal.

—Qué caras más bonitas.

—Me recuerdan a mi mujer.

Una vez, hace mucho tiempo, me enseñaron unas fotografías de cuando Rei era pequeño. Recordé sus mejillas regordetas y su pelo cortado al estilo paje, corto y con flequillo. Rei solía quejarse de que lo confundían con una niña.

—Rei se parecía mucho a su madre, incluso más que Saki.

Me pregunté dónde debía de estar el álbum de fotografías de Rei. ¿Lo habría cogido antes de irse? ¿Se habría llevado la luz de su pasado a ese lugar desconocido para mí?

—Perdóname —se disculpó su padre, inclinándose hasta apoyar la cabeza en el tatami.

—Levántese, por favor. Soy yo quien debe disculparse —me apresuré a decirle. Él levantó la cabeza y me miró directamente a los ojos.

Durante una fracción de segundo, volví a notar una presencia a mi lado que desapareció enseguida. Los farolillos de papel que había junto a los muñecos que representaban a la familia imperial estaban decorados con minúsculos motivos rojos. Parecían los pétalos de una flor, aunque podrían muy bien ser la pequeña masa incandescente petrificada en el corazón de aquella presencia que me seguía. Todo se confundía en la penumbra de la habitación y me resultaba imposible distinguir nada.

Dos de los tres pajes sujetaban grandes sombrillas de papel. Tenían los labios apretados y las miradas fijas. Todos los muñecos tenían los rasgos muy definidos. Súbditos y cortesanos encerrados en la misma urna, de pie o

sentados. No volvería a ver a Rei. Había ido hasta allí porque quería asegurarme de ello.

Cerré los ojos y seguí viendo las caras blancas de los muñecos grabadas en mi retina.

Regresé al hotel, que estaba un poco alejado de la estación, me quité los zapatos y me tumbé en la cama.

Llamé al móvil de Seiji, pero no respondió. Luego me quedé dormida y soñé con la anciana que había conocido unas horas antes. Estaba en la misma posición, sentada en las escaleras. El paisaje no era borroso e indefinido como suele ser en los sueños, todo aparecía nítidamente y con las perspectivas reales: veía la cuesta, las casas y el mar a mis pies.

«¿Adónde piensa ir ahora?», le preguntaba yo.

«Me gustaría volver».

«¿Volver adónde?».

«A mis orígenes».

«¿Cree que Rei también ha vuelto a sus orígenes?».

«No lo sé, no lo conozco».

Nuestra conversación no era confusa e incoherente, como suele pasar en los sueños, sino perfectamente inteligible. O tal vez solo intentaba persuadirme de que lo era. A pesar de que sabía que estaba soñando, intentaba convencerme de todo lo contrario.

Mi teléfono móvil sonó. Alargué la mano para cogerlo, pero no lo alcancé. No conseguía despertar.

El móvil siguió sonando un buen rato. Cuando la llamada se cortó, abrí los ojos. Comprobé rápidamente el registro. No era Seiji. Me habían llamado desde mi casa. Devolví la llamada inmediatamente.

—La abuela tiene fiebre —me dijo Momo sin preámbulos.

—¿Cuánta?

—Treinta y ocho con dos.

—¿Se encuentra muy mal?

—No, está bien.

Oí la voz de mi madre al otro lado del teléfono, que decía: «Te he dicho que no hacía falta avisarla. Además, ya he ido al médico».

La verdad es que su voz sonaba bastante animada. Me eché a reír y Momo se enfadó.

—¿No estás preocupada?

Estuve a punto de decirle que no fuera niña, pero me contuve justo a tiempo y logré recuperar la seriedad.

—Gracias por cuidar de ella —le dije. Tuve la sensación de que la sombra de Rei había abandonado a mi hija. Sus rasgos eran tan definidos como los de los muñecos, pero las caras de Rei y de Momo ya no se sobreponían.

—Cuídate mucho. Puedes llamarme cuando quieras —le dije cariñosamente antes de colgar.

Algo me seguía. Era casi imperceptible. Cuando estaba de buen humor, notaba una dulce presencia a mi lado. Pensé que tal vez me encontrara en el momento y el lugar adecuados para renunciar a Seiji.

En cuanto logré tranquilizarme, la sombra que notaba junto a mí cambió radicalmente y se volvió fría y amenazante. Renunciar a alguien era demasiado difícil. Tumbada boca arriba en la cama, volví a marcar el número de Seiji.

En cuanto alargué los palillos para coger un poco de cebolleta verde, la mujer se reunió conmigo.

Era la primera vez que la veía desde que había vuelto de Manazuru.

—La casa estaba muy tranquila —le dije a Seiji.

—Has cambiado un poco —susurró él sin mirarme, con la vista fija en el espacio donde estaba la mujer.

«Si he cambiado, ¿volverás conmigo?», quise preguntarle, pero sabía que no serviría. Las palabras no suelen garantizar nada.

Tuve el presentimiento de que la mujer pronto dejaría de seguirme. No era algo que llevara tiempo intuyendo, sino más bien una sensación que me llegaba directamente a través de ella. Tarde o temprano, todo el mundo se va.

Después de cenar, salimos del restaurante arrimados uno a otro. No era un gesto tierno, sino fugaz. Habíamos estado juntos mucho tiempo. Desde que nos habíamos separado, lo que quedaba entre nosotros era la fugacidad. Seguro que él sentía lo mismo.

Lo invité a entrar en mi habitación.

—Mi cuerpo no te desea —le dije, y él se echó a reír.

—Yo te deseo un poco.

—Hace mucho frío, ¿verdad? —comenté. Seiji asintió—. Te quiero —añadí a continuación, y él volvió a asentir.

A pesar de mi amor, a pesar de su fugacidad, nos habíamos separado. Amar no significa necesariamente estar juntos. Apoyé todo el peso de mi

cuerpo encima de él. Él me abrazó. Yo le devolví el abrazo. ¡Ojalá fuera posible suprimirla distancia que nos separaba, ojalá desapareciera para siempre! Pero solo podíamos estar así, unidos cada uno por su lado.

—¿Adónde volverás, Seiji? —le pregunté.

—A mis orígenes —me respondió él, igual que la anciana de mi sueño.

—Qué tranquilidad.

—Sí, ¿verdad?

Era la misma tranquilidad que se respiraba en casa del padre de Rei. Desde la habitación del altar se veían las sombras de los árboles del jardín a través del papel de la puerta corredera. La débil presencia que me seguía se fue y regresó de nuevo. Al final, había sido absorbida por la urna de cristal que contenía los muñecos. Los dos ministros llevaban un precioso abanico de flechas en la espalda.

Oía los latidos de Seiji. O tal vez eran los míos. Nuestros corazones palpitaban juntos como si fueran uno solo. Aunque estuviéramos lejos, aunque estuviéramos separados, latían al unísono.

La sensación de fugacidad aumentó. Las puntas de mis dedos empalidecieron.

Nos dormimos con las manos entrelazadas.

Nuestros cuerpos no se tocaban, solo estábamos cogidos de la mano. Me dormí pensando que me gustaría que Seiji fuera mi hijo. O mi padre. O mi hermano mayor.

Cuando la luz del día me despertó, ya no teníamos las manos entrelazadas. Seiji se había dado la vuelta. Es difícil que la tristeza se prolongue hasta la mañana, puesto que se disipa con las primeras luces del alba.

—Buenos días —le dije, pinzándole la nariz.

Él abrió los ojos con un ligero gruñido. Hice un movimiento para dejar al descubierto el inicio de mis senos, con la intención de que Seiji se diera cuenta de lo que se había perdido al dejarme. Él, sin embargo, parecía distraído.

—¿Qué hora es? —me preguntó.

—Las ocho.

—Hay que bajar a desayunar —dijo, en un tono infantil. La dura carcasa que lo recubría habitualmente aún no había aparecido.

—Tonto —le dije, pinzándole la nariz de nuevo.

—No soy tonto —replicó él, con el mismo tono infantil.

¡Ojalá pudiera moldearlo y darle la forma que yo quisiera antes de que se pusiera la carcasa!

Seiji se levantó y se encerró en el cuarto de baño. Oí el chapoteo del agua y, justo después, el ruido de la ducha. El Seiji que salió del cuarto de baño volvía a ser el mismo de siempre. Dirigió una ojeada a la cama, donde yo seguía tumbada, sacó la ropa del armario y se vistió a toda prisa.

—Me gustaría que reescribieras un fragmento de tu novela —me dijo de sopetón, cuando se sentó en el sofá después de haberse vestido.

—¿Cuál? —le pregunté.

—Uno de la parte central.

Había escrito la novela pensando solo en él. Algunos días, la tristeza me embargaba y me sentía incapaz de continuar. Creía que, cuando terminara de escribir, pondría punto final a las dudas que me atormentaban, pero el alivio que esperaba no llegó. Había una escena en la que yo recibía una carta de amor por fax, la tocaba con las manos húmedas y las letras se emborronaban. Ese capítulo estaba justo en la parte central de la novela. Le pregunté a Seiji si se refería a él.

—No, no es ese. Lo de la carta de amor emborronada me pareció muy bonito —repuso, mirándome fijamente. Todavía en pijama, me senté a su lado en el sofá. La mujer también estaba ahí. Había venido a despedirse. La separación era inminente.

—Me gustaría volver a verte —le dije a Seiji, acercándome a su oído.

Él esbozó una sonrisa.

—Algún día. Aunque sea lejano —insistí.

La mujer desapareció. Supe que no volvería a seguirme nunca más. A través de la ventana de aquel hotel cercano a la playa se vislumbraba una parte de la superficie del mar. El agua brillaba intensamente.

La tristeza que la luz de la mañana había disipado regresó para embargarme de nuevo.

Tal vez aquel momento también fuera una despedida. Le devolví la sonrisa a Seiji y cerré los ojos.

Nuestros labios se rozaron durante unos instantes.

Luego nos separamos despacio, como si nos hubiéramos puesto de acuerdo.

Mis labios empezaron a secarse de inmediato, como una costra recién arrancada que, al principio, deja una herida blanda y supurante que se seca al

cabo de un momento.

Tengo la sensación de que apenas pasaron unos segundos desde que nuestros labios se separaron hasta que regresamos a Tokio. Recuerdo perfectamente el tiempo que pasé en el avión de vuelta sentada junto a Seiji, y también cuando nos despedimos agitando la mano en Shinagawa. Sin embargo, no conservo ningún recuerdo de lo que sucedió entre ambos momentos.

Momo estaba hojeando un manual escolar y anotaba su nombre en los formularios que le habían enviado para la matrícula del curso siguiente. Momo Yanagimoto.

—¿Por qué escribes tu nombre con sílabas? —le pregunté.

—Porque los *kanji* de mi nombre están mal equilibrados —me explicó ella, riendo.

—Estoy pensando en declarar oficialmente la desaparición de Rei.

Las palabras salieron de mi boca casi sin querer. Yo, que era incapaz de tomar una decisión. Yo, que seguía supurando y nunca acababa de secarme.

Mi madre levantó la mirada, sorprendida. Momo, en cambio, siguió inclinada sobre sus cuadernos, a los que había empezado a pegar etiquetas adhesivas con su nombre.

—¿Cómo te ha ido en casa de los Yanagimoto? —me preguntó mi madre.

—Es un lugar tranquilo.

Mi madre agachó la cabeza con un movimiento tan repentino, que me alarmé. Sin embargo, solo se había quedado dormida.

—Últimamente, a la abuela le entran ataques de sueño y se duerme de repente —me dijo Momo.

Estaba sentada en la silla, con el cuerpo erguido, el mentón apoyado en el pecho y los ojos firmemente cerrados.

—Despierta —le dije, sacudiéndola. Momo se encogió de hombros.

—No hace falta, se despertará enseguida. Déjala que duerma un rato.

Mi madre entreabrió los ojos. Hizo un gesto como si quisiera atrapar un pequeño insecto y pronto abrió los ojos de par en par.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté.

—¿Quién, yo? —exclamó ella, con cara de perplejidad.

El sol se oscureció por un instante y enseguida volvió a brillar. Entró a través de la ventana y nos iluminó hasta los hombros. Me incliné hacia delante y un rayo de luz se depositó en mi frente como una corona. Tres mujeres de tres generaciones distintas, de la misma sangre y con la misma corona luminosa en la frente.

Los trámites no resultaron tan complicados como creía. Fui a la comisaría de policía a solicitar el formulario, pedí la partida de nacimiento de Rei, rellené una declaración, fui al juzgado de familia y aboné unos cuantos miles de yenes.

«Después de la declaración, hay que esperar seis meses», me informaron.

Al cabo de seis meses, la muerte de Rei sería oficial. Recordé que una mujer tenía que esperar seis meses después de divorciarse para casarse por segunda vez. Al parecer, el seis era un número mágico.

Cuando regresé a casa, mi madre me preguntó por los trámites. Le relaté los pasos que había dado como si le estuviera resumiendo una película.

—¡Qué rápido! —exclamó, con una expresión pueril.

A pesar de que la tarde ya estaba muy avanzada, aún había luz. Los cerezos ya habían perdido las flores y tenían las ramas cargadas de incipientes brotes.

—No me gusta esta época del año, me desequilibra el cuerpo —susurró mi madre, con una expresión más adecuada para alguien de su edad. Se alisó con la mano el pelo de las sienes, completamente blanco.

—¿Dónde está Momo? —me preguntó entonces, como si acabara de acordarse.

—En el colegio —le respondí, y ella volvió a pasarse la mano por el pelo.

«No te mueras, mamá», le supliqué para mis adentros, como si tuviera algo que reprocharle. Nunca me había fijado en que nuestra casa era tan luminosa y el salón, tan brillante.

En un jarrón de cristal había unos dientes de león que había recogido Momo. Las flores relucían y concentraban la luz de toda la estancia. Todo brillaba: la mesa, las sillas vacías arrimadas, el suelo en el que se apoyaban las patas de las sillas, las zapatillas que Momo había dejado tiradas en el suelo, las motas de polvo acumuladas en las zapatillas, el pelo canoso de mi madre mientras quitaba el polvo, sus manos hinchadas de limpiar y fregar con las que se alisaba el pelo canoso de vez en cuando, sus brazos arrugados y los pliegues de las mangas levantadas.

—Cuánta luz —comenté, y mi madre sonrió.

—En los días como hoy, las cosas que habías perdido pueden volver de improviso.

—¿Tú crees? —le pregunté, y ella volvió a sonreír. No dije nada más. La intensa luz me obligó a entornar los ojos.

—Hay que hervir el agaragar —dijo mi madre.

—No sabía que tuviera forma de barra —rio Momo.

Momo lavó el agaragar en un cuenco lleno de agua.

—¿Está bien así, abuela?

De perfil, tenía la misma cara que Rei, sobre todo en la zona de la nariz. Y también se parecía mucho a él cuando reía.

Momo puso el agaragar cortado a trocitos a hervir a fuego lento.

Las voces de las tres mujeres de la casa eran como las de tres gorriones cantarines. No llegaban demasiado lejos, pero vibraban continuamente sin extinguirse.

Momo añadió azúcar y leche a la cacerola y, para terminar, echó unas gotas de esencia de almendra. Vertió la gelatina, todavía humeante, en un plato plano y cuadrado. Mi hija había vuelto a crecer.

—Tienes las manos muy calientes —le dijo mi madre—. Además, tu piel repele muy bien el agua.

La gelatina de almendra, blanca y lisa, se endurecía poco a poco en el plato.

—El agaragar se solidifica aunque esté fuera de la nevera —le explicó mi madre.

—Pero a mí me gusta más la gelatina fría. ¿La metemos en la nevera? —propuso Momo.

Las manos que manipulan la comida, las arrugadas, las lisas y las que empiezan a perder la firmeza, se rozan entre sí, se separan y se superponen.

No me seguía nadie.

Alrededor de mi cuerpo había un espacio vacío. Tenía un poco de frío.

Noté un ligero pinchazo en el pecho que pronto desapareció. Ya me había acostumbrado a él. A medida que me acostumbraba, me adentraba en un lugar oscuro. Puede que, al final de la oscuridad, haya una luz brillante como la que ilumina mi casa.

Reescribí el pasaje de la novela que había eliminado, lo leí varias veces y corregí los errores que iba encontrando, pero cuanto más revisaba, más errores aparecían. Exasperada, llamé a Seiji.

—Cuando nunca terminas de revisar una novela, significa que es buena —me dijo Seiji, sonriendo discretamente.

Su voz penetró en mi interior.

Le había llamado para comprobar si tenía ganas de verlo. No me sentía demasiado lejos de él, pero tampoco estaba cerca. No conseguía imaginar un

encuentro con él. Pensé que, muy pronto, el nombre de Seiji ya no despertaría ningún sentimiento en mí.

—¿Te parece bien que te la envíe para que le eches un vistazo? —le pedí.

—De acuerdo, la leeré —repuso él, imperturbable.

¿Por qué Rei había desaparecido? No tenía por qué hacerlo, el tiempo habría arreglado las cosas. El tiempo puede cambiarlo todo.

—No has cambiado.

Me sobresalté al oír el comentario de Seiji, que parecía que me hubiera leído el pensamiento. ¿A qué se refería?

—Hablas igual que antes.

—Se me hace un poco raro que me hables de *antes* —le confesé. Él rio en voz baja. Mi primer encuentro con Seiji ya formaba parte del pasado—. Momo se parece cada vez más a Rei.

Siempre había procurado no pronunciar el nombre de Rei delante de Seiji. Ahora que se había alejado de mí, me salió sin la menor dificultad.

Recuerdo perfectamente lo que sentía por Seiji. También recuerdo la última vez que nuestros labios se rozaron. Y el ávido deseo que sentía por él, como si quisiera infiltrarlo en el interior de mi cuerpo y fundir mi corazón con el suyo. Sin embargo, ya no quería recuperarlo.

—Los niños crecen muy deprisa.

Solo había visto la fotografía de uno de sus tres hijos, un chico dos años menor que Momo, cuando estaba a punto de empezar el colegio. Llevaba pantalón corto y calcetines hasta las rodillas, y las mangas del uniforme le venían un poco largas. No se parecía a Seiji. «Tampoco se parece a mi mujer —había admitido él mismo, sonriendo—. Es una mezcla entre ambos, ni una cosa ni la otra».

Cuando colgué el teléfono, me sentí aliviada. Solo conservaba la dulce voz de Seiji, que vibraba dentro de mí.

«Los niños crecen muy deprisa», repetí, imitando su tono de voz. Momo, que siempre estaba irascible, últimamente se había apaciguado un poco. Ya no me hablaba con la intención de hacerme daño, como antes.

Recordé aquella escena del año anterior, cuando había sorprendido a mi hija en la pradera con una sombra misteriosa. Estaba convencida de que se trataba de Rei. Era una sombra densa pero efímera.

—¿Qué había en Manazuru? —me preguntó Momo.

—¿En Manazuru? No me acuerdo —le respondí—. Bueno, sí, pero... no. Mi hija me miró decepcionada.

—Algo habría para que nos dejaras a la abuela y a mí y te fueras sola de viaje.

—Sí, supongo que sí... De todos modos, solo he ido tres veces.

—¿Solo tres? —Momo abrió los ojos como platos—. ¡Qué curioso! A mí me parecía que habías estado fuera mucho más tiempo. Ahora que lo dices, es verdad que solo fueron tres veces.

Momo lo sabe. Sabe que he dejado algo en Manazuru. Algo que nunca volveré a recuperar.

Cuando estoy sola en mi habitación, miro al vacío esperando a alguien, pero no aparece nadie. Ya no me sigue ninguna sombra, ni débil ni densa, ni hombre ni mujer.

«Me he quedado vacía», susurro.

Sin embargo, hay algo que ya empieza a llenar el vacío en mi interior, poco a poco. La gelatina, una vez limpia, es igual de transparente que el agua en la que hierve, pero como tienen densidades diferentes tardan un rato en mezclarse, librando una especie de forcejeo. Lo mismo ocurre con la sustancia que va llenando mi alma vacía.

No es arena, pero lo parece. Del mismo modo que la gelatina y el agua son sustancias parecidas, las ásperas paredes del recipiente vacío forman una combinación homogénea con la textura granulosa de la arena.

—Oye, Momo... Aquel día en la pradera estabas con tu padre, ¿verdad? —le pregunté.

Momo se tensó por un instante. A continuación, exhaló un suspiro.

—¿Era papá? —preguntó.

Me limité a mirarla fijamente sin responderle. Los contornos de su cara habían vuelto a perder nitidez, y no se definirían por completo hasta que terminara de crecer.

—¿Era papá? —repitió Momo.

Seguí mirándola sin decir palabra.

—Tuve un poco de miedo —susurró ella—. Me daba miedo porque no lo conocía. Me daba miedo y me atraía al mismo tiempo. Por eso quería ir con él.

Sentí un escalofrío.

—Me alegro de que no lo hicieras —le dije, apoyándole la mano en el hombro. Ella asintió. La estreché firmemente entre mis brazos.

Dos siluetas se acercaban desde el otro lado.

Los bajos de sus abrigos ondeaban al viento. Sus radiantes miradas asomaban entre los párpados entrecerrados, deslumbrados por la intensa luz.

Llevaban los mismos zapatos que debían de utilizar en sus paseos por la playa, puesto que unos cuantos granitos de arena se desprendían de las suelas a cada paso que daban. Los hombros angulosos del hombre no se balanceaban mientras caminaba. La mujer también avanzaba con las caderas inmóviles.

—¡Bienvenidos! —los saludé, agitando la mano. Ellos me devolvieron el saludo.

Hacía un día fabuloso. Las animadas voces de la gente que disfrutaba de su día libre resonaban bajo el alto techo de la salida de Marunouchi, en la estación de Tokio, donde habíamos quedado.

—El expreso de Hiroshima ha tardado una barbaridad en llegar.

—La culpa es tuya, Saki. Si no te dieran miedo los aviones...

La pareja discutía entre risas.

—Gracias por haber venido a recogernos —me agradeció Saki, con una leve inclinación de cabeza—. ¡Hacía tantos años que habíamos perdido el contacto!

—Seguiré llevando el apellido de tu familia durante cinco meses más —bromeé, y Saki me dirigió una sonrisa.

La última imagen que conservaba de la hermana pequeña de Rei era del funeral de mi suegra. Ya no quedaba ni rastro de la joven y esbelta muchacha que era entonces. Saki me miró con sus grandes ojos redondos, tan característicos de la familia Yanagimoto y aún más encantadores que los de Rei.

—Nuestro hotel está bastante cerca —dijo Ryuzo, su marido.

—Momo vendrá dentro de un rato.

Mis cuñados habían llamado de repente para decir que tenían que ir a Tokio y que querían vernos, pero Momo tenía un compromiso desde hacía tiempo. «¿La hermana pequeña de papá?», murmuró, pronunciando la palabra *hermana* como si la amasara con la lengua.

—Deberíamos haber avisado con más antelación, pero Saki siempre tiene ideas de última hora —dijo Ryuzo, entre carcajadas que le sacudían los hombros.

Almorzamos en un restaurante de la estación y regresamos a la salida para esperar a Momo. Saki y Ryuzo estaban hambrientos. Engulleron cada uno un filete de cerdo empanado con grandes cantidades de salsa y de mostaza y luego compartieron un estofado de ternera. Además, devoraron todo el arroz sin dejar ni un grano en el plato.

La cara de Momo se iluminó mientras se acercaba.

—¿Eres mi tía? —preguntó, corriendo hacia nosotros después de haber introducido su billete en la máquina.

—¡Momo! ¡Te pareces tanto a mi hermano! —exclamó Saki sin vacilar.

—¿De veras? —repuso Momo.

La luz de aquella tarde de domingo se adentraba en el edificio de la estación prácticamente hasta rozar los torniquetes. Los árboles de la calle, los coches y los edificios emitían refulgentes destellos.

—¿Por qué no vamos a algún parque o jardín? —propuso Saki, desplegando el mapa. Momo observó el mapa turístico de Tokio con mucha curiosidad—. Podríamos ir al parque de la fuente de Wadakura, por ejemplo —añadió con voz vibrante. Acto seguido, se levantó y echó a andar.

—¿Sigues trabajando, Kei? —me preguntó Ryuzo, que caminaba a mi lado. Momo alcanzó a Saki. Ambas abrían la marcha caminando a saltitos.

—En realidad, no tengo un trabajo fijo. Recibo encargos ocasionalmente. Me llegan proyectos sueltos de vez en cuando, pero he tenido la suerte de poder mantenerme.

Ryuzo asintió con gravedad.

«Y así continuará todo», pensé, observando su mentón.

El parque de la fuente de Wadakura estaba muy cerca de un gran hotel.

—¡Me encantaría alojarme en un hotel lujoso! —comentó Saki.

—Debe de ser carísimo —le replicó tranquilamente su marido.

Recordé aquella pensión llamada Suna que regentaba una mujer con la ayuda de su hijo. El hijo me había dicho que los días festivos iban muchos pescadores. Pensé que el ambiente que yo había visto en la pensión no tendría nada que ver con la animación que reinaba cuando se llenaba de pescadores.

—¿Cómo son mis primos? —le preguntó Momo a su tía.

—Nunca me hacen caso. ¡Ojalá hubiera tenido una hija tan agradable como tú! —dijo Saki alegremente.

—Con la educación que les hemos dado a nuestros hijos, ¿cómo quieres que sean finos y elegantes? —bromeó Ryuzo, riendo a carcajadas.

La luz del sol lo bañaba todo. Momo se puso la mano en la frente a modo de visera y levantó la vista al cielo. Un avión volaba imprimiendo una estela blanca a su paso.

—No entiendo cómo la gente puede viajar encerrada en esos trastos que no van por el suelo —dijo Saki.

—Pues a mí los aviones me parecen bonitos. Son como agujas —repuso Momo.

—Momo, me recuerdas a los muñecos que hay en casa de Saki —intervino Ryuzo.

—Mi madre siempre me regañaba cuando los sacaba de la urna para jugar —explicó Saki.

El pelo de Momo brillaba bajo el sol, que también bañaba las mejillas de Saki, los lóbulos de las orejas de Ryuzo, el césped del parque, el agua de la fuente y el lejano cielo. Cerré los ojos y dejé que el sol me acariciara los párpados. Visualicé el mar Interior al fondo de mis ojos cerrados. Varios barcos pesqueros navegaban mar adentro, en un océano tibio y calmado.

Espero volver a verte algún día, Rei. Algún día lejano.

En la rizada superficie del mar nocturno de Manazuru, un barco en llamas se hundió. Venimos de un lugar donde no hay nada y volvemos a un lugar donde no hay nada. La dulce voz de Momo resonaba a lo lejos. La luz inundaba el parque.



HIROMI KAWAKAMI (Tokio, 1958) estudió Ciencias naturales y fue profesora de Biología hasta que en 1994 apareció su primera novela. Sus libros han recibido los más reputados premios literarios, que la han convertido en una de las escritoras japonesas más leídas. Entre sus obras se cuentan *El cielo es azul, la tierra blanca* (2001), que recibió el Premio Tanizaki, *Algo que brilla como el mar* (2003), *Abandonarse a la pasión* (1999), *El señor Nakano y las mujeres* (2005), *Manazuru* (2006) y *Vidas frágiles, noches oscuras* (2006).

